

S A D Y Z A Ñ A R T U

COLOR DE AMERICA

Nuevos cuentos latinoamericanos

ARGENTINA

BOLIVIA

BRASIL

CHILE

PARAGUAY

PERU

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

1969

CHILE

Color de América

VARIOS

BOLIVIA

SANTIAGO: Editorial Nascimento, 1939.

CHILE: Editorial Nascimento, 1939.

PARAGUAY

PERU

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

1940

CHILE

OBRAS DEL AUTOR

LA SOMBRA DEL CORREGIDOR (novela histórica). Editorial Nascimento, 1927.

LLAMPO BRUJO (La epopeya de los buscadores del oro y la plata). Editorial Nascimento, 1933.

SANTIAGO: CALLES VIEJAS. Editorial Nascimento, 1934.

CHILECITO. Editorial Nascimento, 1939.

NOTA EXPLICATIVA

El título "Color de América" de este volumen entra limitadamente al tema del cuento latinoamericano cuando el viajero repecha los Andes y transpone el sueño humano.

No obstante el lapso transcurrido en los años 1925 a 1942, surge de este mundo autóctono, de países visitados, un intercambio urbano e indio, donde emerge de la fantasía la visión espectral de la naturaleza, el parentesco, la hermandad, una realidad social revolucionaria, el mito.

Ha podido su autor realizar esta labor a través de una gira expectante, de difusión de la música folklórica, en busca de un sello o colorido político, en compañía de su esposa Camila Bari, investigadora e intérprete de las danzas y canciones típicas.

Mariano Latorre se refiere a esta obra cuando no estaba aún publicada, en la "Antología de Cuentistas Chilenos" (), y en la que se integran ahora los relatos que le sirvieron de juicio, además de otros que figuran en antologías nacionales.*

(*) Volumen XV, de la Biblioteca de Escritores de Chile, 1938.

"Sady Zañartu, el recio novelista de la colonia y el criollo evocador de los cateadores del desierto, ensaya la novela corta en su libro "Color de América". Son relatos del Perú, de Bolivia, del Paraguay, de la Argentina, del Brasil y de Chile.

"No es pintura de costumbres ni de tradiciones locales. Es el trópico con su vitalidad alucinadora, el oro y la plata de los inagotables mineros de América, que desintegra la personalidad del mestizo o del europeo, embujado por su miraje quimérico.

"Algo semejante interpretaron Stevenson y Conrad en los mares del sur y del lejano oriente, al pintar al inglés que abandona su isla para colonizar factorías tropicales.

"Este neorrealismo que implica mayor libertad de técnica y, lógicamente, un menor apego a la minucia del paisaje".

Se agregan a este volumen los relatos de un trayecto objetivo, donde la ficción se encuentra en una emoción indolatina, entre los publicados en "Caras y Caretas", de Buenos Aires; "Atenea", de la Universidad de Concepción; "El Mercurio" y "El Diario Ilustrado", de Santiago.

ARGENTINA DEL DOCTOR YRIGOYEN

Algo pasó. Todo tiene un cambio en el curso del tránsito. Nunca se sabe lo que pasa fuera del lugar donde se está de guardia entre cuatro esquinas. Era punto fijo allí, desde hacía años. Corrientes Sur, calle. El Vigilante Rabero, pocas veces levantaba la vista para mirar los puercos, una que otro balcon; los embutidos de hierro, a alguna vez una curiosa o a un tramuchado que tomaba el mate cimarrón.

El movimiento de carruajes tenía calma como si el río dejase de andar con agua dejando a los barcos del comercio sin entrar. Se bajaba de su plataforma a mirar por otro lado lo que pasaba en las veredas adyacentes, y parecía uno no de ser lo que era, un Vigilante antiguo del barrio. Para Rabero el mar era siempre un barco que llegaba a las dársenas a dejar gente ociosa y cuando pasaba, sin mirar a nadie el bufido de las bocinas sacaba de la serietez habitual. Salía a escudriñar lo que le agradaba de un paso a otro. Aquella vez fue bien curioso su papel porque notó un revolver de pañeros buscando lugares para acomodarse en diferentes edificios. Unas se iban y otras se ocultaban en los tejadillos. Por

LA PALOMA DEL DOCTOR YRIGOYEN

Algo pasó. Todo tiene un cambio en el afluir del tránsito. Nunca se sabe lo que pasa fuera del lugar donde se está de servicio entre cuatro esquinas. Era punto fijo allí, desde hacía años: *Corriente-Esmeralda*. El Vigilante Rabero a veces levantaba la vista para mirar los pisos, uno que otro balcón, los embutidos de fierro, a alguna vecina curiosa o a un trasnochado que tomaba el mate cimarrón.

El movimiento de carruajes tenía calma como si el río dejase de andar con agua dejando a los barcos del estuario sin entrar. Se bajaba de su plataforma a mirar por otro lado lo que pasaba en las veredas adyacentes, y parecía ufanos de ser lo que era, un Vigilante antiguo del barrio. Para Rabero el mar era siempre un barco que llega a las dárseñas a dejar gente ociosa y cuando paseaba, sin mirar a nadie, el bufido de las bocinas sacábalo de la sensatez habitual. Salía a escudriñar lo que le agradaba de un piso a otro. Aquella vez fue bien curioso su papel porque notó un revolver de palomas buscando lugares para acomodarse en diferentes edificios. Unas se iban y otras se ocultaban en los tejadillos. Por

eso pensó que no era propio de la hora ni de los lugares cercanos que aparecieran bandadas buscando cobijarse. Eso sí, que vio a una meterse en un balcón de la "Pensión Porteña", donde él era conocido por la gallega que lo atendía, y poniendo aire de atención, se dispuso a recogerla para saber si tenía algo que decir. ¡Hum! Pensó mucho de lo que oía de un ataque al gobierno que él servía en contrata y se amoscó de que la cosa ardiera por los cambios del tránsito de vehículos. Subió con desplante la ancha escalera hasta el corredor de piezas centrales. Lo cierto, no tenía compostura y por entretención suya tomó la indagación de lo que anunciaba el oráculo de la revolución armada y de lo que al venir la hora le pareció extrañado por el ruedecito de plumas que ostentaba. Se sintió alentado en su responsabilidad y sin percatarse de nadie suspiró arreglándose el casco blanco, que resaltaba sus ojos negros en el rostro bigotudo.

Golpeó con el candil la campanilla para hacer temblar a la patrona y sonrió de verse en casa de clientes adinerados por las persianas bajas y los lechos azules. Arrimó su manaza sin retirar el guante y tun tun alistóse a pelear con pocas palabras.

—¡Oh, señora, tengo que conversar con usted si me deja un rincón a solas en su casa!

Doña Sebastiana, dijo:

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Nada. Lo que pasa cuando hay un palomo escondido.

—¿Será cosa de algún cliente?

—Nada, mi señora. Todos son asuntos del oficio. Me percaté hace rato que anda una paloma merodeando esta

casa y la vi en un balcón. ¿No le gustaría que la viéramos de dónde viene?

—Yo por mi parte no tengo inconveniente, porque me parece gracioso.

—Ya lo creo. Fíjese usted, una paloma descarriada.

—No seré yo, por supuesto, si usted me busca por romanceosa. ¿O querrá usted aguaitar alguna zoncera?

Se atusó el bigote Rabero y respondió:

—Me gustaría que entráramos a la pieza señalada.

—Voy a abrirla, pero no me espanto de nada.

—Ya lo creo. Si es una paloma siempre deja algo en el confite.

—Pero usted está muy gracioso.

Por el corredor se apuró en empujar la puerta.

—Mire lo que veo —exclamó.

En la cortina sobrepuesta, asida de una silla, se mecía una paloma para ser vista.

—No la asuste y veamos que contiene esto.

Aleteó con sus manazas aún enguantadas y tomándola del buche le mordió el piquito para ver si se entregaba mansita y como era muy pechugona, la puso en su pecho dándole calor.

—Estas cosas —le dijo—, son del tiempo nuevo cuando el obispo manda un palomar a la ciudad con alguna misión de paz.

—Oh, mi amigo, usted piensa que esta paloma es marsellesa.

—Así lo creo, aquí pasan cosas muy curiosas, cuando uno vigila la vereda. Se ven nubes bajas, aviones volando, y pájaros dejándonos caer su bendición. Le aseguro que aquí

debe decir algo de lo que estoy tocando. Es un canutito de papel y habrá que descifrarlo con paciencia. El loro se calla cuando lo mandan, lo mismo la paloma vuelve otra vez a su palomar una vez cumplida la misión. Son hijas del celeste pasto universal. ¿No le parece a usted mejor que todo sea una fiesta de arcángeles volando después de tanto cohete reventado en la noche?

Se puso tan meditabundo, que doña Sebastiana levantó los ojos al cielo y exclamó:

—Sólo yo estoy en este misterio.

—Usted y su Vigilante.

—Por Dios. ¿Me lleva con ella?

—La condeno a esperar la noticia y no me diga nunca que he sido mal amigo, porque aquí dejaremos el comunicado como está aunque ya me doy cuenta de lo que hay dentro. Sólo le pido un favor: guárdeme la noticia en fecha establecida y no me salga con risas delante de nadie porque la palabra suya es oficio cerrado.

La puso en su cotona y se la llevó como si tuviera muchas cosas que contarle. Se apretó el morrioncillo y muy señor tomó paso de guardián del cielo con su presa como si se llevara una antorcha ardiendo.

Activo dejó su puesto en marcha a la comisaría primera. Sabía lo que pasa en estos ambages cuando el período se trastorna. La pericia del hombre se desune de su habitual camino en el recorrido por las cuadras vecinas. Lo cierto era lo que se sabe en la calle por la movilización detenida.

Tomó su marcha a dar cuenta de la noticia oficiosa. Su puesto quedó vigilado por los astros de luces.

Doña Sebastiana lo primero que hizo fue revisar las

cuentas de los pensionistas que no le habían pagado el mes. Temía que en el trastorno policial se mandaran cambiar dejándola con los brazos cruzados.

—Bueno, esto el diablo —se dijo para sí—. Yo soy mujer. ¿Qué me puede pasar a mí que no lo sepa?

Siempre vivió disgustada de no irse a Pontevedra. Su padre se lo dijo más de una vez: “Cuídate de los callejeros y no sigas corriendo la verbena de la Paloma sin llevarte un fajo de nacionales. Yo estoy aquí solo en una parcelilla y cuídate del monedero mirándote que estás joven todavía”. Así le pareció que todo iba a cambiar muy luego, tanto que tembló al oír los gritos descomedidos de sus pensionistas pidiendo el servicio de mesa.

Nadie quería creer lo que pasaba. Era un relámpago que bajaba a los tejados. Se oyó una cerrazón de puertas metálicas. Se sintió el bufido de un avión que estremeció los vitrales.

—¡Qué más iba a durar! —dijo en voz alta, el señor Diosdado, que almorzaba a escape—. Siempre mandó como le daba ganas y nunca le contestó una carta al Presidente de los Estados Unidos. Parece mentira que se venga abajo. ¡El Gran Peludo! ¡El hombre del batacazo!

El temperamento iba a desbocarse en una gritería de comedores. Pero la reserva los ponía a cada uno en críticos por el apelativo de haberse vuelto cada vez más igual al armadillo en la cueva cubierto de pelos duros y tiesos.

La discusión se refería al animalillo óseo que corría a esconderse en una camarilla que lo secuestraba a su gusto. El Peludo se metía donde nadie lo viera entre los parásitos cavernarios.

La discusión en la mesa era proverbial, porque el huésped acometía con el cubierto al cambiar las cosas.

El señor Diosdado ponía en apuro a los comensales con el número siete afirmando que el golpe venía cabalístico para que se fuera al día siguiente. Hasta se levantaba a explicar su sistema y hacía un siete con una colita hacia atrás. Siendo radical e intransigente esperaba la caída del Peludo como acontecimiento de la Biblia. Todo era una obsesión de los términos históricos hechos con demagogia hasta afirmar que el mundo seguía sosteniéndose en los siete pecados capitales y las siete plagas de Egipto. Muchos de estos asuntos los hacía sobrar de ciencia aunque no le parecía difícil hallar entre los enemigos del doctor Yrigoyen las siete letras respectivas. Sacaba a colación el nombre de Cantoni y el de Melo-Gallo, pero como a éste le sobraban dos letras, siendo buen criollo, lo llamaban "Gayo", y quedándole una letra de más se la encajaba al señor Alvear, que teniendo seis necesitaba una para completar el número con el siete en la puerta. Podía llevarse haciendo cábalas mucho rato en la discusión y deducía una encuesta con las tres provincias donde triunfó el radicalismo: Córdoba, Santa Fe y Tucumán, que tienen siete letras cada una, y las provincias intervenidas eran siete. Para éste podían ser catorce, que son dos veces siete, como Elpidio "González" o como las letras que tienen en sus apellidos todos los ases del radicalismo: Cantilo, Pradera, Horacio, y por entereza del respeto al señor Baralto, allí presente, el otro, que nunca dejaba de llamarse Ocarina.

El señor Diosdado afirmaba que la historia en el momento actual dejaba su experiencia en los signos inmediatos, si no venía la ciencia cabalística a dejar las cosas en claro.

Esto no terminaba nunca y era cuestión de muchas discusiones engréidas porque a don Hipólito Yrigoyen le sacaban a su nombre la H y así contaban siete letras, y utilizaban la jerga de un enemigo famoso que apenas podía decir "Ragoyen".

¡Qué gritería en una casa de pensión cuando todo era reyerta de un gobierno en crisis! Como muchos rádicos estaban por el momento en los siete cielos de Mahoma hasta la cosecha resultaba con las siete espigas gordas de Faraón. Y lo cierto dedujo a la vista con la llegada del mes de septiembre y de los augurios del *septem sapientes*.

¿Qué son los hombres cabalísticos sino réquiem del pasado? Tuvo un vértigo y dijo:

—No hay nada que hacer mañana es siete de septiembre (1).

Pero afuera en al calle habían balas con las cargas del Escuadrón gobiernista. Sonaban los golpes en la puerta pidiendo asilo y por el muro colindante se escapaban contusos de la refriega.

Los habladores cuando hay revuelta no saben lo que dicen porque escapan a esconderse y los que accionan no quieren caer en la reyerta callejera. Hay que hablar de un balcón para soñar la historia.

Muchos sacan lo propio como ejemplo de vivir y quieren exponer su sangre sin consecuencia. Se sienten deseos de ponerse al servicio del gobernante incluido en la lista y Baralto daba su nombre con las siete letras para que le rin-

(1) 6 de septiembre de 1929.

dieran homenaje antes de salir a hablar de lo suyo. Adentro era seco, afuera estaba taciturno.

—No te vayas —le dijo Sebastiana—. ¡Cuídame!

Así se contuvo, sin exponerse en la calle.

No se puede andar en dos lugares al mismo tiempo.

Sebastiana los oía delirar con resignación. Se iba a la cocina y no salía de atribulada cuidando las menestras y re-fregando los platos, sacando los brazos al aire y resuelta a no entrar en combate con gente desacreditada, pero muy lista para sentirse dueña de la situación. La revuelta no era de ella sino de las fuentes que se repetían por el apetito voraz del parroquiano, que nunca estaba conforme con el menú. La boca sacábala de aspavientos por las cuentas antiguas que debía aclarar, lápiz en mano, antes de sonreír con las alteraciones gástricas del agitador de oficio.

El señor Baralto trataba de apaciguarla dejando que suspirara con lágrimas por la vida inhumana y las atrocidades del español, siendo ella gallega milonguera. El registro de casas la ponía dudosa de que fuera cierto porque era mujer aislada, soterraña, y dura para tronchar el bife. Su parroquiano Baralto sonreía de tanta palabra y no la oía, porque a él lo llamaba a contrapelo por lo acicalado. Había que evitar la pasada por el paseo Julio, donde el Peludo tenía fiesta de bote con las barbas largas y el sombrero quiijotano. Se caminaba en asfalto para no hallarse con mostachos a la italiana, y hasta las calvas desaparecían en la lista del partido, una vez que el señor usaba peluca dejando de parangonear a don Marcelo Torcuato, cuando éste no volvió a su paseo de tarde por Florida.

La gallega era una mujer de prenda mirándola a su al-

cance y él parecía dichoso, desde un sitio cualquiera que se sentara a tomar café, y lo demás consistía en buscar un puesto hasta utilizando las trampas que ponían en la cúpula del Congreso para cazar gorriones. Siempre anduvo de hito en hito antes de hallarse en la casa de Sebastiana, acostumbrado a ir a las diez al puerto a ver la llegada de un transatlántico y volver por Palermo haciendo estaciones en el monumento de los españoles o escuchando en los boliches de radiotelefonía las cotizaciones de la Bolsa. A veces le agradaba enterarse de una conferencia socialista en el Parque Patricios o asistir en la tarde al concierto de la Banda Municipal en la Plaza del Congreso.

Era un genio el sueño de dormir y la gente se movía en la zarabanda de caminar a pie. Había más cuidado por el sueño del Peludo que de su pelambreira.

La gallega era patrona sin otras bendiciones que cuidar a los porteños. Le gustaba acicalarse, nunca andar de piti-reo y, por mucho que miraba, cejijunta, sonreía de ser una persona educada.

El señor Diosdado, que vivía en una pieza a la calle, abrió el balcón para gritar a los que pasaban incitándolos a cargar con el ejército que entraba por la calle larga de Rivadavia. Salía cuerpo afuera a echar loas al comandante de las fuerzas.

El asfalto brillaba como un patín lustroso. La gente miraba hacia arriba sin ver a nadie y de pronto saltaba un adrezo al pavimento. Adentro estaba la riña de Baralto con Sebastiana sujetándola a no exponerse en el balcón.

La casa tenía abajo un patiecillo húmedo que cerraba una reja a la entrada al corredor alto. Una escalera servía a

la pasada dejando un hueco provisional. Solía haber luz de arriba con la resolana vidriosa al venir la tarde.

Tenía la pensión un letrerillo afuera, en desuso, casi oculto, sobre el portón colonial. En pleno centro se veía el tiempo pasado de un zaguán aparecido por el relieve de los edificios colindantes. Parecía un rincón natural de otros años.

Los cinco balcones a la calle abríanse como luciérnagas con los pensionistas que asomados repelían al Peludo. Saltaron vidrios rotos con los puñetazos en el forcejeo con el opicante, de uno y otro bando, por las razones de cada contendor.

Había un pensionista de más edad que utilizaba un lenguaje pasado de moda, porque acostumbraba acordarse hasta de los tiempos de Mitre. De repente decía cosas tontas, que hacían reír, y otras veces verdades desnudas. Pero siempre comenzaba ronco a decir: "Ciudadanos, traigo la voz de los correligionarios de Baradero"...

Don Polonio era generoso y apocalíptico en sus frases, que soltaba a grito, desde el balcón, para hacerse notar de tener más pecho de oratoria, torciéndose los bigotes a la manera del doctor Palacios.

Salió al balcón una y otra vez por llamados insistentes de los revoltosos de la vereda. El momento ponía en peligro los utensilios de la "Pensión Porteña", que salían disparados a la calle en la batahola de maldiciones.

La única persona que parecía estar de parte del Peludo era la Sebastiana. No hallaba qué decir al contemplar a los pensionistas perder el seso sin que supieran lo que era una nación progresista. Llamó al señor Baralto pidiéndole que apaciguara los ánimos. Este tampoco quería convencerse de

lo que veía a su lado por los arranques fuera de tono y la gresca que había con las galopadas del Escuadrón.

El tiempo no es el que decide una cuestión política. A veces también es un rasgo amoroso factible a un desplome emocional. La situación empeoraba porque señalaban la casa como habitada por "peludos", siendo todo lo contrario. Afuera estaba la tranca bien puesta y era inútil empujar el portón de entrada. No había sino que oír los insultos de uno y otro lado.

Sebastiana llamaba a sus pensionistas con amor de ella, sin perdonar las deudas del mes atrasado.

El Peludo era un reparador de puestos públicos. Prometía mucho y no podía cumplir con todos aunque pudiera conversar en privado. Baralto estuvo en lista para una audiencia, pero se iba de tanto esperar inútilmente.

La patrona eso lo sabía y procuraba a Baralto esperas repetidas. Algunos de sus pensionistas eran pretenciosos, para hablar con ella, desde que las cuentas debían cancelar al comenzar el mes o de lo contrario, la pieza pasaba a ocupar un cambio higiénico, de puerta abierta, una limpieza demorosa al encerar con bastante ventilación. Hacía abrir adrede el balcón a la calle y exponer prendas y agravios. Temblaba el frío si el tiempo estaba cargado de agua. Ahora con la revuelta la venganza perdía su eficacia y el ocupante disponía del aire para gritar a la calle y dialogar con el transeúnte. Rehusaba la advertencia de cerrarlo y menos caso le hacía a la patrona. La calle estaba empapada de agua. No había frío, pero se calentaba el curso de fiesta con las patinadas del galope militar. Era un barullo formidable de cargas, como si la plata chispeará en el asfalto.

Salían resbalándose sobre la vereda los caballos, que se desbocaban por las esquinas cegadas; la persecución de revoltosos, se esparcía dejando contusos despavoridos. El sablear no tenía huincha en la refriega.

Fue el grito de “contrarrevolución” lo que provocó un derrame de pavor debido a que el ejército entraba ahora en guerra y el paisano no movía pie ni cabeza.

El pueblo huía porque ya no había espectadores, sino desenlace de la toma de la Casa Rosada. Se supo que cuando hay rendición se levanta una bandera blanca. Pero el pueblo seguía con expectación el suceso sin objetar nada. Cien anteojos estaban en el aire y no se veía nada. El Peludo no se rendía. Mucha gente gritaba ardorosa “Viva el Peludo”.

La gallega lloró. Era partidaria de él. Pero sus pensionistas no podían aguantar el triunfo y comenzaron a gritar como locos descabellados, a los asustados transeúntes. Ni el mismo Baralto pudo aplacar su desesperación en la riña popular. Parecía bailar al agarrarse la cabeza con las dos manos. Movía la boca mordiéndose. Estaba más loca que antes y lo que tenía era rabia así misma de no ser hombre y salir a la calle a pelear por el jefe del Estado.

Se arrinconó sola de temor a morir.

—Este país se acabó —dijo—. Yo soy una mujer pobre y no tengo más que mi amor a la Argentina. Hace quince años que estoy aquí cuidando a mis niños. Algunos eran hijos míos, otros bandidos. ¿Qué quiere que haga?

Llamó a Baralto y le preguntó:

—¿Eres capaz de defenderme?

Este se puso serio:

—Bien, la cuido porque la quiero.

—Hazlo entonces por mí, hijito. Manda tú en esta casa. Si no me muero que me respeten por lo menos. Soy una mujer sola que ya no tiene parientes. Estoy insultada en mi casa, cuando yo soy de Pontevedra, donde me gustaría ir a morir. ¿No crees que es necesario aclarar este ataque que me hacen a mí? ¿Por qué son tan malos? ¿No les doy de comer?

Baralto nada podía hacer para dominar el batifondo. Era criollo y la quería. Se entró así mismo con enojo y poniéndose tieso exclamó:

—Aquí me tiene. No soy más que suyo y por la madona no me conmueva. La gente está lista para hacer lo que quiere y hay que dejarla. Somos argentinos, señora. Déjeme que arregle las cosas.

Ella lo miró con dulzura:

—Soy gallega, pero no gringa. Si me sacas razones son mías y sufro por no ser hombre. Que soy hembra. ¡Jifa! Me gusta que lo sepas.

Había un temor de lo que estaba sucediendo en las cercanías, donde no a una cuadra, asaltaron una armería llevándose la turba una porción de armas, algunas antiguas, para proporcionarle ayuda al ejército.

El transeúnte, al ver tanta gente embalconada se paraba a conversar y a dar noticias truculentas. Los de arriba contestaban según fuera el partidario, sin oír a doña Sebastiana, que pedía calma y respeto por su casa. La voz de ella a veces temblaba y salía a la vereda entre risas de los mirones, que oían palabras gallegas entrecortadas y compugimientos arrebatados. Se escuchaba la lengua suave como era cuando

conversaba, soziña. Pero de pronto todo se volvía un guirigay de gritos del "Santo Diabolo comiéndose a los cristianos".

Nadie sabía si había triunfo de los rebeldes por la espera de las fuerzas en la calle de Rivadavia. Algunos miraban las cureñas con los palafreneros llevando flores colgadas en las orejas. El pueblo quería empujar al ejército a entrar en acción, pero las armas que portaban eran de muy mal alcance. No era posible pelear con un fusil de chispa. El desprevenido se asustó con la orden venida de apresar a los saqueadores de armerías. Cada uno trató de arrojar lo robado. Hubo una dispersión del botín. Por Sáenz Peña arrancó una partida, siguió por Esmeralda, se detuvo ante la gresca formada por los pensionistas de la gallega, y al ver el portón abierto comenzaron a arrojar en el patiezuelo del zaguán el armamento saqueado.

Entraban y salían los revoltosos alegres, con las manos libres. Todo pasó rápido. Caían al fondo sombrío estridencias metálicas. A los gritos de arriba, los que portaban armas lanzaban dentro lo que llevaban acinturado. La escena fue turbada por ruidos insolentes. Creyó la gallega que venían a prenderla en nombre de Dios y el Rey por el complot de los parroquianos. Un espadón saltó y parecía una cruz atravesada en la reja.

Sebastiana sufrió una crisis de nervios con tiritones haciendo *beba* a sus pensionistas que no hallaban qué decir.

Hubo de llamar a todos a pensar en la situación en que estaba la "Pensión Porteña" con esa enormidad de armas ocultas en su piso bajo, constituida en nido revolucionario. Los balcones fueron cerrados y quitados los guñapos colgados en pro y en contra del altercado.

El primero en tomar una disposición unánime fue Baralto, a costa de su sacrificio por la denuncia de estar complicados en el asalto de las armerías vecinas. Nadie juró ser enemigo del gobierno, pero se pusieron en un cuidado receloso para no pernoctar esa noche ahí. La cosa tomaba maldad a causa de la forma en que actuaron para azuzar a la gente.

El armamento era imposible de restituirlo por la cantidad de piezas raras que aparecían en el botín desparramado en el patio. Claro, salían cosas fuera de lugar para un choque revolucionario de la hora presente. Parecía imposible demostrar mayor impavidez ante la ofensiva generosa. No se sabe como salieron a la pelea los yataganes de la infantería del siglo XVIII y los mosquetes de la guerra con los ingleses. También aparecían armaduras medievales, unos cuantos morriones del cuerpo de granaderos, dardos y pistolas amartilladas, muchos objetos históricos de exhibición de vitrinas entre revólveres sin uso de última expedición. El cuchillo matrero y la siembra siempre tiene una hoz, y de lo inevitable el mortero, la maza, cargar algo en la mano que sirva como una piedra, de no correr llevando una lanza, pasmoso de sí, con cintajo de la Santa Federación, y la frase intacta: "Muera el loco traidor salvaje unitario Urquizas".

El hecho fue que la situación se hallaba empeorada por el arsenal denunciado.

Algo había que todos creían que era del Peludo como Palermo enjoyado de flores. La locuacidad se pasma cuando hay un sacrificio. Siempre parece que algo se ha perdido. Hasta la gallega rezaba pidiendo al Señor el triunfo del doctor Yrigoyen. No lo decía a nadie porque se fruncía al escuchar tantas opiniones encontradas.

El incendio estaba en los negocios alegres. Llegaban malas noticias de los asaltos populares. Siempre caía el inocente. El guerrero pone el arma en la cabecera para utilizarla si lo despiertan. Otros hacen velaciones y esperan lo que puede pasar. Pero desconsolaba que se hubiese quemado El Molino, una confitería luminosa con los pasajes de Don Quijote y su escudero. Ya no eran sombras las que venían, sino cargas de entuerto y cuando todo nacía de la esperanza de volver a mecer los sueños. Muchos creían a Baralto parecerse al loco sublime cuando la patrona le decía: "¿Dónde estamos, hijito? ¡Sálvame! Por Dios".

La revolución es como la boca del horno al quemarse el pan caliente. Todo era conjetura. Se esperaba el triunfo cuando se enarbolará la bandera blanca. La gallega creía que con una sábana flotando todo se iba a arreglar. Una mujer a veces tiene más dominio que un gordo de lotería y se le hace caso con su voz aparcerá. El criollo se lame el bigotillo para sonreír sin coyunda. Silbidos se escuchaban por todos lados cuidando lo presente.

Al fin un hombre que se va no es más que un reloj sin cuerda. Así estaba todo en la pensión de la gallega, con el tiempo atrasado y el cliente sobregirado. Nadie quería pagar cuentas hasta que las cosas marcharan. Por eso se gritaba con fuerza a favor del triunfador.

Más de cerca era increíble. Sólo, en el registro, vio el patio abrazado de armas. Parecía todo un mundo cubierto por una sociedad secreta. Salían tambores marseleses y cuerdas españolas.

Suspiró mucho y se preguntaba:

—¿Estoy en guerra con el tiempo pasado? ¿O soy una mula?

Se fue a hablar con la gallega que tenía cierta cordura. Esta se lo dijo todo por precaución de no caer en el garlito. Cerró la boca. Se la frunció bien como si nada tuviera que hacer con el amor ofrecido y se puso turnia.

—Amigo, soy oficio cerrado.

—¿Pero, qué pasa? Si somos sus pensionistas, no creo que estemos en guerra con el señor Yrigoyen. ¿De dónde saca ese misterio?

—¡Ay, hijo, soy orden del gobierno!

—¿Usted? ¿A qué viene este berretín por lo que está pasando? ¿Así que usted, papusa, sabe más que nosotros los criollos? Hay que ver los aspavientos; la venida de gente hasta el obelisco. El Peludo se fue, fume. ¿Qué me dice a mí? Lo sé todo más que usted. ¿De dónde se me viene a trincar?

—Así será, Baralto. Las cosas están así y yo soy de la misma paciencia. ¿Pero a qué te metes que vengan a ver palomas aquí?

—Bueno. Yo soy un pensionista serio y no me diga que parezco al otro que usted tanto admira, porque lo siguen las casadas y las pebetas.

—¡Jamás pienso mal de ti! Es la paloma que vino de arriba a meterse en tu balcón.

Se sintió atorado.

—¿Pero usted está con su juicio?

No entendía nada y tuvo que explicárselo todo.

—Yo que he sido siempre más silenciosa que la tumba de un mudo, no merezco que te enojés. La paloma era ape-

lotonadita porque traía una noticia para que se escondieran los Vigilantes. Rabero lo entendió bien y se fue a arreglar su entuerto. Tú debes ahora sacarme de este lío.

—Bueno, esas son las palomas mensajeras que traen la paz como una bendición. ¡Así es el Vigilante Rabero, nuestro salvador! Lo buscaré para explicarle lo que pasa. Uno es de un lado y aquí estamos todos para el otro. No tiene nada uno que hacer si no es del lado de arriba. ¿Y dónde voy a buscar a ese gallo? El servicio móvil se ha ido tomando las comisarías. Es una vergüenza lo que pasa en este país. ¿Cómo dice? Yo no macaneo. Aquí tienen flores los niños del Campo de Mayo. Para ellos es el Colón, la Casa Rosada, para nosotros el circo Anselmi. Estamos atragantados con ese armamento oculto. Ni para una fiesta de carnaval, señora. A los muchachos, huasca. Al criollo lo dejan preso por meterse. ¡Caray!

Todo le pareció una dificultad, hasta salir a mirar la calle, a tropezarse con el diablo. Y poniendo taco abajo se fue a ver lo que se podía hacer con ese museo de armas. Se rió solo porque todo tiene una salida. Claro que se hace cuando hay gracia y para vengarse se detuvo en una esquina y gritó: “¡Viva la República Argentina! ¡Vivan los gauchos de Güemes!”

El Vigilante de la esquina, si no era Rabero, se le parecía, lo miró mucho, muy extrañado de lo que pasaba cuando lo creía oculto.

—Pero si es usted. ¿Vigilante, yo qué soy?

Este se amostazó:

—¿Por dónde quiere caminar?

—Pero si yo estoy en busca suya porque así me lo pidió doña Sebastiana.

Bajó la mano y esperó una explicación.

—Soy un pensionista de la casa y la cosa está que arde si no nos saca del apuro. Nos han metido en un lío. ¡Y qué lío! Lo que usted sabe de la paloma es una llama de paz. Pero hasta dónde llega el grueso de las armas no se sabe. La turba tiró todo lo robado en el patio. Parece que estamos comprometidos. ¿Y qué vamos a hacer? Ella pensó en usted y me lo comunicó de oficio cerrado. Así me dijo. Rabero sabe mucho y si nos han mamao es por la gritería de los balcones.

Se quedó serio. Esto era otra cosa.

—Usted es ajeno a mi asunto. Yo estoy cuidando el servicio de siempre. No ando fugado. Soy leal cuando sirvo, pero a cuenta de qué voy a meterme en ese lío.

—Pero ¿que no ve? ..., la mujer está fregada con esa artillería en su casa. Será enjuiciada y no tiene pito que tocar.

Rabero miró el suelo, la casa. Se observó las manos con sus guantes bien plantados.

—Dígame, señor, ¿Ud. sabe lo que me pide?

—Ayudarla. Sebastiana dijo: todo lo puede hacer Rabero porque manda.

—Nunca creí que me quisiese tanto. ¿Y usted qué le prometió?

—Buscarlo por decoro de la mujer con un poquito de capricho... una juajua... De todo sabe mucho con el derecho civil.

—¿Así que usted también quiere la ley o es español?

—¡Qué quiere! Soy argentino, che. Soy peludo. ¿Que no se fija?

Otra vez Rabero lo miró callado.

—Mire, señor. Este asunto suyo es precario. Váyase de aquí mejor y no hable de esa mujer incidente.

—Lo hacía porque era buena mujer. Ahí está todo tambaleando.

Puso gesto más serio que antes:

—¿Es capaz de representarme aquí? Váyase y párese ahí. Marche hasta la cuneta. Bueno, ahora voy a decirle lo siguiente: el jefe tiene que obedecer. No tengo más que una consigna: cuidar este lugar. Ahora es usted el vigilante civil.

Sacó su revólver y se lo pasó:

—Ahora me representa a mí hasta mi regreso.

Baralto agarró sangre y con mucho cuidado se puso en la tarima. Miró todo muy lejos como si estuviera oscilando de un péndulo.

Rabero caminó tranco a tranco hasta perderse. Sabía mucho lo que era él en la encrucijada de las cuatro esquinas. Llegó hasta su Comisaría y explicó lo que pasaba pidiendo un carro para sacar lo robado. Se entretuvo en hacer cuentas y partió a poner el visto bueno.

Abajo no hay más que siembras. Arriba no hay más que pájaros. Dulce era la mirada y tierno el escondite. Hasta se puso a pensar cómo un viejo puede dominar su ímpetu sacando los años que servía al doctor Yrigoyen. Sonrió y se lo dijo a un compañero:

—El puesto que tengo se lo debo al chino casi antes del año 90.

El pensionista le había rogado:

—Soy de extracción nueva, che... Soy cesante después de la última poda radical.

El ruido de sables busca otra cosa cuando hay pelea y lo miró todavía plantado de lejos con el revólver en la mano.

—¡Cómo pasa el tiempo y nada se arregla! Cosas de la vida y uno siempre vigilando, dando pasada, atajando sin sabores.

Le faltaba algo y miraba la revolución como asunto que pasa para que otros vengan en lugar suyo. Todo era paraíso en la calle cuando había gente caminando y parándose a ver vitrinas iluminadas. Ahora la noche se envolvía de miedo. La reina del Plata desmemoriada hundía en sus aguas cenagosas el lucido armadillo del Peludo. El aire estaba abrochado de tierra por las caballadas nocturnas. El relente se esparcía por los cielos embetunados en la oquedad pampera. Subían mariposas del río lacustre. Llegaban resplandores del relámpago.

Saltó del carro a ver la facha del civil armado. No halló qué decir porque este pareció sobrevivir de una contienda.

—¿No hay novedad?

—Ninguna.

—Santiamén. Eres como yo: valiente. Dame el revólver y ya puedes volver tranquilo. Lo que a mí me parece no vale la pena hablarlo. Una paloma a veces vale más por el buche si está pesado. Espero que las cosas no se pongan tan duras. Aquí hay dos hombres que van a encargar la encomienda. Vigile que todo entre como Dios manda. Lo demás no me corresponde.

—Gracias. ¿Pero, usted no me acompaña?

—¿Para qué? Si tú eres el dichoso. Yo sigo aquí cuidando las cuatro esquinas hasta que venga el remolque.

La calle estaba sumergida en una llama de aceite crudo. Nadie transitaba de no venir un carruaje patrullero recorriendo las puertas. Se oyó sonar la campanilla fuerte. Un tirón de los diablos para abrir las rejas del patio. Un tronante batir de fierros con reflejos de espadones coloniales.

Quedó afuera el Vigilante Rabero mirando el interior y le pareció todo húmedo y vago. Saltaron piezas en el carro de molinete. Todo era un asunto espeluznante. Doña Sebastiana lloraba para amortiguar su ira. Baralto cargaba con las espingardas dieciocheras. Había algo de tango en el aire, como si después de la revuelta pasara un deseo de olvidarse de todo, aun de los gritos de "Muera el Peludo". ¿Qué se podía pedir a la suerte si no había nadie presente? Un gramófono pareció sonar de lejos. El Vigilante ni quiso oír la endecha porque le pareció una letra muerta.

—Todavía sigue la martingala —dijo.

Era un tango perdulario, olvidado: "La guitarra en el ropero todavía está colgada, nadie en ella canta nada ni hace sus cuerdas vibrar".

BOLIVIA

LA TAPADA

Cuando rove el tiempo en el almacén de abarrotes de don Juan Lanzas, en naturaleza se hallaba servada por la señora el cochete, y hacia uso de él y para regular la marcha del negocio.

La figura de don Policarpo Simón se me presenta en la memoria como el virgineo viviente del mal. Me dio un cuarto en su casa de serretón y un cuarto donde dormir. A él me ocupé en la traducción de libros y el cuidado de los negocios en la expectativa de negocios nuestros con Chile. Nos relacionaron un vínculo amistoso. Pero esas horas mi vida se pasó en el almacén, ¿quién podía vivirlos sin sentir el peso de la ansiedad de los hombres? Se abrió la puerta temprana y yo me iba en ese instante, no tenía otro que hacer de esperar y me iba a observar las sombras de los transeúntes proyectadas en la acera llena de sol. Los parroquianos nunca subían a casa, pero dicen que el hombre es un animal de costumbres. En aquel tiempo aquellas personas valían por su palabra. Cuando conversaban dando informes de obtención de noticias, mis afanes en el libro de Caja, traían noticias de

LA TAPADA

Cuando tuve ese empleo en el almacén de abarrotes de la calle Lanzas, mi naturaleza se hallaba socavada por la altura, el soroche, y hacía uso de sales para regular la marcha del corazón.

La figura de don Policarpo Simón se me presenta en la memoria como el enigma viviente del mal. Me dio un empleo en su casa de comercio y un cuarto donde dormir. Algunos conocimientos en la teneduría de libros y el cuidado que puse en la expectativa de negocios mineros con Chile, me granjearon su voluntad amistosa. Pero esas horas muertas pasadas en el almacén, ¿quién podía vivirlas sin sentirse el más infeliz de los hombres? Se abría la puerta temprano y, desde ese instante, no tenía otro que hacer de esperar un cliente o de observar las sombras de los transeúntes proyectadas en la acera llena de sol. Los parroquianos nunca subían de diez, pero dicen que el hombre es un animal de costumbres, porque al poco tiempo aquellas personas valían por muchas cuando conversaban dando informes de cotizaciones, colmaban mis afanes en el libro de Caja, traían noticias de

traspasos de acciones, constituían toda mi ambición de agente de negocios. Las horas muertas, sin embargo, las veía pasar por la calle de Lanzas, sentado en un sillón cubierto de pellines de llamas con mansedumbre provincial. El sentido de observación era lo que más se agudizaba contemplando la popular vida potosina, retrospectiva, en cien años, a las otras ciudades americanas. Los señores de capa, que pasaban rozando el murallón del frente, eran hombres espantables, de un gesto humano sobreafectado, pero ceremoniosos al saludar y volverse a mirarlo. Las mujeres tenían un poco más de ensueño porque llevaban aún sus mantillas, un rostro con cuajarones de perlas y oro, y las polleras sonaban bullonadas con puntitas de pie, sino eran cholitas de pasos garbosos de manolas. Acaso un remedo desaparecido de la gracia meridional de España. Los indios centenarios, sentados en cucullas, horas de horas, se proveían en las cunetas esperando las sombras para irse a sus covachas. Las tropillas de llamas, al detenerse en la puerta con el sordo tintineo del cencerro, no se movían por mucho rato al cargar compras. Sin comprender nada del quechua, dejaba a los tatas que me hablaban con el acento entristecido.

Llegada la oración, permanecía en el escritorio de don Policarpo cerca de una hora más para cerrar el libro de Caja, archivar cuentas, y despachar algunas cartas a las minas que poseía en Oruro. Terminaba por apagar la lámpara de aceite y salir. Me recogía temprano, después de un corto paseo por la plaza Pichincha, pues gustaba volver a mi habitación de la parte alta, levantaba la celosía del balcón y contemplaba las estrellas relucientes. ¿Encontraba en esto algún consuelo? Algo debía evocarme ese cielo de Potosí que acer-

caba su espejo azul hasta mi cabeza para que cogiese el oro parpadeante. La noche enrarecida sensibilizaba mis recuerdos en su cristal luminoso. Flotaban en el aire rasgueos de charangos y quejidos de pututos.

En uno de esos días habituales a mis labores, dí una ojeada a los periódicos y me encontré con el anuncio de una compañía dramática que estrenaba el "Don Juan". Yo nunca había visto representar la obra de Molière y no le oculté a don Policarpo los deseos que tenía en asistir esa noche al teatro. No me negó el permiso el señor Simón, y sólo se limitó a indicarme que su tresillo terminaba antes de las doce.

Esa tarde cerró el almacén más temprano. No sé si fue alteración mía hallarme ante un cambio de ánimo por el fastidio de mi vida trunca. Me preparé como si fuese a una ceremonia de bodas dándole un barniz a una ropa antigua y cuidándome con inusitada afección.

Entré a la sala con la media luz de algunas candilejas. En los balcones se notaba la presencia de mujeres ataviadas al uso colonial, algunas mostraban por entre el vistoso pañolón un ojo radiante que les daba una misteriosa atracción. Yo me limité a escudriñar una o más veces hacia el lugar que ocupaban y, al fin, echado sobre una butaca de la izquierda, dejé vagar mi imaginación por la alegoría del telón de boca.

El teatro Omiste era un antiguo templo que al ser laicizado se destinó para espectáculos. El escenario quedaba en el sitio que antes ocupó el altar, la platea se extendía en la gran nave central, y los balcones estaban construidos a continuación del coro por ambos costados, apoyándose en las columnatas de las naves.

La presentación del conocido drama de Molière exaltó mi espíritu, haciendo ver lo que no era más que un pobrísimo decorado, la arrogancia de los lances de Don Juan de las Galias. Escuchaba sus frases con la misma unción de acercarme a su oficio de asaltante del amor. Seducía la figura de capa y espada, el ademán bizarro, una larga pluma blanca en el sombrero, la ficción decidida, lo que vuelve a su lugar, la justicia hecha, la camorra en las puras noches de parranda, el desplante en repetir denuestos y abjuraciones. Naturalmente esta actitud atraía sobre mí la mirada de algunos asistentes, que no comprendían el motivo de mi indignación al ver el cielo ofendido, la ley atropellada, la mujer seducida.

Tan ajeno estaba a toda noción del tiempo, que sólo al empezar el cuarto acto se me ocurrió preguntar la hora al señor que tenía a mi lado, quien no había hecho otra cosa, durante la función, que bostezar con largueza y transmitir a sus vecinos los humores soñolientos del cuerpo. Este sacó del chaleco un descomunal reloj y, sin decir palabra, lo puso frente a mis ojos.

Me pareció que estaba en hora de retirarme aunque todo inflamaba para que el oyente viviese el acto de amor.

Viene el encuentro del hermano de doña Elvira con Don Juan, donde le pide la confirme públicamente por esposa. Don Juan se niega porque el cielo se opone con evidentes señales, inspirando en su alma el propósito de enmendar su vida renunciando al mundo en áspera penitencia. Hay algo que tiembla y se desvanece: el reto del hermano herido; las voces misteriosas que lo llaman al arrepentimiento; el fantasma con formas de mujer.

Yo también empezaba a delirar y sin poder resistir la escena, con una exclamación, que atrajo todas las miradas de los espectadores hacia mí, me levanté del asiento y bruscamente abandoné el teatro.

Una vez en la calle la serenidad de la noche calmó un tanto mi espíritu, y a paso apresurado me dirigí a casa del señor Simón. Llegué a la puerta palaciega y quedé indeciso al verla cerrada, los balcones volados oscuros. Amartillé dos golpes en el aldabón que repercutieron sin respuesta. Tuve una sensación de temor y hasta de vergüenza ante la hora avanzada. Vi venir una ronda y dejé la puerta siguiendo un camino de transeúnte perdido, dispuesto a vagar hasta que despuntara el alba.

Recuerdo que esa noche caminé mucho por las callejuelas de la ciudad. Un pueblo de imágenes vagabundas parecía esperarme en las sombras de cada pórtico o en las encrucijadas perdidas. El aire de la fontana lúcida por las estrellas que acumulan llamas terrestres y salen ayes de las mismas junturas de las piedras blasonadas, cuando la heráldica jura que el hombre existe y la virulencia muere, salen al acecho los demonios, corren luces por las balconadas de vitrales, se ve gente hablando, portando cruces, hasta oficios nocturnos. El deseo es el amor y la boca de la judía hechiza con el beso, la voz se hace grito de socorro y en la liturgia se jura ver cosas del demonio cuando escapan truhanes de coturno y tahúres embozados en amplias capas.

No sé cuánto tiempo anduve dando tumbos en los baches de las calles mal alumbradas. En la esquina del Ahorcado, al entrar por una callejuela tan estrecha que bastaba

abrir los brazos en cruz para tocar ambas paredes, surgió una figura de mujer que angustiada me pidió auxilio:

—¡Favorézcame, caballero, que me matan!

La voz parecía brotar de entre la juntura de los muros de piedra. Yo corrí hacia el lugar donde salía el grito; un ruido me indicó la fuga precipitada de uno de los protagonistas.

La visión de Don Juan adquirió un realce inusitado.

“Oí una voz que conozco... ¡una mujer!... ¿quién eres? Creo conocerte... Alguna vez te amé... y ahora acaso me odias... o me amas todavía. Dime quién eres... Me hace señas que la siga... Ve adelante...”

Otra voz, que podía ser la de Riselo, me decía:

“No vayáis, señor. Es un fantasma; no es andar de persona el suyo”.

Yo contestaba a esa voz:

“Nada hay capaz de amedrentarme. Camina... ya te sigo...”

La misma voz me replicaba:

“Señor, señor. Pensad en vuestra salvación”.

Yo insistía como Don Juan:

“No; nadie dirá que me arrepentí por miedo... Si por seguir a un fantasma hallo la muerte, nada me importa. Tiene forma de mujer y sin haberla visto ya la amo”.

¿Fue delirio mío esta escena? Yo puedo asegurar que no, porque aún siento la opresión de su cuerpo sobre el mío. Así la defendí un momento y después me pidió que la acompañara hasta su casa; la sentí temblar y, en varias ocasiones, la oscuridad le infundió miedo.

Voy a precisar los rasgos de esa mujer que más se gra-

baron en mí. De su rostro conservo el extraño fulgor de un ojo negro, brillante de sangre. Yo no vi más que ese ojo siniestro, fascinador y lascivo. De sus ropas puedo asegurar que vestía una saya apretada, que le hacía una cintura de garganta, porque se abría en una carnosidad diabólica. Era de pie pequeño, calzado con hebillas lucientes. El cuerpo de no rehuir de uno excitaba el deseo, una cosa que siente encima y está uno solo, como embrujado. El manto de la tapada es el juicio final porque como prenda tiene el pliegue que se atribuye a la forma de una cabeza peinada sobre el busto amplio. Todo queda para que salga el brazo desnudo y con los dedos haga de pinche en el ojo descubierto.

Al seguirla deliré con las palabras aprendidas de Don Juan:

“¿Quién eres mujer, a quién adoro? ¿Fantasma de todas las que amé? ¿No eres ilusión? ... ¿No estoy loco al seguirte? Dime tu nombre...”

Soltó una risa que aún resuena en mis oídos persistente.

Habló; no explicó. Dijo algo que me pareció suave, de ángel que vuela.

Se detuvo en una casa de roído pórtico en la calle de las “Siete Vueltas” y al pararme vi la puerta abierta, un flúido de aire que me llevó adentro por un zaguán húmedo y oscuro hasta un cuarto del primer patiezuelo. Mientras encendía una lámpara de aceite quedé admirado ante una Santa Eugenia mártir, puesta en una cómoda.

Oí su voz dormida.

—Pero su sueño son como los besos que se olvidan, como las cargas que se guardan de oro, como los dioses que mueren en el Olimpo.

Tosió fingiendo morirse.

—En el Teatro lo vi un tantico fatigado de aficción. No sé decir si es el mismo que ahora me sigue. Nada más vulgar todo eso. Señor, porque aquí está mejor del lance... No estáis del todo mal...

Hasta agregó:

—El señor no tendrá inconveniente en acompañarme a cenar, pues el susto y la correría le habrá dado hambre.

Accedí. La tapada crecía en mi imaginación hasta el extremo de creerme más venturoso que el mismo Don Juan. No había nada que decir en aquella casa parecida a la sombra cuando el viento arrebatara los colores azules y se lleva el tiempo a las paredes negras, ripiosas, donde el tejado tiene agua que borbotea por canales secretos, y nada sale a la vista sino la sombra que pasa, el ángel de la cruz, hasta un beso retenido.

Nada hace un hombre si la mujer no da algo que tiene resbalando la mullida carne, el óvalo musical que despierta el canto o lo que uno desea del bien amado, un trozo de muslo o un brazo de mármol. Eso sí que me acuerdo que sentí en mis labios, un roce duro, y una chispa de rubí engastada en su dedo anular.

Salió del cuarto dejándome sin respuesta.

Me senté en un sillón y quedé absorto de mí al regreso de amanecida a la casa de don Policarpo. ¿Iría a imaginar a su empleado entrometido así? Olía todo a boca que ríe del bien, y espera un misterio amoroso. Sacudía mi deseo y volví a verme como un sencillo vendedor de abarrotes. Cabeceaba para levantar y andar unos pasos. Un vientecillo circulaba detrás de un cortinón verdoso y creí percibir un grito

en una habitación cercana. Quedé reticente de decir algo o de llamar por el olvido en que estaba sobre un caso extraño. Hallé una salida y corrí el cortinón temeroso, pero había una puerta a medio entornar que me trajo confianza. Me pareció sentir un tic tac pausado que marcaba el tiempo. Para darme valor anduve algunos pasos por el cuarto. Adentro estaba ella y yo en espera de pasar a la cena. Todo era una preocupación desaliñada porque sobre el silencio estaba un patio cruzado de sombras. ¿Cómo llamar a esa hora de amanecida? Golpear con las manos, hablar fuerte, suspirar hondo. ¿Acaso estaba viviendo exactamente el acto del amor?

Evoqué aquella parte del invitado de piedra cuando el Comendador, después de muerto, acude a la cena de Don Juan. Esto me armó de valor y pronuncié frases incoherentes. Sin embargo, todo pasa en la soledad del amor. Uno cree actuar con la razón para vivir ese espacio vacío de la existencia.

Quedé obsesionado por la puerta que ocultaba el cortinón. Acelerado el pulso por un presentimiento, la empujé con fuerza. No vi nada, sino ángulos oscuros, un muro entorchado, acaso un camastrón imperial, temblé conmigo de lo que vi en un lecho revuelto. La boca se calla de ser uno moribundo, la lengua se seca de estar sin voz, la risa se estereotipa. Queda uno helado, sobrecogido de no ser ángel y volar, de estar en la tierra y morir.

Así llamaba Don Juan. Me puse tétrico. Rompí conmigo el as de esperanzas. ¿Era yo el infeliz mortal que cumplía con un designio? Era un señor de perilla fina, de ojos de porcelana, blanco como la leche, suave como el amor, y sonreía misterioso de un sueño olvidado. Mostraba un cuer-

po albo, un pecho endurecido, y la llama estaba allí en lo que emana el vértigo, un destino de hombre enloquecido, acaso yo mismo le dí la pasión de matarse en la hora de la muerte.

Me acerqué sin voluntad, inexpresivo, a constatar el hecho físico.

Me arrimé a observar dónde estaba hundido el puñal, aún pendiente de su mano, y sentí sobre la piel aún caliente lo que pasaba de un hilillo de sangre, que caía gota a gota sobre una estera, que servía de piso. ¿Era el lúgubre tic tac que escuchaba de la pieza vecina?

Me asusté de estar allí llevado por un candil errante del amanecer. Recuperarme era difícil sino entraba ella con su grito de auxilio. No tuve valor ni de andar por el caserón vacío donde aún había un olor acre y embriagado de polvo.

Por una especie inexplicable de horror y miedo para lo que no se tiene energía propia, sentí que estaba acorralado por un delito extraño.

Hube de quedar mucho tiempo sometido a preguntas absurdas, que hasta ahora no entiendo, porque fui objeto de un juicio criminal, aunque se conoció la vida del occiso, su misantropía, la naturaleza de esconderse del miedo, de alejarse del siglo, poniendo a prueba su orgullo y altivez.

La historia de la mujer tapada se atribuyó a una fantasía de mi estado lírico. ¿Qué se había hecho? Las pesquisas fueron inútiles. ¿Cómo justificaba mi presencia en esa casa y a esas horas? Algunos asistentes al teatro rindieron pruebas de mi desequilibrio, explicando que aquella noche de "Don Juan" distraje la atención con palabras incoherentes por mi excitación inusitada de las escenas. El tiempo no daba para sacar consecuencias de una distracción horripilante.

El género no tiene compensación si se trata de amor o exaltación del amor porque el fantasma es de nosotros mismos.

Los fantasmas existen todavía en el viejo Potosí, se presentan en el camino para indicar los tapados o entierros, ejercitan venganzas centenarias atribuidas a la imprecación humana. Pero todo aquello no pesaba en la balanza de la justicia que necesitaba pruebas. Se siguió a mi juicio una serie de trámites y no valieron de nada las razones del señor Simón abogando por mi inocencia.

Pasaron días silenciosos de reclusión. Una mañana me sorprendió la presencia del alcaide en la celda. Me comunicaba que se había descubierto un tapado importante en la antigua casa del crimen, donde aparecían objetos descritos por mí, lo que podía ser una apertura del proceso.

Otra vez entré por el zaguán de la lúgubre casa de mi desventura. Desde la trágica noche permanecía cerrada, y sólo ahora que la familia del muerto reparaba el edificio volvía a franquearse su interior. Los obreros se agrupaban en torno al agujero de la mazmorra descubierta bajo una planchada de piedra. Por una reja, de trenzados haces de hierro, penetraba una luz indecisa que dejaba ver los contornos del sótano. Bajamos unos pocos peldaños; se alumbró la bóveda con lámparas, y pude distinguir los armazones de un catre rodeado de sillones de vaqueta. ¿Era una vomitada de mugre aquello o un culto a la muerte? ¿Encierro de inquisidor? ¿O de amo que busca silenciar sus vicios en sarcófago de piedra? ¿Qué era aquello donde se desparramaban cojines apolillados entre bordados de oro?

Salía el miasma, pero no el hedor, chiflaba el viento ava-

sallado por la vibración del trepidar callejero; sepultábase el tiempo con la muerte.

Me acerqué cuando el juez dijo:

—¿Reconoce usted a la dama tapada?

Retrocedí espantado.

Todo tiene un misterio en nuestra existencia. Ni yo podía atestiguar a ellos una mediumnidad de las ánimas en pena.

Era la misma mujer tapada que salió a mi camino la noche del crimen.

Me callé porque en el proceso estaba lo que pude apreciar de su envoltura humana. Tendida sobre el lecho la saya aún brillaba reluciente, el manto permanecía intacto atravesado de pliegues. Más hermosa podía dormir. Mas algo permaneció sobre lo que el demonio imagina. Había algo que era lo que yo amaba. Me incliné para ver el ojo de la tapada, ese ojo de luz radiante, que tanto me había perseguido... ¡Horror!... ¡No existía! Era sólo el hoyo de la calavera.

Al levantarse uno de los brazos aparecieron bailando en los huesos las mismas pulseras abillantadas que vi y declaré ante el juez. Sobre el dedo brillaba el rubí, una gota de sangre, que rozó mis labios ardientes cuando quise atraerla hacia mí, y ella me extendió su brazo duro.

Pero este viaje de pruebas por su esqueleto me reservaba una sorpresa definitiva. En el justillo negro, cerca del corazón, se veía el mango de un puñal de plata en los huesos del tórax, idéntico al que tenía el muerto. Era un acto de homicidio cometido mucho más de ciento cincuenta años, en

el siglo XVIII, cuando la villa imperial de Carlos V, tenía por la más rica y poderosa de América.

El juez se mantuvo como yo, extrañado. Era un caso único en los anales de justicia, que no se consultaba en los códigos: la intervención de los fantasmas en los procesos criminales.

Los hechos eran concluyentes de un percance oficioso excluido de la Corte cuando los hombres piensan que no tienen acción en el presente y surge lo absurdo del tiempo, la ejecución por métodos inalámbricos, el exceso de males acumulados en los sitios de la desilusión humana. ¿Qué se puede esperar de un muerto que resucita si no existe el hecho en la sombra mediúmnic? ¿Podía yo discernir? Una mujer de otro siglo me tuvo como arma dispositiva haciéndome realizar una venganza cuando entré en sopor del tiempo, desapareció la luz del día, se hundió el sueño en el espacio. Todo me parecía un espectro y nada una verdad. Lo cierto se tuvo que sobreseer en la causa por lo imperfecto de nuestra ley natural.

La venganza de la tapada era un gesto homicida del pasado sobre el presente. ¿Qué papel vine a desempeñar yo? ¿O las emulaciones de Don Juan me hicieron atraer el fantasma? ¿Y aquel grito de socorro en la callejuela? ¿Y el ojo burlón, que me decía, no os gustó perseguir el amor?

Llevo como un fardo, después de mi libertad, esta tragedia indescifrable.

LA ASONADA

Hacía lo posible por no aburrirme y me detenía en las esquinas para observar el aire medroso. La calle estaba tapada por un cerro. Todo parecía volverse a la sombra de los techos rojizos. El cielo azulado quemaba por la vibración húmeda del mediodía. Había una impresión penosa del vacío andino. El rayo de sol partía el cerro de rajaduras en sus flancos vecinos hasta el faldeo menudo del empedrado.

Oruro se encrespaba en la llanada acústica de faldeos que toman nombres de cerros en las cumbres colindantes del San Felipe, Santa Bárbara y San Pedro. En la vastedad del suelo aparecía lejano el camino sobre un manto rojizo y el monte Cochiraya desaparecía en el fondo perdido.

La brisa reverberaba azulante en el esplendor del yermo. El poblacho de tiendas salía a los escaparates de la recova. No había aire, pero flotaban los encajes blancos. Seguí al mercado, que llamaba con el trapío de la mujer, soberano de colores.

Una chola me invitó en la puerta de su tienda con una algarada de palabras como si el transeúnte fuera un espejo de su chispa. Sufrí la invectiva sin desmayo porque todo parecía un asunto de venta mala de la hora. El tiempo se ponía cerca de ella a brillar con los ojos saltones. Sentí que el negocio tenía atracción de curiosidades y con su pregunta despertaba el interés de la contradicción debido a su silabeo de sí y no. No comprendía la lengua aimará y la chola si se dormía como una niña sin mando, demostraba saber pelear al hombre de la calle por su cariño. Su voz dejaba salir

su diantre de palabras que le decía a uno lo que era ella para que se le echaran monedas a su alcancía de ventas. Sacó muchas cosas de las colecciones de aretes y anillos.

Me dio a cada rato en la mirada una punta de lengua. Zafarrancho era todo de no dar nada cuando todo estaba de tomarlo. Así era ella. Se puso a discutir prendas finas para señoras mostrando colgajos de incrustaciones con piedrecitas azulinas y granates, pulseras azocaladas de relieves de Tiahuanaco, objetos diminutos de plata, alacitas del año nuevo. Se oía su voz imperativa y locuaz y yo parecía suyo por la forma dulzona de tratarme suponiendo que era tranquilo de carácter. Había “suyos” y “míos”, a cada rato, reteniéndome para que no saliera a la tienda del lado. Lo que disponía de mí era “su compra” por lo menos de alguna joya cara y otra de su gusto. Se ponía en el justo equilibrio de hacerme una rebaja sin pérdida de dinero para ella y, como se taimaba, suplicaba suave, haciendo un empeñito con la voz baja, y de ser sola, sin marido, todo podía arreglarse.

Me dijo al fin, muy seria y enojada:

—Si viene como caballero del aldeaño, no me robe de veras lo que le doy. Téngame por buena, pero no en su estorbo.

Así quiso hacerme feliz por si tenía otra mujer dando una noticia para hablar de su vida familiar donde su madre y su padre le escribían una carta desde el cielo cuidándola con rezos.

Seguía el enredo de contar algo más a medida que echaba en el mostrador cajoncillos de encajes y cintas.

La chiflera lucía lustroso el peinado de trenzas largas, echadas sueltas hacia atrás, y contoneaba el talle para ver-

se más dueña de su genio. Estaba con su chambra de encajes anchos, apretada la cintura en los encarrujados de la pollera sobre la pretina. Tenía un jaleo de reñir con una granizada de risas. Parada en la punta de la bota borceguí daba a entender con pisoteos que también era dueña de la pieza donde dormía por si me perdía de noche.

Mirábala de frente y parecía que no tenía ganas de decir la verdad con sus labios de coral.

Era la hora meridiana y el sol caía de plano sobre las colgaduras de la puerta. Afuera saltaba el sol y adentro la compra estaba esperando resolverse del enredo de sumas.

Se puso ella misma los aretes que me ofrecía colocándolos en las orejas.

—Yo quisiera, hijito, saber lo que eres, si fuera tuya porque tengo que vivir como señora elegante. Lléalos para mí por bonitos y cuídalos en tu pieza sin regalarlos porque me agradan.

Yo la vi con los aretes puestos mirándose acomodada ante un espejo antiguo, colocado como consola en un rincón del negocio y, al recomendar el primor de la alhajiña, se abanicaba de flores y, sin sacárselos, quiso verme la suerte con un naipe que escondía de la policía. Todo era para darme amor, ungüentos, polvos finos, y una piedra de imán curada para el desliz si yo la olvidaba.

—Usted tiene que ser mío si se pierde de amor.

Era inútil que le replicara que estaba de curioso, nada más, porque se fue a sus cuentas claras, de una compra estipulada por sí.

—Yo siempre vendo aunque esté parada en la Puerta

del Sol. No sea zonzo, si tiene que enredarse sin cuenta. El hombre es como la mujer, si se le busca se encuentra.

La mujer ofrecía oro en polvo y tuve que acceder a una compra afiebrada de las "caravanas judías", bien cotizadas, para no perder el tiempo sin darle lo que pedía.

Saqué los cien bolivianos comprometidos y hube de esperar la cepilladura que hizo a los aros sacándole lustre a las piedras. No pude hacer otras cuentas porque estuvo paladeando el beso de ella, que lo daba a cada rato, sin hacer historia, y que resultaba escondido, casi de pecado, de tanto guardarlo. Me intrigué de la chola y cuidé la oferta como persona de viaje. Y a su soliloquio le expliqué lo que era en una tierra caliente.

La luz llegaba vidriosa y todo padecía de algo oscuro del aire. De repente se oyó de arriba un barullo de sombras, de pisadas livianas, en el rebotar de tablas de los colgajos del mercado.

Se fue sobre mí la chola con un grito dislocado.

—¡Asonada!

Era una palabra bárbara, sin freno, de una aventura.

Permanecí sin moverme, pero ella golpeóme el pecho haciéndome salir del negocio. Su grito se oyó afuera y creí ver su atención en un tiroteo lejano de fusiles. Sin ganas de decir nada de su venta se contuvo, pero volvió a gritar:

—¡Asonada!

Salió a la puerta iracunda de verme en el interior y corrió a avisar que yo estaba dentro.

Me asusté de su actitud, pero pude sonreír de ella cuando le dije que todo era broma, lo que le hizo un genio de diabla, porque quiso arañarme de veras. Dudoso salí afuera

a mirar lo que pasaba y pude verificar que estaba solo en el espacio del mercado.

No pude entrar a la tienda de nuevo porque estaba cerrada. Me pareció que el mundo tenía otra vereda para mí al oír que la chola me insultaba.

—¡Andate, que estoy muerta de susto!

Y después que descolgó de golpe las zarandajas de la puerta y el cerrojo se interpuso sin esperanza, parecía que gritaba aún:

—¡No se vaya!

Solo, en la calle, permanecí sin saber qué hacer, y volví al hotel Central, aprensivo del tiempo. Sentí en derredor que todo se ponía oscuro en el relieve del sol alto y que la hora tomaba fronda en la oleada de nubes que aparecían en el horizonte. Había algo en el espacio del susto colectivo. El grito de “asonada” desapareció por el silencio de muerte que hallé en los sitios eriazos. Temeroso llegué al hotel y no pude entrar porque estaba cerrado. Nadie abría al pasajero. La fiebre era de la Plaza Mayor. Me quedé absorto de la chifla antichilena que proclamaba el “saavedrismo” militante. Había un gallardete que anunciaba la guerra y los gritos se perdían en la columna que desfilaba tomando postura revolucionaria. Seguí la fila contraria por los portales donde se mantenían las fuerzas gobiernistas. Las formaciones se dividían de un lado para otro. El bando del doctor Juan Bautista Saavedra sostenían la reivindicación del litoral y pedía “Antofagasta, Mejillones y luego... otras regiones”. El pacifismo estaba de parte del doctor Daniel Salamanca. Parecía una victoria del gobierno central la marcha de los revoltosos. Se escuchaba el “muera los chilenos”. Caían los perros...

Estuve por andar a un lugar menos expuesto y me sorprendí al ver unos ojos escudriñadores. Quedé dudoso de su presencia.

La chola era de mi partido porque la vi en la fila gobiernista muy ataviada con una mantilla celeste y llevando en las orejas unos cuajarones de oro. Me escurrí, sin que me viera, pero adelantándose sabía dónde estaba mirando a los grupos políticos.

Me dijo con risa:

—¡Váyase y no sea guapo!

No le hice caso mirándola inadvertido y, aunque me alejé, oí que volvió a decir:

—¡Caray! Si se queda, por qué no me devuelve la plata.

En verdad era una burla de ella, aunque no disimuló su agrado, al fin de cuenta, cuando todo estaba airoso, porque su voz me pareció infiel al escuchar su lengua:

—No se vaya... ¡Que soy *chilena*, niño!

Era una alusión que me hacía de mujer pública.

No tuve valor,

BRASIL

BARITONGA

Baritonga, después de su trabajo, viene a divertirse con capina los caprichos de su cabeza atolondrada, siempre llena de animales y pajaros de formas raras. El gran cuarentonazo a vestirse de gala para celebrar a San Juan. Les va, que ella termina de hacer, penden del techo y de la l. Hay de todos los gustos. Algunos redondos y toscos y maneyes a yucas; el barrigudo, igual a un sapo ladra el carretero mayestático; otros con cabezas pinturrajeadas ros de la selva y de calabazas gigantes, angelones con de paloma, y una multitud de boloncillos colorinescos. —Venga, mi gaito de erucar, a la sorpresa.

—¿Cómo mira y sonrie?

—Mira, ¿cómo va a volar?

—¿Cómo a tirar viento quente por atrasinho —responde de la de risa.

—¿Cómo de niña.

—Yo? ¿Por qué? Voré ha dicho que el carretero no va a bailarista lo lleva con la bandera. Diga que es bonito. —Venga Negrarina una risa que hace estremecer las tiras.

BABITONGA

Babitonga, después de su trabajo, viene a discutir con Negramina los caprichos de su cabeza atolondrada, siempre en busca de animales y pájaros de formas raras. El gran cuarto comienza a vestirse de gala para celebrar a San Juan. Los globos, que ella termina de hacer, penden del techo y de la pared. Hay de todos los gustos. Algunos redondos y toscos como mameyes o yucas; el barrigudo, igual a un sapo ladrador, el carnero mayestático; otros con cabezas pintarrajeadas de aves de la selva y de calabazas gigantes, angelones con alas de paloma, y una multitud de baloncillos colorinescos.

—Venga, mi gatito de azúcar, a la sorpresa.

Lo mira y sonrío:

—Mais, ¿cómo va a volar?

—Pois a tirar vento quente por atrasinho —responde desternillada de risa.

—Cosas de niña.

—¿Yo? ¿Por qué? Você ha dicho que el carnero nó vuela si el Batista lo lleva con la bandera. Diga que es bonito.

Suelta Negramina una risa que hace estremecer las tiras

de papel. Sostiene unas tijeras grandes sobre la mesa. Babitonga se apresta a reñir con el balón de su agrado.

—Mi gatito de azúcar, ¿no quiere volar juntos?

—No gusto ir al cielo con patas arriba.

Negramina suéltase a reír mucho, pero se conforma con lo que pasa. Hay muchas tiras de papel sin pegar, los cascos de un primoroso balón, con la esferilla multicolor, donde la prolijidad destaca el nombre de Babitonga y el suyo.

—Señor regodión. Toditos van a volar al cielo para ver la suerte. ¿No quiere océ ser mi amo?

Ha hecho titilar los ojos para entrever mejor la noche que se aproxima. San Juan escucha los ruegos que se le hacen cuando los novios agitan la bandera y desde el morro piden amor y fecundidad. Negramina entreabre los labios rojos y suspira con el depósito que en sus manos arregla la estopa de kerosene. Pero ambos piensan muchas cosas de esa confección amorosa porque puede a corta distancia de la tierra caer quemado trayendo presagio de mal agüero. Saben que el mar es portentoso con su calma y si el balón se derrumba en el oleaje, una congoja hace entristecerlos.

—No pienses, mi gatito de azúcar, esa infelicidad.

Estudian el espacio celeste como si el corazón de ambos cupiera en la inmensa bóveda.

La bahía Guanabara es preciosa como un coral. Aparecen fosforescencias de plata y todo es una llamarada de color con las hogueras de los morros.

—Allí no seremos si no tristes porque el agua es sucia.

Ambos respiran un aire vivo, solemne.

2

¡San Juan! ¡San Juan! Ya empieza a vestirse la ciudad de collares, diademas y cintas de luces. Los pinos se alzan con banderas y cuelgan de sus ramas flores, luces, arden candeladas, se enlazan a los cipós de flor ramilletes de naranjas. Al cielo se vuelven las miradas alucinantes del negro. La niña utiliza un globo para ser feliz y no pegar las pestañas. Ahora salen a la plaza hechizada por los baloncillos que comienzan a inflarse.

En un palo largo suspende Babbitonga el carnero. Ríen mucho de las patas cortas para que vuele con el hociquito levantado al cielo. El aire caliente comienza a entrar en la barriga, debajo de "o cú" y a hincharse de cuerpo. En los ojos arden dos linternas verdes, se estira una lengüecilla roja, las patas se mueven ágiles. La figura apandongada late horripilante.

Los novios se buscan en los ojos durante el ruego que se inicia al soltar el carnero místico y lo ven elevarse al azul brillante con el mensaje de pastorear el ganado del santo Bautista.

Se ha ido paciente y están contentos.

La niña tiene otra estopa que parece bendecida por el brillante color de la llama. Babbitonga muere de pena y le pide a San Juan que lo deje todo para el año venidero. Se ha puesto muy ancho de felicidad para levantar en alto con su brazo el lindo globo de Negramina que lleva su nombre. Todo ha sido rápido.

—¡Tiga! —grita.

Ella dice:

—Amor.

Juntan sus cabezas amorosamente con la vista fija en la luz aerostática, que asciende el morro, y sube, sube hasta perderse entre miles de balones rutilantes.

—¡Negramina, allá va! —grita, siguiéndolo con la mirada por el camino de la felicidad.

No saben ambos qué hacer en la brusca sacudida que levanta el viento. Sacan el aliento de un beso de sus bocas y lo suben espirituados pidiendo al balón que siga ascendente. Sube y no se pierde de sus ojos. A medida que gana espacio la llama vagabunda deja en el corazón un halo de plegaria. Se arrinconan a comunicarse la ansiedad que tienen ante la visión nocturna. La marea arrastra el balón a la bahía. Pareciera que va a desprenderse en las aguas duras y siempre se levanta, agarra altura, y lleva algo del amor de ellos.

La letra tiene nombre en el espacio y cuando ruegan hacen sus promesas unidos.

Nadie podrá verlos porque están en un refugio más oscuro que su carne. El parpadeo de luces tiene estrellas. Nunca los vio la dicha más boquiabiertos. La noche resplandece con lo que piensan en el brillo de los astros mismos. Los senderos salen a los caminos rurales con destellos de luciérnagas. Entran a palacios de helechos y cúpulas con coronas de palmeras. El firmamento llega con los rumores del mar y de las rúas haciendo una caja sonora.

Siguen cientos de balones entrando a la esfera y se hace arrullar la niña en brazos fuertes bajo el plumón sedoso del aire.

Negramina deja el salameleque a la noche de fiesta. Las

bahías abren en torno suyo un abanico de sombras olorosas. El paisaje ora verde, ora blanco, ora rojo, cambia la silueta del Pan de Azúcar. Niteroi, al fondo, ostenta el collar iluminado de Icarí y del Saço de San Francisco.

¡Oh, noche de San Juan Bautista para ver y tirar la suerte!

3

A lo lejos se oye en la rúa:

Mazombo de zúmba, rebómba o búmba...

Los amigos bajan del morro en convite. Babitonga ha seguido las comparsas y Negramina suspira.

El bombo sigue marcando su ritmo obsesionante:

Mazombo de zúmba...

Han bajado del morro dejándose envolver por los rasgueos de los cavaquiños y el acicate rimbombante del ríaco. Entran a una rúa entoldada de faroles. La música vagabunda comienza a circunscribirse en la feria del Riachuelo. Surgen sonidos y batidos de pies y palmas. Se mezcla el fado y la gaita silba pomposa con embrujo patrio. Los bailarines entran en círculos llevando las manos en castañetas. Salen grupos al camino sosteniendo la fiesta fandanguera. Todo toma fuerza de madrugada adentro.

Su presencia se observa por el aire religioso del tiempo cuando todavía se camina a los lugares vitalizados por las flores. Ríe el negro y la negra. Los anchos cantones hacen esquinas, donde el pueblo siente el aire popular, los batuques y fandangos valsados.

Negramina sube a un tablado brillante y levanta sus bra-

zos requiriendo a bailar a Babitonga. Es hermosa con el vestido almidonado, color rosa salmón, haciendo resaltar mejor sus rasgos fisonómicos, de un laca oscuro, fino y ovalado, y unos aretes de turmalinas penden de las orejas pequeñas. Hay un juego de luz en los ojos y la dentadura perlada. Quiebra la cadera. Viborea con los brazos. La multitud recoge en el aire la red misteriosa de su deseo.

Pasa un portugués, le tira un beso:

—¡Pretiña de mi alma!

Cae sobre él un puñetazo. Se arma la batahola y el césped se pone áspero.

—¡Negro mandinga!

—Culo, culacho.

La caja rebota cerca:

Mazombo de zúmba...

Son golpes mágicos para que el negro huya.

Negramina sigue bailando y de su boca se escapan unos gritos agudos como de un tubo metálico. La danzarina reuerce desesperada el cuerpo y desvía con su actitud la atención de la gente para favorecer la fuga de Babitonga. El ruedo del vestido se abre como una corola por la que se asoman los finos estambres de sus piernas. El público apiñado ayuda a entorpecer la acción de la policía. Sus pupilas salen de la órbita como dos cuentas de azabache. El gesto es tierno, mira el sueño y sonrío fascinada. Tiene mucho de la noche láctea cuando el océano cae y la tierra tiembla. No hay nada y sigue la danza.

Afuera se oye:

Mazombo de zúmba...

Babitonga llama a Negramina con la música vagabunda.

Se ha escapado entre la negrada revoltosa. Ríe, porque no puede llorar. En el tumulto siguió el rumbo de la danza. Nadie sabe si es él o fue otro aunque han venido otros más por la feria batiendo atabales, sacando sonidos guturales a la samba rural. El viento trina con estridencias y afonías llevando por los recodos sus guzungas y maracas.

La lengua habla y la calle se queda muda. Mas si sube a los morros tiembla el aire, llora el cascabelaje musical, el birimbao se derrumba, saltan los cogollos de las naranjas y piñas, hacen furundum.

Se buscan los novios como agua de seda, la niña y el niño, la sombra del árbol. El río vierte a chorro los besos y nada se esconde porque todo aparece allá en el cielo.

Negramina busca a Babbitonga y no lo encuentra y los dos se miran y no se hallan cuando están amándose sobre la luz de los amores.

Al fin los dos se nombran, se arrullan, y también piensan que van volando como ramos de flores.

EL GUERRILLERO DE LA NOCHE

Pero ahora no iba a perder su libertad mientras pudiera desenvainar el cuchillo y bolear las avestruces a caballo. Aunque desmontado tuviera mal aviso de perderse por el chircal andando a pie y saliendo de la línea divisoria hasta los hitos riberaños. Al frente aparecía el valle de Santa Ana y un cerrillo lejano levantado sobre un agua cenagosa.

El gaucho Azambuja había huido hacia la frontera per-

seguido por las patrullas militares después del último asalto a los federalistas de Casapava. No podía sino mirar lo que venía de la peligrosa emboscada desde que escapó por las Guritas entrando a los valles comarcanos de Livramento. A dos días de la banda uruguaya entre las taperas y dunas, sin indagar peligros, salía de nuevo a vivir su vida plañidera. Oculto en las plantaciones vecinales conservaba la pistola con el cinturón de la huesera y nada había perdido de su genio al soltar su pingo por el deshecho. Se sentó a mirar las botas de potro y reponerse de su último escondite. Desde la cruzada de Yaguarón las patrullas colinderas se aburririeron de seguirlo al pasar el río y volvió a su carácter la alegría de siempre por la precaución de ponerse a trato con la gente vecina sacando su barbilla en remojo. Traía el rebenque y sombrero, su misma astucia de tiempo mejor, y dinero para el cambio al otro lado. En los pagos de las Toscas y Seival estaba su gloria avasallante. Era un mal propio andar desbandado porque el matreraje volvía con las chimangadas a exterminar la revuelta separatista. No lo sacaban del paso por más que otros querían robar prenda y dejarlo en el pago, sin derecho a cobrar peaje cuando entraba la caballada siguiéndole hasta la misma siembra con aperos de su banda, a besar a la chinoca, y de sus manos recibir el manojo de flores.

La pasada por los chircales le trajo ánimo de vivir con las sobras que dejaban los revoltosos orientales en el trato colindante en una calle con otra. Yaguarón era un río y Livramento un salto de cernícalo. La gente no se ponía a mirar a los que pasaban al otro lado porque el tiempo solía robustecer la siembra de los agricultores. Recibía el acecho de

los relinchos y el lejano bullir del bagual sacudiendo las ramadas. Tomó el caserío bajo siguiendo las peonadas perdidas.

El día domingo se iba en el aire melancólico de la tarde. Afuera había tiempo de lluvia, adentro agua calcinada, y se sentía áspero para el dicharacho. Un parpadeo lo detuvo a la distancia y pudo leer un letrero en la terraza central: *Teatro Internacional*. Se avispó como un murciélago por la anochecida cercana dejando su timidez.

Hacia el boquerón del oriente pesaba el aire azul. La lejana tormenta se apaciguaba sin avanzar, pero pronosticaba el anochecer duro por la borrasca que azotaba la otra línea. Un relámpago mostró el cruce del hito grande. La frontera salía en la llamarada con su avenida transversal.

El temor del vecindario saltaba en la palizada central de ambos lugares colindantes, que se atraían por la luciérnaga del cabaret, donde la atracción de su terraza unía a lusos y orientales sonando millares de fichas. Abajo el zumbo olía a café. Arriba estaba el vidrio luminoso por las sombras del espejo.

Era una vía libre el paso hacia el platanal bajo de Sarandí. Pero el tiempo en ambos lados permanecía estable como de agua salutarífica en la domingada de gente que atravesaba sobre la pasarela de rieles. Los hombres cobraban coraje con la tempestad que ponía los pelos de punta. Entre dos sombras el cerro del Marco estaba aislado en azul polvoriento y sobre los jibados cerros orientales la tempestad tronaba. El vegetal traía la muerte como el aire se pule en la sombra y va a vivir en los cienos lejanos. El sol se esconde cuando cae el árbol y todo zumba ululante.

Azambuja abrió sus brazos para sostener mujeres que

huían a sus refugios. La vista atemorizaba el espacio y a su paso lo dejaban sólo por el camino de troperos. La naturaleza cambiaba con el lejano tronar; las reses y manadas se postraban aniquiladas, los pájaros desaparecían como pedruscos y un ruido sordo en medio del silencio se llevaba el aire empolvado de siembras.

Nada sacaría con seguir amargado de una suerte negra. Había que cortar el paso cuando se apropian consigo el don de la libertad. Sobre la cuneta grande entraba a cambiar de genio el forastero. La tormenta le daba ánimo a ser más benigno. La noche traía una humedad fiera, el agua era remezón del diablo, salían las lagartijas del cerro, y la mujer volvía a su redil. Lo vio porque estuvo riéndose de la zarabanda del Teatro.

La plaza patinaba con los élitros del tráfico. El ventarrón arrastraba a su paso con todo suspendiendo el barrido azul de las frondas, llevaba la sombra al cautiverio y se perdía el paso aceitado y el derrumbe amortajaba.

Así, el gacho se sentía generoso de sí mismo, porque el tiempo sobraba y la vida terminaba con empujar el cuerpo, donde todos nos acorralamos, y el vértigo es de la altura del fuego cuando se viene encima la bola tronante y retumba para caer sobre el imán de acero. El sordomudo oye cuando tiembla el alambre electrizado. Cae el poste telefónico y la gente se aferra de lo que puede. Ahora en la tormenta todo le parecía propio en el devastador ciclón que arrojó el trapicio de mesas al aire. Eso era para Azambuja tiempo de cabezadas y cuchillas entre Uruguay y Río Grande del Sur. Estaban en una y otra banda los antiguos separatistas de la última campaña electoral de 1922 que levantó banderas de

revolución libertadora. No tenía más que un sueño al otro lado donde librarse de la cizaña del Chimango originario, que utilizaba su mala fe para reducirlo a las leyes del alambrado.

Se sostuvo en la rienda de un caballo espantado cuando el gentío gritaba en las puertas sin entrar al Teatro. Trepidaban los avisos luminosos chupados por el averno. Pero el gaucho sabía cuidar su caballo en la admiración de mostrarse capaz, de lo que no era de él, sino de un comisario que le pidió se lo sujetara. Era un boleto de su entrada bien ganada. Para él un caballo era lindo; el toro un bicho fuerte, pero se alegraba cuando podía echarle a una chinoca la argolla o su lazo. Sólo así era más manso aunque su voz seguía como piedra tirada al río.

Tomó la puerta de entrada por suya y le pareció que el amor no le quedaba corto ni largo en la línea divisoria.

Se le vio pasar como el gaucho vecino luciente aún de su rastro por el campo. Sin desabrocharse parecía marcar el paso cotidiano y ponerse en flor de mujeres. Saludó para hacerse notar, pero volvióse al círculo, donde estaba el agua, aún detenida como un telón de fondo. Al entrar el chubasco de relámpagos le hizo beber demasiado. El viento zumba y da valor. El agua pone enternecimiento. El tiempo era mejor para el poblano que para un gaucho sin querencia. La guerra de la ciudad siempre es contra el campo. Las mujeres querían bailar y pasar el miedo y, en cambio, podían a él darle una y otra con su arrenquín de palabras, y no oír lo que le agradaba cuando salía en ronda apretando su potranca matrera o un giro arrastrado para rogarle a la mujer que lo escondiera en los compases de su "tangolumango".

A su lado habían mocañas y cuando quiso pelear hembras se sintió despavorido. Salió a la pista a ver las heroínas de sus cuentos en la sierra y supo que las llamaban por vocales suaves, aunque algunas parecían pálidas Albas y suspirosas Ondinas, otras lo observaban porque eran celosas Medoras o intrigantes Luzbelias. El cuerpo lo ceñían tules, de pintadas y olorosas, no le daban vara para acercarse a cimbrarles el brazo. Sacó cuerpo y se hizo admirador de algunas que pasaban a su diestra. Al fin el hombre escucha mejor cuando habla una mujer sin ponerlo de apuro.

Pero no fue así lo que oyó:

—¿Guañango, me lleváis?

Sonrió.

—¿Sois de aquí?

—De Curityva.

—Ululuy. ¿Estáis enferma?

Suspiró y lo dejó plantado. Parecía comprometida y no insistió por la cachaza de su cuerpo en el remojón de agua. Se atusó lo que pudo la barba y aflojó la corbatona roja.

La dejó irse para encontrarla más a su gusto. Claro que ella hablaba como una gringuiña de otro pago y suspiró de hallarla más suya. No supo si era broma o que su voz tenía algo de curativa por lo melosa. Se dijo para sí: “o si yo fuera como caipira sedoso estaría de su carne”. Taimado miró su facha con el sombrero a la espalda sujeto por el barbiquejo y las botas no le daban pasada suave en la pista brillante. Se apretó el cinturón con la daga y aseguró la pistola.

Había que tomar entrada o someterse a lo que miraba hasta que la concurrencia se fuera de sopetón, como llegó antes en el patinaje del tumulto.

El hombre llora cuando no tiene mujer al lado y allí sólo no hacía ni teatro con su chispa entre el vocerío de hembras, aunque se avenía a que lo tuviesen sin fama por el parecido al general Azambuja. La tormenta dejó entrar mucha gente, como él, sin preocuparse de apariencias populares. Muchos eran jefes por la analogía de usar barba recortada, pero la semblanza mejor estaba en su modo taciturno, una lengua viperina que se levantaba hacia arriba lamiendo el labio superior, la gracia de responder a tiempo y aparentar inocencia. Luego, el matrero sabe lo que es palote con la cruz, una insignia de golpe con dos brazos. Abajo y arriba se alineaba a morir. Lo dejó todo a un lado para mostrarse incapaz de nada. Siguió andando por puertas. Lo veían pasar de una a otra, casi en busca de un escondite, y su sencillez de hombre avecindado que nunca vio mujer más bella. Era bien dueño de su voluntad hacer su agrado un cambio de película. La noche era de música, de público que bailaba en pista resbalosa y dispuesta a irse con ayuda policial.

Todo lo observaba Azambuja a regañadientes al ver un local cerrado, sin atinar a comprender por qué lo dejaban en libertad de fingir. El mismo oía su voz: "no te apures" y sin apresurarse esperaba que la tormenta pasara. Era esa la fiesta de la hora. Sonaba en el baile una "samba" y también un tango.

El escándalo es de la tierra con agua no de la música en el anfiteatro. Una cruz mataba el rayo y asaltaba la barriada de sombras. La hora de guarecerse es siempre agradable en el lugarejo.

Salió a buscarla y cuando la encontró estuvo más dueño de ella que antes. Atusó su bigotillo y volvió a ser él, man-

dón del pago. Esta lo miró sin moverse. Tenía una boca abierta de ganas de decir algo y se atragantaba sin respuesta. Parecía rubia cuando era morena, un oro mate despellejado, y el escote la ponía rumbosa, despótica. No miraba nunca de frente y bajaba el tono para secretar. El otro era moñño de ella, un contraste de gente de ciudad y de campo para no perturbarse y cuidar la presencia. Pero no había entre ambos arrobo sino desaliño, acaso se utilizaban sin saber por qué de algo que estaba pasando en la fiesta.

El gaucho es guapo en el pago cuando mira a la china para hacer un relato de una hazaña suya, donde atajó la merienda, y saltó la valla a caballo, rompió lazo, burló al rompecabeza. Aquí estaba como bautizado por la tontería de un mordisco en carne de terciopelo. No le salía otra palabra que la del "tangolumango". Un arrebatado de hombre no es un beso de mujer. Así le pareció a él que era un servidor distraído. Habló de algo que salió a tiro de lazo. Pero anduvo desacertado. Se fue a lo que hace un buen caipira, a rezongar un olor de quema, hasta de un bife con mandioca.

La boca a la otra se le hacía agua y no pedía nada, porque de haberse puesto en fotografía debajo de un ombú, a la vera del rancho, todo le salía gracioso, muy del temporal de agua.

—Yo creí que monciño sacó capote caído.

—¡Olé! —exclamó—. Ardes.

—Suspiro.

—Bueno. Por ahí se empieza.

Pero todo se hablaba así, a salto de mote, y hasta de una colina se pasaba a otra siguiendo las avestruces pardas. Se tumbó en una silla y pidió su fuerte.

De repente le dijo algo:

—¿Sois malicioso?

El la miró:

—¿Sabéis algo?

—Tu preocupación me espanta —irrumpió de pronto.

—¿Cómo?

La atajó de un brazo y le preguntó:

—¿En qué andas?

Gritó:

—En lo que a mí me importa.

Azambuja era atrevido, pero se calló, y tomando su talle le dijo con suavidad:

—Dulce como pan, tierna como cebolla, y de ají picante ¿me dais un poco?

Esta saltó sin rezongar:

—Somos del carbón tostado.

—¡Ah, te comprendo! Andais sin plata. No te apures, que algo tengo.

Volvió a mirarlo asustada.

—¿Eres tú o no eres tú?

El rió.

—¿Quién quieres que sea?

—¡Tú!

—Bueno. ¿Y el otro?

—Ese lo cazas tú.

—Bueno.

Y se la llevó a un rincón, la metió en un palco, le corrió una cortina, y gritó:

—¡Al fin, tengo hembra!

Desenvainó su facón y lo lamió.

No había sino aire y sangre en su ardoroso beso. Tomada como si estuviera en un baile con dulce lumango la puso de celeste azul, de blanco y colorado, la abrigó, pero tuvo su arranque diciéndole:

—Déjame un rato para estudiar.

Era un juicio que no podía resolver.

—Soziño sois lo mismo que yo —agregó—. Anda cerca de ti el Chumango y quiere verte.

—Búscalo y tráelo.

—No. Te pierdes.

—Entonces, llévatelo.

Era otro el enjuague de mujer, un asunto baladí, una trampa de echarle la soga al otro lado. Y le explicó lo que iba a venir con él al terminar la noche.

—No quiero verte arrancar, y te van a seguir por las paredes del fondo. Esperan el aviso a la otra línea. Son cuatro los de la partida y yo la cotorra del malandro.

—¡Tu abuela! —refunfuñó.

—¡Cúidate! Y esperemos para que yo te saque del bebenjén.

Era tarde, pero la noche estaba ardida de pasiones.

A un baile vino otro en la función de un lupanar seguro, donde el agua forma lodazal, y el viento tritura la maleza. Salió a la puerta a mirar los cienos y estuvo indeciso de su impulso. Era para correr mal sino se emboscaba en la tierra y su maña se vio atravesada por un hombre que se plantó al frente como si mirase otra cosa que fuesen sus botas. Anduvo así, sin verla, mirándola. Vio que bailaba con un gagnápiro otros giros que no eran suyos y otra mordaza también diferente.

Se ensimismó para callarse, se mordió el labio, y quedó fruncido. Observó el tiempo que ambos andaban pegado a ella y temió caer en una redada. Sin embargo, la gringuiña era mujer fina. A buen trecho de ella no era malo el suyo. Le pareció corajuda, aunque fácil de entregarse a su gusto. Dio triunfo si le hacía caso, porque el sótano lo tenía cuidado para defenderse y voltear por una reja a la calle. Además, no era su mundo meterse en cueva, porque para eso son las dunas del oeste y las "cochilhas" de sus pagos. Arremetió a lo que fue siempre en la contienda separatista. Salió de sí como si hablase solo:

—Soy para ti, gringuiña, tengo mano ancha, para el Chimango soy caballo en la cuesta y empujón en la fiesta.

Se puso a cavilar y para ponerse serio se alejó del lugar ocultándose de todos los curiosos que sorprendía a su lado.

Uno le dijo:

—Buey, buey.

Se calló. Levantó el facón.

—Tiririca que estoy bien.

Y se fue a otro lugar, porque tenía hora del sambenito que lleva la cuadrilla y, como era antiguo en el rebaño, supuso que estaría en una jauría, donde lo primero que se hace es aguaitar el cambaleo, antes que comience la función. La mujer no era suya, pero tampoco de los cuatro, consagrados a una embolada sacaba partido. No salió del recinto sino para mirar el aire por el cotillón de gente que huía a sus casas. El temporal seguía confrontando la hora del cierre del local. Arrancó una combustión el tiempo a una marea de hembras perdidas. Los timbres sonaban fuertes para que la gente se fuera y la noche pasaba a la amanecida del

estercolero. Se cuidó, siempre tranquilo, indiferente. La gringuiña lo miró al ver a su gagnápiro alejarse. Se encontraron para entenderse con señas de miradas. Acaso lo instruyó un golpe de viento cuando supo que arriba la ruleta funcionaba. El viento bailaba aún en la sotabanda de los letreros. El agua tumba, pero la noche alarga el tiempo en la boca de los nubones orientales. Al aire salen balas; el ciclón arrasa lo que puede. Pero el juego es internacional para los que huyen a sabiendas que dejan lo que tienen en el bolsillo.

Azambuja entró con la contraseña aprendida llevando a una mujer del brazo. La hora estaba tibia con la lengua lamiendo el tesoro. La línea divisoria caía en la sala grande del Casino. Sus clientes circulaban con el libre cambio de las monedas. Se tiraban reises y pesos al negro y rojo. Saltaba la bola y se cantaba el número. Sobre el centro brillaba la pantalla como un sol de estreno donde el muro divide las bancas del bacará. No había sino que esperar el juego y disparar lo que traía en el bolsillo arrebatado por la dureza siniestra del jugador empedernido. Arriesgó y tuvo doblones. Oyó una jerga sospechosa de policiales, cuidado por la sombra divisionaria. Hasta allí estaba su gran juego y la forma como escapó sin ser tocado por la puerta central cuando el baleo comenzaba hacia el desbando por la rinconada pueblerina. Saltó una presa y otra. Se abalanzó hacia el otro lado con la mujer, que era hora de llevarla por la oscura cañada de Sarandí.

Afuera de la alambrada la huida terminaba y dentro era otra discusión. Abrazado al pilote de piedra había caído un fugitivo en la emboscada. Las dos patrullas se miraban dispuestas a la disputa internacional mientras éste se desangra-

ba. ¡Oh, de Dios es cada uno de los que puede! En la frontera pasan cosas que no son de la ciudad porque está vedada la forma de mirar las cosas. Salió un periodista a cumplir con su información en medio de la tormenta y en el tiroteo escapó al molo a protegerse.

Pero un tiro lo tumbó en la línea cayendo con la cabeza al otro lado, saliendo el cuerpo a quemarropa de la alamburada.

Una patrulla acudió a levantar al caído y permaneció sin hacer nada al probar la posición a macha martillo del fugitivo. No se podía tocar antes que llegaran los jueces de cada pueblo. La espera se hizo larga en su decisión inmediata.

Al fin la deliberación fue corta.

Al comprobarse el estado del herido, por la cuneta de Rivera la voz de éste se oía clara pidiendo asilo:

—So periodista.

El diálogo terminó pronto.

—¿Qué hacemos? —preguntó el de Rivera al de Santa Ana—. Tiene derecho, porque el periodista lo pide con su propia cabeza.

Sarcástico, el otro replicó:

—Pois piensa con talão do pé.

El de Rivera indeciso exclamó:

—Bom... bom... Então levar fóra...

Llegó un carro de la ambulancia a asistirlo. La Verónica traía una camilla.

CHILE

EL REMEZON

En la memoria de Augusto d'Halmar.

El año 1967 tuve muchas impresiones del temblor grande del año anterior. Hubo escasez de casas de arriendo por desmoronamientos de murallas y el transeúnte paraba atardecido frente a los cornijones de los edificios, rezaca con mampostería de yeso. Hallar un lugar seguro no fácil con los anuncios de temblores y se aceptó la oferta a mi padre, le hicieron de una casa con un plantío viejo en a dos cuerdas de la Quinta Normal.

Fra una casa del barrio de Yungay. En su alero conservaban el sonneto central. Fue hallada intacta con su arado de vigner negros. El fondo estaba igual con su zardillo por un tabique en el centro con un pasadizo lo, que, una momparita con vidrios de colores, reflejaba arena de árboles del patio.

Se abrió y entraba una bocanada fresca viéndose un cielo de pilaezones, enadrillado, y el tejado, como de casaca colonia, bajo, y deslustrado con los aguaceros.

EL REMEZON

A la memoria de Augusto d'Halmar.

El año 1907 tuve muchas impresiones del temblor grande del año anterior. Hubo escasez de casas de arriendo por los desmoronamientos de murallas y el transeúnte pasaba atemorizado frente a los cornijones de los edificios, recargados con mampostería de yeso. Hallar un lugar seguro no era fácil con los anuncios de temblores y se aceptó la oferta que a mi padre le hicieron de una casa con un plantío viejo situada a dos cuadras de la Quinta Normal.

Era una casa del barrio de Yungay. En su alero conservaba aún el mojinete central. Fue hallada intacta con su artesonado de vigones negros. El fondo estaba igual con su zaguán dividido por un tabique en el centro con un pasadizo al lado, que, una mamparita con vidrios de colores, reflejaba la alacena de árboles del patio.

Se abría y entraba una bocanada fresca viéndose un corredor de pilastrones, enladrillado, y el tejado, como de casa de la colonia, bajo, y deslustrado con los aguaceros.

Se hallaba deshabitada desde hacía algunos años con las paredes pintadas de un rosa seco, carcomidos de humedad. La visita de un arquitecto, que registró sus bases, la dio por habitable, y mi padre aceptó las condiciones de arriendo del señor Guerra, por no hallarse otra en el barrio, más acondicionada, donde estar con su mujer y un familiar de siete hijos.

El primer patio tenía mucha maraña en el plantío y por los pilares se trepaban una masa de hojas y ramas secas. Todo parecía sostener la zarabanda de pájaros que entraba en el arbolado al amanecer y también en los nidales de la tarde. Nacían de los rincones el amianto y las cárdenas lisas, sueños del arbolado frutal, de guindales y ciruelos.

Otro pasadizo oscuro separaba el segundo patio, donde estaba el servicio de cocina, los cuartos, y en el centro un naranjo copudo, cristalino. Quedaba todavía cerrado un colmenar con su hojarasca, perdido de otros años, y la sombra del naranjo ardía aún con extraña quietud. No porque la casa aquí se tronchara dejando a un lado la senectud del tiempo, desde que siempre había algo diferente en sus rincones, un galponcillo, que daba a una pesebrera con pasto, el habitual gallinero y un cequíón bajo, hormigueante.

Se sentía el cloquear del aire, lejanos rebuznos, un pasado de corrales y, por todas partes, algo suspiraba duro y entreñido dejando que las cosas hablaran por sí. Se podía estar hora entera observando el viento, la techumbre, donde aún el abejorro salía chirriando de los cobijos antes que llegara el moscardón con la luz nocturna.

Había que andar con pausa y temor en algunas habitaciones olvidadas, que permanecían con sus cierres viejos, ha-

ciendo un siseo de noche. Yo mismo me cuidaba de pasar por el pasadizo entre los dos patios y prefería las habitaciones centrales, alegres con su corredor lateral, el comedor entre dos vidrieras.

El salón estaba aparte, hacia la calle, y no quedaban de su antigua propietaria, al lado de la cochera respectiva, sino inservibles cosas del montón de muebles. Un lamparón, que hubo de dejarlo puesto por lo grande y pesado y, en su fondo principal, dos grandes espejos con dorados marcos. Era el lujo que más nos agradó, desde que tenían una empañadura antigua, al acercarse para verse el rostro, y quedar asustado del biselado. Servía siempre para hacer una broma a las visitas. Nunca me podía ver a gusto en esa luna, donde el cuerpo se alargaba y hasta nos daba una recreación de la figura.

Nunca olvidé la cara desaliñada de algunas visitas que vinieron a vernos al cumplirse el primer aniversario del terremoto del año pasado. Ese 16 de agosto, antes de las siete de la tarde, llegaron a refugiarse en sus paredones, por la fama que tenían de inamovibles. La seguridad de hallar una casa con árboles hizo un refugio en el salón, de algunas señoras vecinas y otros parientes cercanos. Llegaron para no irse hasta tarde de la noche esperando una reprise del cataclismo, anunciado entre ocho y diez de la hora, a no venir un cambio de tiempo que descargara la presión atmosférica.

Las visitas pasaron en secreteos, sin atemorizarse, y hablaron tanto del temblor pasado, que se discutió de los "heridos de tierra", que hace el árbol en el subsuelo, sujetándose en la raíz que apreta la tierra cuando el sismo arrecia y defiende a las habitaciones del desplome.

Entre los vecinos cercanos estuvo el sabio Port, más por curiosidad de mirar los árboles viejos y sentir al moscardón en la pelea con el insectívoro reinante. Pero no pudo dedicarse a sus observaciones por lo intempestivo de los cuantos del terremoto.

Una señora, llamada Lola Núñez, que salía al corredor a rezar en voz alta, contó que en otros años la casa había servido de refugio a San Saturnino, el protector de la Parroquia. Mucho dijo del salmo que protegía el cuerpo en el caso de recibir magulladuras. Suspiró quejosa:

—¡Cuántos temblores habrán remecido estas paredes y siempre en pie como si los adobones fueran hecho de fierro! A mí me aseguraron que se sabía entonces lo que era “un contra temblor” y por las letanías rezadas por el cura en el interior se hacía un aire comprimido que preservaba el techo de caerse sobre un cristiano.

Y exclamó:

—¡Ay de mí! La función del temblor es del aparato auricular. ¿No le gusta preservarse rezando?

—¿Yo? —respondió el señor Port—. Siento comunicarle que no creo en Dios.

—¡Jesús! ¿Y por qué ha venido a refugiarse a esta casa bendita!

Tuvo que echarse para atrás al explicarle con sorna a las mujeres el proceso del insecto al ocultarse del remezón, antes que éste exterminara a la población.

—Meatus animae, spiritús... Yo soy un sabio —rezongó—, que estudia los arácnidos como magnetizadores del temblor, en cambio, bien puede ser que el santo los catequice sin mi venia. En eso prefiero darle a cada uno lo suyo. Por lo de-

más, creo que es gracia de la divinidad, pero no me metan en la filosofía escolástica, sino se han preparado. Esto no es un juego de niños. Vale más un árbol como puntal que el cemento industrial.

Se rió por el rabillo del ojo y agregó:

—Yo no estoy asustado, pero tengo mis insectos que me anuncian el temblor y me llevan de un lugar a otro para que no me suceda nada.

Los anuncios eran exagerados, y quizás influenció en el barómetro la predicción del astrónomo Martín Gil. El cielo se mostró tranquilo y opaco de estrellas. El tiempo era inestable. Un nubarrón se desplazó hacia la cordillera y pudo acaso traer lo que se esperaba por los súbitos resplandores del cielo. La tempestad de relámpagos no se vio en Santiago, aunque algunas casas centrales se iluminaron como un embrujo por el follaje atardecido de los pinos. La impresión fue de un viento fuerte que se llevó la aprensión de los timoratos.

Doña Lola salió a mirar el arbolado y dijo:

—El señor Port debe saber más que los astrónomos. Pero Martín Gil es grande cuando dice algo así que puede suceder el mismo caso.

—Bueno, yo no soy tan sabio para predecir. Lo que sé es hacer correr la gente de un lado a otro para que no le caiga un terrón del cielo.

—¡Ah, como se ve que es ateo! —suspiró.

—¡Caray! —replicó—, la señora me quiere echar los diablos encima.

La discusión tomó mucho interés porque se trataba de un sabio entomólogo que hurgoneaba en el moscardón para

saber lo que podía pasar. El foco central de la calle ardía de insectos que se chamuscaban en el carbón fosforescente. Sólo el señor Port hizo cerrar las ventanas antes que se golpearan con el ciclón que pasó reventando hojarascas en el arbolado del patio. Hubo como un temblor de sombras que asustó a doña Lola haciendo rezar a otras señoras despavoridas.

Si no todos estaban de acuerdo con él, muchas lo oían en sus reflexiones, salpicadas de astucia, y nadie creía que supiera más que un astrónomo mirando las estrellas, porque arriba estaba Dios y su Omnipotencia y abajo los insectos eran muy poca cosa para anunciar hecatombes.

Al llegar las diez y cuarto rehusaron irse los visitantes más tranquilos, porque la opinión del señor Port, sino los alucinaba, por lo menos los ponía en cuidado de cobijarse en el jardín y no salir a la calle a recibir una vasija de arriba. Sólo discutió sus opiniones doña Lola, porque cuando miraba el cielo rezaba para que Dios la viese y no le pasara nada. No se fue sino muy entrada la medianoche.

Sólo el señor Port, muy callado, me prometió venir al día siguiente.

Al otro día me asusté cuando vi al sabio naturalista aguaitando el jardín por la mampara de colores. Tiró varias veces el cordón de la campanilla y se le abrió con mucha ceremonia, porque los vecinos del barrio de Yungay eran amistosos para saber lo que pasaba en una casa vieja. Yo mismo medité que un sabio no podía entorpecer sus investigaciones en un plantío inmemorial. Mucho se acordó de los tiempos en que cada casa tenía una colmena cuando las familias se dedicaban a la apicultura casera, a mantener un establo con lechería, y el arboladito de limoneros. Sin embar-

go, lo que más le interesaba, eran los insectos que hacían de la vivienda un murmullo ensordecedor por el runruneo del matapiojo. La fiebre se avecindaba en los rincones entre nidos de pájaros. El silencio se amaba con la luz filtrada en la mañana. La primavera se encontraba encima, pero en la casa el moscardón mantenía la zarabanda indemne con un olor hueco de resinas. Faltaba una voz de mujer que cantara en la eclosión de botones enrojecidos.

Yo me acuerdo de aquel tiempo mío, un deseo de querer y olvidarme de mí mismo, andar, nada más que andar, soñando los espectros del muro, la soledad de un encuentro, y entregarme a lo hermoso del sitio donde el insecto rastrea el pienso de las flores.

No sé si se rió de mí el señor Port cuando grité:

—Al fin tengo ganas de caminar por una rayadura de luz.

—¡Vaya! No sabía que usted era poeta apostólico.

Me miró para reírse un poco. Y agregó:

—Soy partidario de la ciencia exacta.

El señor Port estaba en el centro del jardín y expurgaba rinconcitos en los árboles. Después rezongó de la gente intrusa y que a él lo consideraban sabio porque era “conservador de los términos del analfabeto”.

Discutió mucho con un famoso marqués de Spinola y no le daba más importancia a su ciencia porque él se acondicionaba a ser lo que era: “un hipnóptero de aspecto arcaico”, una especie de Cid Campeador de los campos agrícolas. Estaba preocupado de adaptar hembras a los machos. Quiso decir algo y se puso triste.

—Yo soy —dijo— un gran sabio olvidado. ¡Cuánto cuesta hacerse uno en este país!

¿Y qué era él sino un investigador en mi casa? Me parecía muy serio lo que hacía sin ir al Museo de la Quinta. Las plantas volvían a nacer con él, los insectos runruneaban más, los pájaros cantaban, y la historia de Chile se escribía con su conocimiento peculiar.

Era pequeño de cuerpo, retaco, con buenas piernas para correr, y le agradaba mirar todo por el rabillo del ojo, hasta las piernas a las niñas.

Aquella tarde se vio en el cielo una cosa nunca vista por mí. A la distancia entró al patio interior un enjambre de abejas con vueltas circulares al naranjo.

La cocinera salió a meter un alboroto tremendo con cucharas y pailas para atraerlas evitando que siguieran a la vecindad. Su actitud no era usual en una mujer campesina para rehabilitar el colmenar viejo. La marea zumbaba en torno de la reina atraída por la floresta perfumada. Todo parecía confabularse para que se quedara en la casa por el hervidero de abejas, que cubría el patio, y se apeñuscaba sobre el naranjo hasta caer la manga encima de un gancho copudo. Iban y giraban en una pubescencia eléctrica, en el vértigo de las florecillas nuevas y se unía a un temblor de alitas albas, de mariposas y hialinas, cuando la reina descendió a tocar el naranjo con plumillas de azahares y en el sartal se formó una piña celulante.

La situación se puso incómoda al darse cuenta de lo que pasaba el señor Port. Miró a la mujer y la retó.

—Vaya que hombre más tonto —respondió.

No dijo nada. Le dio vuelta la espalda y me pidió que llamara a mi madre.

—Señora —dijo—, esta mujer es un fenómeno para colgarla en una soga. Ahí tiene usted lo que va a pasar en la casa con las clavaduras de las abejas. Ni en veinte días van a poder andar por el patio y a los niños hay que encerrarlos.

Y agregó:

—Desde hoy esta casa tiene que ser clausurada. Ya lo sabe la señora de la paila.

El chamusco estaba soporífero de insectos atrapados en los muros colindantes.

Me llamó a mí y me puso a la distancia porque el tiempo era prematuro de sacar abejorros y desenterrar lombrices. Levantó su mano como si nada pasara y una abejita se paró en sus dedos y estuvo observándola como si tuviera un microscopio, sin cambiar gesto. Se puso serio y recto.

Llamó a la cocinera y le dijo:

—Usted tiene que encerrarse en el cuarto porque se le van a ir encima. Son muy traidoras cuando las paran y conocen a la gente.

La mujer se enojó y quiso defenderse. La detuvo con la mano:

—No se mueva porque yo soy el que la voy a fumar.

No sé que tienen los sabios que todo lo adivinan. A veces uno quisiera hacer lo mismo y nada le sale bien. ¿En qué consiste ese misterio?

Se metió la mano en el bolsillo y extrajo un paquete con polvos brillosos, los untó en la frente de la mujer, y le pidió que se fuera a rezar un Padre Nuestro. Esta se asustó, pero se puso risueña.

—No vayas a soplarte el polvo y te vengan encima.

La mujer era testaruda y no se movió. La abejilla, que tenía en el dedo se escapó a clavarla y le introdujo una lanceta en el brazo. Dio un grito y tuvo que sacársela con cuidado.

—¿Estamos en paz o quiere pelear conmigo?

Yo nunca vi tanta ceguera de una mujer.

Había brillo en el cambio de tiempo por la resolana vidriosa del rincón y la incertidumbre estaba en esa masa de abejas que podían desparramarse en el patio si no encontraban asilo inmediato. La reina no quiere morir si la colmena no ha sido bendecida por los suyos que buscan mejor sitio para lograr la cópula infinita del macho.

El sabio miraba hacia el lugar, donde estaba la abeja reina, entre el quinto y vigésimo primer día que se verifica la función orgánica, pero nadie sabe el efecto nupcial de la flor en el sueño y de la transmigración del polen. Sólo quedó para tomar sus precauciones alejándose satisfecho, haciendo un soplillo con una cartulina para enviarlas a mejor parte. No sé qué tenía en los bolsillos porque comenzó a hacer una fumigación entre las abejitas exploradoras. Hasta desde el techo, donde se encaramó, diseminaba un polvillo lácteo, azul o simulaba silbar, muy despacio, porque en la altura comenzaron de nuevo a volar y otras que desprendían de la piña colgante salían a buscar rumbo.

Debió ser fuerte la marea de la tarde con tanta brillantez de aire. El crepúsculo era verdoso y anaranjado. Llegó un rayo vertical hacia el naranjo que irradió como una fosforescencia hasta prorrumpir en una chamuscada vibratoria.

Todo el enjambre había desaparecido en la racha de viento.

El gancho del naranjo estaba vacío y por el aire azul la familia de abejas tomaba altura sobre el tejado y partía como una cadenilla de capullines.

La voz era feliz en el señor Port. Todos estábamos asombrados de su sabiduría y él mismo nos conformó a estar tranquilos porque ya no vendrían sino moscardones en la noche para anunciar que el tiempo iba a mejorar.

Lo acompañé a la vereda y me habló como hombre de ciencia:

—Las mandé a mi casa. Allí se van a quedar en el colmenar de la Quinta. Por fin encontré un ejemplar extinguido de una “*Apidae Hymen*”, la “*Caupolicana Gayi*”, que descubrió el sabio Gay. Estas abejitas fueron las que dieron miel al gran Caupolicán en Arauco.

El viento había sido favorable por el brillo de un relámpago en el aire.

Cuando supo doña Lola Núñez soltó a reírse porque lo atribuyó a milagro de San Saturnino.

CIELO VERDE

—Agarrate, Picaflor; no te vai a refalar que la quebrada está honda abajo; que si te caes, burrito lindo, nos vamos los dos al tacho.

Feliciano detiene a su bestia en el empinado sendero que baja de Sierra Aspera; palmorea el pescuezo estropeado por

el continuo frote de las cuerdas; le alza la cabeza con el ronزال para enderezarlo en la huella, y acomoda en los tercios de cuero, tapujados de metales, sopesándolos varias veces, como si sacara cuentas de memoria.

Después vuelve a encararse con el animal:

—Aguanta, Picaflor, ya es por poco. Este es el último viaje y se acabaron las penas. ¡Nunquita más los dos solos y tristes por estos peladeros! ¡Nunquita más! Ya vamos a llegar a la aguada, lo que pasemos la puntilla. Si nos apuramos hasta una siestecita podemos echar. Porque a mí también me duelen los huesos y tengo hartaza sed. Pero estoy requetecontento. A ver, otro empeñito, mi viejo. ¡Cuánto más temprano lleguemos mejor!

Se acomoda la faja roja de los pantalones dándole de nuevo un par de vueltas en torno de su cintura. Picaflor responde al requerimiento echando las orejas adelante, una después de otra, mientras hincha las narices para intentar un rebuzno que se frustra en su comienzo. Han vuelto a emprender la marcha; la vitalidad es la misma en los dos frente a la naturaleza desértica. Se hallan en un sendero difícil, que bordea el abismo. Empiezan a bajar pegándose a las rocas con manos y uñas. Feliciano sostiene el bocado a Picaflor para que no desbarranque resbalando las piernas a raíz de los riscos filudos. Su cuerpo defiende a la bestia sobre la escabrosa orilla que se precipita peligrosa.

—Rehijuna, cabezón, para las paletas —grita de pronto Feliciano, con voz torva, echándose sobre el animal que cae recostado en las rocas por una mala pisada.

Han saltado de los tercios unas cuantas piedras ricas. El minero desciende rápido a alcanzarlas, pero los metales ya

ruedan hacia la profunda quebrada, disparados por pequeñas intermitencias. Siente el rodar de las piedras en los latidos agitados del corazón. La bestia en lo alto de la roca mueve la cabeza con las orejas caídas. Es un mismo pesar el que los embarga. Feliciano comprende la inutilidad de cargarle la culpa; la pata derecha, además de cojear, tiene una llaga dilatada que le supura; en los ijares salen otros alifafes, y los cascos casi están destrozados por los guijarros, roídos en la marcha que es la más dura de sus jornadas andinas.

—¡Pobre, Picaflor! Te llevaste un sustazo; estuve duro contigo, mi pobre viejo. Ya vamos a salir a camino blando. Pero hay que defender la carguita. ¿Oyes, Picaflor?

El animal vuelve a alargar las orejas y a mordisquear el bocado. Feliciano, mirándole los dientes largos y amarillentos, recuerda que le acompaña ocho años por las sierras. Los dos están curtidos en iguales andanzas tras la veleidosa fortuna. ¡Si contemplando a Picaflor parece verse así mismo en su pelaje! Sale desde Tierra Amarilla en las piaras que lleva hasta su mina "El Delirio". ¡Qué lindo animal era su Picaflor! Entonces tenía el pelo limpio y reluciente, una corpulencia y obesidad extraordinaria. Como a él, una suave gracia rendía la esperanza de su pellejo. Después vino el broceo de la mina, la venta de las tropas de mulas y de la piara leñadora, de la que deja a Picaflor para acarrear la escasa carguita que le da el sustento indispensable. El tiempo los va cebando en la mala. Los nuevos cateos no daban para un disfrute ni una veta "de pega"; por otro lado, la sequía en el valle encarecía los pastos obligando a sostenerlo con el comestible del chagual. ¡Si se pusiera a contar la vida de am-

bos en esos ocho años de correrías entre Copiapó y las sierras! Pero lo pasado era lo concerniente.

De nuevo en el descenso comienzan a jugar con la estabilidad de la carga; aunque viene más aligerada y con el tercio seguro, los vaivenes de la marcha la ponen en difícil equilibrio. Feliciano, al costado de Picaflor, camina dispuesto a defender bravamente su tesoro de los duendes del cerro.

—Ya no me abrirán las árguenas —dice temeroso.

Se defiende con firmeza de la pendiente que se va haciendo menos ríscosa y áspera.

El cielo tiene un manto verdoso de mineral. Es la lejanía esperanzada del buscador de vetas. Mucho más atrás de ese cerro, salvado con peligrosa marcha, dejó la cruz que señala la mina de plata descubierta, donde el golpe de su cuchillo dio por fin en la veta. Muchas veces la presintió como un anuncio misterioso en las soledades. Esos verdes, reflejados en el cielo pastorean el alma junto a su Picaflor haciéndole merodear en las cercanías de la riqueza. Su filosofía es una mezcla de minero y pescador: algas verdes, profundas, denotan la presencia de cardúmenes. ¿Por qué también en el cielo las piedras ricas no se van a denunciar por el verde? No es taima la suya cuando no escucha a los que le dicen que pierde el tiempo en cateos por Sierra Aspera. El y su Picaflor, desde que ven esos pastizales transportados al cielo serrano, no salen más de allí, como embrujados. Se pasan soñando días enteros bajo su llanura inconmensurable que, sin espejismos, les muestra el verde de las yerbas y de los pastos que germinan al favor de una sola lluvia.

—¿No es cierto, Picaflor? —interrumpe el curso de su pensamiento dando forma a sus palabras rústicas—. ¿No es

cierto que muchas veces lanzaste hacia arriba tus rebuznos más angélicos?

Se queda mirando al animal con sus ojos fruncidos por los que asoma una burla amable frente a la adversidad.

—Se me hace que te estás volviendo creyente —prosi-gue—. ¡Bueno, que seas agradecido! Por algo el Taita nos dio la fortuna y el tiempo malo se lo chupó el diablo.

Picaflor fija en el minero sus ojos mansos, medio sesga-dos, por los que habla la humanidad paciente de los que su-fren y esperan silenciosos el pienso de la felicidad. Pero com-prende que, a pesar de las caricias y palabras de su amo, hay algo superior a sus fuerzas que le hacen doblar las patas y sen-tir en sus lomos, llenos de mataduras, la carga de metales co-mo una montaña a cuestras. Y al caer otra vez en tierra no es ya pereza la suya, sino algo que anula su pecha dejándolo in-sensible a toda sufrimiento, botado en el camino para carne de los buitres.

—Benaiga mi mala suerte, viejo. ¿Que me querís dejar? —acude atribulado Feliciano a aliviar la carga para que se le-vante—. Ya hemos pasado lo peor.

Quítale los tercios y le afloja las cinchas. Picaflor se vuel-ve a enderezar. Para las orejas y echa el anca arriba, movien-do la cola.

Después Feliciano saca de una bolsa un puñado de pasto seco y lo mezcla a un poco de paja para hacer cundir la ración.

—Toma, Picaflor. Confórmate con esto que ya tendremos sesitos de canarios. ¡A mí también me toca ayuno! ¡Si no fuera por estos pancitos de hojas de coca sería incapaz de la travesía!

Junto con su bestia comienza a disfrutar del frugal reparo.

Feliciano no es alto ni bajo: su estatura es un poco más que la cruz hundida del petiso; ni es flaco ni es gordo, las andanzas no le han dado tiempo para holgarse la barriga. Es nervudo como un algarrobo. No le entran balas. Tiene el bautismo del viento, sol y nieve en las quemaduras de la piel; tres zonas geográficas hacen de su rostro un relieve de la piedra: costa, desierto y cordillera. Mantiene una facultad de dominio sobre sus debilidades sin que él mismo se dé cuenta de esta imperfección de su espíritu, lo estima más a voluntad y a hombría. En el fondo es un soñador. Las lejanías le han hecho un imaginativo: minero de suerte, un buscador insaciable.

Nacido entre montañas desnudas, de cintas y zonas pintadas con los matices del iris, desde su infancia labora el subconsciente un sentido de adivinación. Distingue los cerros acribillados de agujeros, donde se explotaron llamos de cobre, plata y oro; les son familiares y le recuerdan una vida de trabajo, de esperanzas y desengaños. Pero hay algo que lo aleja de él, un vencido estar por no hacer nada y luego todo parece hecho por la suerte. No entiende cómo encuentra y cómo pierde. Se va a la cuesta y se domina a lo que tiene hasta que entra en el desierto de nuevo. Era mozo y no podía desprenderse de sus aficiones a la minería, ni pasar distraído o indiferente por donde quiera a su vista se reproduzcan los cerros amados de Copiapó.

—Eso es puro sulfuro —decía a cada rato mirando el cerro—. No tiene mucha ley de trabajo. Ese otro es rosicler... ese otro...

Sus ojos de tanto fruncirlos por mirar panizos se le han puesto pequeñitos, llenos de plieguecillos; las pobladas cejas parecen servirle de pantalla contra las crudezas de la luz.

Ahora la felicidad no le cabe en el pecho, después de su hallazgo de piñas, de pura plata nativa; quisiera gritarla, sacudirla, hacerla una bandera entre el sol y su asno. Y lo coge por el cuello besándole y acariciando su pelaje descolorido.

—Ya con otra pechadita más, mi viejo, llegaremos a la aguada.

Vuelve a ponerle el tercio a Picaflor y a emprender la marcha. Se echa a la boca un puñadito de hojas de coca para extraer el summum anestésico que requiere el estómago por falta de alimentos.

Han entrado a una llanura. Pero la tierra se torna medanosa, cortada de zanjones, que los hace andar y desandar con terrible y abrumadora fatiga. La bestia comienza a desfallecer y se queda atrás suya, pesada. Quiere Feliciano estimularla dándole agua. Es inútil. Un miedo terrible se apodera del minero al sentir que expele olor a muerto el lomo putrefacto del animal. Ha pensado mucho de él y no sabe qué hacer en un caso igual al suyo. ¿Para qué andar y bajar? Resuélvese a mandar en cada lance apurado y se conduele de su ánimo, pero se decide al fin a lo que es él como hombre. Va a recurrir al caso extremo como el capitán de un buque cuando ordena echar carga al agua. Sobre las arguenas metaleras lleva los instrumentos del cateo que arroja luego con dolor de perderlos. Hay que tirarlos sin paciencia y allá lanza su combo tantas veces mellado en el esfuerzo de partir la roca, el barreno con que hiciese saltar el primer rodado de la Descubridora; el martillo de sus búsquedas in-

cansables por los vericuetos de las quebradas, y hasta el pequeño "torito" en que se guareciera durante las noches heladas del desierto. En el camino quedan como restos de la empresa para señalar a otros su paso doloroso. Ya espera no echar más lastre. Han llegado a un arenal extenso. En el cielo los verdes se tornan de un tinte gris azulado. La tarde avanza y aumenta su angustia en la lucha por defender la carga preciosa. Piensa, que si es preciso, dejará a Picaflor solo con el peso de su propio cuerpo y pondrá las piñas de plata a sus espaldas sufridas. ¡Hará como la bestia para salvarla y devolverle sus fuerzas! Pero entre ambos hay un secreto estímulo que los une y conforta. Es algo más vital que entre los hombres. Saben que tienen al frente el tormento de una ilusión y lo incierto de la noche que se aposenta en la escoria. El fondo de arena oscura entra a la vista como sombra vertiginosa en la fosforescencia salinante que desfigura los objetos y engaña haciendo ver relieves cercanos, donde no los hay, y precipitándolos donde se ven.

El minero no habla y se sujeta a Picaflor en las paradillas. Su movilidad descansa en las mandíbulas y las palabras se cortan en la lengua. Acerca un bozal a la bestia con restos de pastos para sostenerla. ¡Cuánto demora en pasar la lóbrega y eterna noche! Por fin el oriente se ilumina de un vago resplandor. El alba fría se anuncia al extender su manto de plata, donde más tarde, entre torrentes de claridad arrebolada, vendrá el sol con su calor a restaurar las fuerzas y a reanimar a los solitarios de la noche. La vista a la distancia de una zona oscura del verde asegura la presencia de arboledas que denuncian el valle. La amanecida entra volada de esperanzas.

Feliciano al fin se siente dueño de su pueblo natal. Salió viejo y vuelve mozo. Ha hecho el pedimento de la mina y ha vendido las piñas de plata. Es poseedor de una fortuna.

Ahora lo buscan; tiene amigos, y hasta un crédito en la Caja Minera. Pero una sola idea lo domina, una idea que posterga sus apremiosas necesidades de sus años de vagabundaje; no le importa la ropa, ni el dormir mejor para sus huesos quebrantados. La idea fluye de su interior como de un manadero, rico en generosidad. Quiere que se convierta en realidad y que sea una sorpresa para Picaflor, como la experimentada por él, al recoger del rodado las piedras de plata.

Ha introducido a Picaflor en el corral con la cabeza ensacada y una vez en el interior le saca la venda, sin notar su presencia, y se esconde detrás de la fabulosa empalizada. Es para darse un gusto más cerca del petiso. Pero ¡qué gusto! Algunos miles de pesos. A nada puede compararse. Es sólo suyo.

Habla para entretenerse:

—Ni que estuviera soñando, mi viejo —le dice al ver las orejas asomadas sobre las bardas de la verde muralla que lo encierra—. ¡Ya tenéis para hartarte de todas las hambrunas!

Es un cerco construido con todo el pasto aprensado que existe en las bodegas copiapinas, acaso cien fardos puestos unos tras otros, unos sobre otros, en pedrones de murallas, y formando en torno de Picaflor la fábula de todos los asnos de la región.

Feliciano se siente tocado de alegría indecible. Sin dejarse ver por el borrico aguaita, desde su escondite, el atur-

dimiento con que aquél contempla el muro verde. Es un manto espeso, semejante a los que soñó cuando rebuznaba hacia el cielo de Sierra Aspera. Pero sus cascotes enfermos ya no pisan piedras y escorias, sino alfalfa de la más fresca y fragante que guardan como tesoro las huertas vecinas. Sobre la tierra es el paraíso mismo. En un rincón, quieto como espejo de sol en el desierto, hay un agua empozada en una ancha tina.

Picaflor olfatea el aire vegetal, sin decidirse a mordisquear los pastos; los ojos mansos están maravillados; las pobres patas purulentas andan de un lado a otro despuntadas. ¡Cuántos piensos hay en torno del aporreado esqueleto! Sigue dando vueltas alentado como un pollino o si cayeran en sus lomos una multitud de látigos invisibles. Salta y para. Huele y estornuda hasta que arranca de un fardo unas ramizas de pasto. Se siente fuerte y no cree hallarse lejos de su amo. Se detiene en la tina y apenas lame la tersura del agua. Busca horizonte sobre las bardas levantando la cabeza; para las orejas. Se conmueve del agreste cambio. Hinchas las narices y comienza a despedir un débil sonido de ocarina y luego se frustra en el aire. Después vuelve al tono anunciado que vibra por fin en el recinto, estridente. Es un rebuzno que despereza los aledaños y penetra en los corrales pobres, circundados de tablas y alambres; agita los gallineros; sacude el dormitar de los perros y sube al cielo con revoloteo de palomas.

Feliciano sigue escondido pensando en él. ¡Cómo mira y se regocija de sí! Parece que él mismo estuviera de bestia por la alegría de ver al jumento en la montaña de pasto. Lo quiere todo así, con ganas de comer y revolcarse juntos. Le

dan ansias de hacer lo mismo sobre la alfalfa recién cortada. Es una cuenta sagrada que tiene consigo. Una cuenta antigua. El derecho a jubilar no es de él más que del animal, porque así le parece que hay que hacerlo. ¡Pobre Picaflor! ¡Qué querencia para el pobre! Un borrico no es más que un hombre golpeado y éste come y se muere.

Picaflor ahora empieza a correr en torno al prado de alfalfa; masca sin encontrar una paja engañosa de la maleza. La cola vuelve a batirla y se queda de frente a su amo echando tufos entre los mechones de la cabeza. Se ha parado a olfatear al minero por el traje que lleva y comprende su sueño paradisíaco. Ha sacado los ijares arriba y rebuzna, rebuzna para él. ¡Canto evangélico! Su hocico coge al fin para devorar del manto de pienso la rosa del milagro.

EL VAGABUNDO DE LA LUNA

Se enfurruñó y para cambiar de ánimo, on Ñique extrajo del bolsillo un espejito pequeño, como un disco de plata, lo pesó en sus manos, y el reflejo corrió por los muros sucios del cuarto que habitaba. Se entretuvo de jugar con el rayito de luz, captada casi de milagro por el hueco de la ventana.

Atraído por la lumbre errante cegaba sus ojos queriendo extraer el diamante de luz o lo dejaba escurrir de sus manos por esos subterfugios torcidos de su ánimo. El hombre hacía del agujero minutos de fantasía con la luna del espejillo.

Nada le explicaba su asunto y apenas veía confuso el mundillo de esperanza. Ni mujer, ni amigo, ni perro, le fue más fiel para conversar consigo que ese pedacito azogado de vidrio. Lo sacaba siempre con el ánimo de saber lo que podía sucederle, donde anduviera por lo continuo. A veces en las cuevas de los cerros o esperando embarcarse en los malecones de los puertos, alegre de hacer algo que le diera trato, o de no viajar quedarse en los paraderos de trenes. Todo lo arreglaba con su espejillo porque la luna le daba una idea de despegarse del lugar y volar como un ángel. Era fijo que alguien le arreglaba el asunto de poner pie en polvorosa. Sacábalo de un monedero roto y se ponía a monologar con sus ojos zorrunos, de husmear, a la larga arriesgar-se a todo, a través de cumbres y serranías. Algunas nubecillas rojas, que manchaban las pupilas amarillentas recordaban la mala espina del vivir, un color parecido a los caldos gruesos de las viñas. Al fruncir el ceño, la frente se empequeñecía, más parecía montañés, al sonreír era otro con su boca de dientes de perro.

On Ñique sacaba ocurrencias propias del espejillo. Unos suspirótes lo empañaban con el aliento y los ojos quedaban fijos para volver a recuperar la mirada punzante con mucha fuerza. Creía que su imagen no era la misma que tuvo en otros años porque entonces miraba haciendo agüita a las mujeres. ¡Vaya a saber su padre si no lo conoció por lo entallado hasta que lo llamaron hijo pródigo!

Su soliloquio se perdía de tanto sobarse el rostro con los dedos, agarrándose la barbilla, tirando la nariz bien amarrada, frunciéndose para achicar la boca, lamiéndose los labios;

los masajes lo hacían verse rosado y retozón al retorcerse los pelillos del bigote.

De repente hablaba enojado: “Te estás poniendo viejo, on Ñique. ¿No te has visto esas patas de gallo? Eso siempre pasa cuando se vive mucho al salir a correr mundos. Ya ni sabís lo que fuiste ni por dónde hiciste de la suya. A mucho de ponerle el hombro a lo que a uno le pasa.

“He sido vaporino y lo soy... A los caliches me llevaron los cachuchos. Por donde voy algo me pasa. En Taltal me salió un tiburón por pescar sin permiso. Ahora sí que estoy bien balanceado como que en Antofagasta atravesaba la barra a cada rato levantándome hasta las nieblas. No supe cómo salí en un barco que hasta un yanqui me trincó en Colón jabonado. Todo porque tenía un beso aquí metido en la mahoma con una cubana del circo. ¡Qué años! Todavía no puees asentar cabeza. El que nace chicharra tiene que morir cantando”...

Dio vuelta el espejillo de tanto refunfuñar y detrás de la tapita se puso a manipular unas bolitas blancas y rojas, que circulaban sueltas entre el vidrio posterior, para colocarlas en un payaso pintado con unos hoyuelitos en los ojos y dientes.

Se quedaba así, entretenido en embocar, las bolitas del juego.

Se aburría solo y salía a la calle a prestar sus servicios. Desde que arribó estaba descomedido sin hallar nada. Se le ponían las manos flojas de no poder levantar ningún peso.

Estaba indeciso porque fama trajo en la granada de gringos que vinieron con él de Bahía Blanca. Sabía muchas cosas que se callaban por el apetito del embarcador Manuel

Pérez que lo metió en la trastienda, sin sacarle contrata en el Frigorífico, pero era gallo para dejarse jesusear por el pasaje. Se taimó de puro zorzal y anduvo agarrándose del cónsul para que no lo metieran de peón en la Compañía Swift porque no estaba su salud de trabajar en las cámaras frías once horas a seis grados bajo cero. Sabía muchas cosas y alegó di-diéndose tísico cuando era más macho que una potranca. "Ese gallo no me las pega metiéndome al hielo cuando yo soy del vino tinto". Suspiró mucho del destino de aquellos operarios con tan poco sueldo. Así comperndió que eran cosas del viejo que ama la tierra caliente. Se acordaba de su vida de pata en quinchá. Siempre on Ñique fue brujo para taimarse y sacar la lengua al aire que lo envolvía. Salió a tiro limpio de un enjuague como salen los bolseadores de humo. Lo dijo bien puesto al contratante: "Somos gallos de Chile. Venimos a ser amigos de ustedes. Pero no me hagan gau-chadas. Déjense querer por nosotros y nada les pasará, que pa trabajar no me queo en la luna".

Ahora on Ñique vagaba por las calles vendiendo latas de parafina. Lo miraban mucho porque se hacía el tuerto y la gente es otra muy diferente a la del paisanaje cuando saben que es del frigorífico patagónico; lo enredan con pullas agresivas y por más que él pone corazón no lo entienden.

Andaba por Río Gallegos colgado de tarros, algunos servían y otros no. Sin embargo, la gente siempre se echa tarros encima y no los levanta en cosa bonita. Mucho sabía que se estaba poniendo viejo porque el espejito se lo decía: "mucho cuidado pa caminar por estas siembras". Sacaba energías y pisaba fuerte. El tiempo era muy bravo, pero había que cuidar el gaznate.

Se reía el cónsul del pata rajada. Lo miraba a seca. Por haber perdido hasta el gusto al vino, era sombra de una sombra. Apenas hablaba entrecortado y sus gestos se volvían desinteresados. Los trancos de experiencias en otras tierras no habían extinguido aún esa apatía y si alguna lágrima a sus deseos ponía un arrinquín, desfallecido, cambiaba de parecer al sentirse hombre; tosía, fingía carraspear, porque no se aguantaba sólo.

Claro, no se amilanaba en pequeñeces, y no era por su culpa, que si hacía un trabajito y se descompusiese lo trataba de arreglar. ¿Que pedía un adelanto? ¿Que no salía un día a trabajar? Injusticias, no eran como otros dicen, locuras de joven. El fue viejo siempre y no taimado. Nunca le había agradado apolillar cobres en ningún lugar de la tierra. La vida esclavizada de esos operarios en el frigorífico no merecía la pena de vivirse. El centavo en el bolsillo le cosquilleaba para cosas mejor gastadas. Jamás fue "piedra azul", los billetajos le mareaban, y el alma se echaba a volar en la "remolienda". "¿Ahorrar? ¿Pa qué? Se preguntaba. Hoy día es la mala, mañana será la buena. Los compañeros que hacen plata se convierten en explotadores; los pesos son pa gastarlos". En el fondo su razón estaba tranquila, tampoco quería aparecer luciéndose en el palacio de los ricos. Muy seguro estaba que de sus arrebatos vendría lo grande de su vida, lo cierto de los mortales. "Déjenme solo y saldré con la mía".

A on Ñique lo único que le indignaba era la mala voluntad del cónsul para los compatriotas andariegos. Agregaba asimismo: "fíese de los representantes que pagamos con la contribución. ¡Fíese! ¿Acaso valen más cien letrados que

un roto como yo? No porque las pilchas se pongan viejas uno se acerca al cónsul a pedir plata, ni más. Yo sólo me contento con que me recomienden cualquier trabajito, y en vez de ponerme cara, pregunte lo que sé porque soy bastante aplicado.

“Nunca falta en una casa algo que hacer: limpiar un cañón de cocina, encerar un piso, componer un reloj, colocar un vidrio, podar un arbolito, y hasta afinar un piano porque también he sido filarmónico en las canchas taltalinas del salitre”.

Había amanecido con la garganta seca, que era lo peor que podía sobrevenirle en medio de sus penurias en las regiones patagónicas, donde no pasaba lo mismo que en otros puntos. El inconveniente de viajar tiene sus razones cuando el hombre se acostumbra a lo que ha sido. El frío se suele soportar, pero que no lo echen en una cámara refrigeradora. Además, qué hace un hombre si no tiene sus tragos de la hora, un vino seco como esos aguardientes del Huasco o un rosado chacolí de San Javier. Su inocente presencia lo hacía de vez en cuando tomar hasta ensordecerse. Este deseo venía en su pensamiento como un fermento nuevo de la uva, cálido y turbador. Su sed de afuerino clamaba por ese caldo bendito cuya virtud consistía en llevarse los achaques del pobre. Paladeaba como un niño su maternidad embriagadora... ¡Ni para soñarlo! ¿Qué sacaba con atormentarse?

Pero en el camino desamparado on Ñique tuvo un escalofrío. En el boliche del chilote Pérez vio izada la bandera chilena.

—¡Hei ta! —exclamó, tomándose la cabeza con las dos

manos—. No caía en la cuenta. Me estoy desmemoriando. ¡Si es Dieciocho, por diosito!

Antes de presentarse echó hombro para atrás y levantó pecho. No sabía como decirle al chilote Pérez su felicidad. ¿Qué hacer? Suspirar, pero aguantarse.

Oyó que dijeron de adentro:

—Adelante, on Ñiquelillo. Al alba lo esperamos pa irle a tocar la diana al cónsul. ¿No le pasaron recado?

—Ni uno.

—Yo le mandé decir con el Peineta. Hace veintiún años que por acá al venir el día de la Patria no me olvido de darle esta tocata al cónsul con los chilenos que andan por aquí. ¡Oigalo bien! Lo hago porque soy señor también y tengo respeto a la autoridad. No soy yo de los que me olvido de la isla grande y deme usted su palabra que somos buenos cristianos.

On Ñique lo miró y dijo:

—Claro. Se la estoy debiendo, pero hay que ponerle al tinto. ¿Usted no me conoce porque es de aquí? Ah, si fuera de allá, del otro lado, me daría lo que yo no tengo.

—Venga entonces a ponerle la jeta al “potrillito”.

Se puso tartamudo on Ñique.

—¿Qué?

—Bueno que está bien amolado. No me deje con la palabra.

Dio un paso confiado hasta el mesón y tuvo que restregarse los labios muchas veces.

Se puso a suspirar.

—¡Atráquele, on Ñique! ¿Que no fue botero?

—Deje que lo mire y contemple porque hacía tanto tiempo que no chupaba en el vaso matador.

Se reía solo diciendo despacharrutadas.

—No se me ponga tristón que también me va hacer llover a mí.

On Ñique resollaba. Pero cuánto cuesta tragar lo que uno tiene como aire frío, como viento latigoso, como corte de aguacero. Echó fuerzas y tembló al sentir la garganta vacía.

—¡Cha el resuello largo!

Se había visto en el caldo rojo en una luna de sangre y bebía su mismísima imagen con ganas de olvidar el mal rato.

Cuando salió del boliche estaba maltrecho por su atoro, pero sintió que algo lo levantaba hasta hacerlo correr. No recordaba el tiempo que estuvo dentro ni si lo despidieron con buenas palabras. A on Ñique le parecía que la vida no era nada comparable a la bendición de Dios cuando el mundo era chico para un hombre como él. Dio todo por su fama de buen peleador, amigo de las buenas cosas y justo, como son otros, serio para decir lo que está pasando. Abríase calle entre el tumulto con su respeto. Su cabeza daba vueltas en calesitas y se le escapaba una fiesta de pájaros habladores.

Pasaron de sobra mujeres. A todas les tiró un beso. A muchas que iban en pareja sin ponerse de acuerdo:

—¡Pa las dos, m'hijitas, pero no peleen!

Eructó satisfecho y siguió la marcha.

Salió por Roca a una arteria ancha, larga, y sus esquinas formaban por ambos lados pequeñas callejuelas como vértice-

bras de aquel gran espinazo. La atmósfera vaciaba su azul viejo en las casuchas de maderas y las hacía grandes y otras de juguete. A la pasada recibía insultos y no contestaba sino con el puño en alto. Cada tranco se convertía en una interjección de asombro que lo hacía hombre. No se oía si se refería a Pancho Villa o al otro que se pegó un tiro. La voz salía con hipos de su garganta enronquecida. Al fin no hablaba. Se sujetó en un palo y seguro de no caer extrajo del paletó una botella descorchada apretándola al pecho. Le hacía cariñitos como a una criatura. ¿Cómo llegó a su bolsillo? El mismo se alegró de ser hombre diablo y todo fue un santiamén de afectos para el resentido señor Pérez. Creía que era mejor tratarlo así para el caso de no pagarla aunque su aguante poníalo humilde de su cabeza y sin ganas de nada se dolía de él y no se enojaba con el otro. Pero el viento lo levantaba de la tierra soplándolo como una plumilla de nieve. Sacaba ventaja propia dando tumbos entre los arbolillos desgajados. Una chalina le apretaba el cuello tapándole los ojos. No eran sus botas las de las siete leguas, pero aún le servían; siempre que estaba así se le ocurría buscarse todo lo que guardaba en los bolsillos. Se trajinaba por delante y detrás acucioso de algo suyo, muy oculto, y cuando se sentía seguro se apaciguaba al verse igual como era. Por eso, nunca dejó de llevar en el paletó interior bien escondido, su espejillo. Lo halló y no supo cómo saltó en el aire. Corrió a su siga como si persiguiera la felicidad misma. El disco salió a rodar por arte de magia y para atraparlo rodaba por el suelo. El afán de cogerlo le enturbió la vista y no veía nada rasguñando la tierra. Por fin le pareció que estaba a un paso y dio con su cuerpo sobre el trocito de luna. Pero no pudo le-

vantarse y sintió que algo rechinaba como pulverizado por sus botas. Sus dedos comenzaron a buscarlo hasta dar con los trocitos del espejo hecho añico en el marco del metal.

—¡Mi mala pata! —exclamó—. ¿Qué voy a hacer ahora? —y miró a todos lados, asustado del regocijo, porque no creía que hubiese estado en alguna parranda. Y se echó a llorar a grito con un llanto destemplado que se le quebraba en la garganta. Toda su jocunda alegría de antes se trocó en pena; gemía como un niño, secándose los lagrimones con el dorso de la mano. No fingía nada, de no ser él mismo, antes que otro más curado que él, y siempre sujeta la botella de vino, que había librado en la caída, apretándola contra el pecho, instintivamente. Largo rato estuvo cuidando su consuelo al descifrar la etiqueta. Todo le parecía mejor que un “Panquehue” reservado... ni banda azul, ni “Casa Blanca”... ¡psh!... Es doña “Santa Carolina”... no me acuerdo si pagué más o menos por esta preciosura...

Y la acariciaba sobre el pecho.

Al fin se levantó andando hacia el río. Se metió en unos corralones grandes. Creyó mirar una altura resplandeciente.

—¡Por diosito! —gritó—. ¡Ahí está! Ya lo encontré —y se precipitó a tocar la corriente—. ¡Mi espejito lindo! ¡La lunita!

En su mente lo veía refulgente como una manchita de azogue y casi a ras del agua. Llegó al borde del riacho bajo. Se acercó andando a gatas y, tímido, pasó su mano callosa sobre el agua. Se miró de bruces en la borra azulada. Pareció hallarse de nuevo con sus facciones perdidas. Tuvo asco de verse tan deteriorado y al sacar la lengua se horrorizó de sí.

Estuvo perplejo de ser un sueño; un dolor de cabeza le reventaba las sienas.

—Al fin te veo como eres, viejo pícaro.

No habló más.

Agresivo quedó mirándose en su catadura de sombras. Asustado de ser un viento donde el agua muerde, arrimóse hasta beber un sorbo y escupir. Abrió su mano y creyó agarrar bolas de nieve cuando eran babas celestes del confín perdido. Brillaba a veces como luna áspera y le parecía sumergirse en el espacio entre olas de nubes vaporosas. El vértigo era más de su cabeza que de su fuerza muscular. ¿Hasta dónde metió los pies que se le puso el cuero duro? Su brazo mantenía la botella voluntarioso a no soltarla y su cuerpo precipitóse al fondo de golpe dejando a la vista el gollete libre.

Se le encontró helado.

Todo fue un asunto policial. Hasta el chilote Pérez declaró que el cadáver pertenecía a on Ñique, que estuvo celebrando el día patrio.

—Esa botella debió habérmela comprado —dijo reticente—. Yo no soy culpable del aguante. Son niños que no saben tomar porque vienen muy atragantados. ¿Qué vamos hacerle? Este es el rocío de los pelados.

Hasta el cónsul vino a certificar que el presunto era el ciudadano chileno Nicomedes Cruz. Por otras noticias, su profesión: “vendedor de tarros parafineros”.

—Bueno —exclamó—, llegó aquí a embolinar la chancha. Se puso triste y no dijo nada más.

PARAGUAY ATRAPADORA DE LUZ

Soy el único viajero del "Hotel Palma" y mis pasos se hacen silenciosos por los corredores vacíos. Con el azote de fuego sobre Asunción y los huéspedes han emigrado a los altos ribereños del lago Itaipará.

Entro en mi cuarto, deshecho el ánimo por el calor, que sin no alfoja de cansar el aire azulante. La respiración se estalla en la garganta y me produce una impresión de sal.

Abro el balcón sin encender la luz. El aire es denso y transparente en la hondura de la noche. El cielo late como un pecho humano. Los tejados resplandecen con el azul de la luna. La calle silenciosa es un canal de silencio.

Me quedo ataragado. Nada quiere moverse en mi ser: ni la imaginación ni el recuerdo objetivo que hay en la vida de luces. Parece todo un dilema oculto en la naturaleza. No se ve más que el temporal encima. Me absorbe este mundo nocturno, potente como en la primera creación. Vienen del río voces y murmullos que se agigantan y luego sobre mi cabeza se abre el pomo de un jazmín mango; pero la calle callada, portadora de sonidos, de fragancias y de luces

LA ATRAPADORA DE LUZ

Soy el único viajero del "Hotel Palma" y mis pasos se hacen silenciosos por los corredores vacíos. Cae el azote de fuego sobre Asunción y los huéspedes han emigrado a los sitios ribereños del lago Ipacarái.

Entro en mi cuarto, deshecho el ánimo por el calor, que aún no afloja de cansar el aire azulante. La respiración se atolla en la garganta y me produce una impresión de sal.

Abro el balcón sin encender la luz. El aire es denso y transparente en la hondura de la puebla. El cielo late como un pecho humano. Los tejados resplandecen con el azul de las estrellas, la calle arbolada es un canal de silencio.

Me quedo aletargado. Nada quiere moverse en mi ser; ni la imaginación ni el recuerdo objetivo que hay en la borra de luces. Parece todo un dilema oculto en la naturaleza. No se ve más que el temporal encima. Me absorbe este mundo nocturno, potente como en la primera creación. Vienen del río voces y murmullos que se agigantan y luego sobre mi cabeza se abre el pomo de un jasmín mango; pero la brisa callada, portadora de sonidos, de fragancias y de luces

fugitivas, desaparece, y la atmósfera estática vuelve a hundirse deleitosa en el vacío asfixiante.

No puedo medir el tiempo y las horas pasan en espera de algo cósmico que no se dilata. No tengo valor para hacer el más leve movimiento y, como un enfermo, llego hasta el lecho, cuyo pabellón de gasa blanca, que semeja un catafalco, me libraré de las lancetas aladas.

Como en la noche anterior, siento en la quietud del desvelo la llama sofocante, precursora de las grandes tormentas. Imperceptibles zumbidos me hacen encender la lamparilla y escudriñar el interior del mosquitero.

No hay acecho que temer.

He tirado las sábanas. El ardor ha aumentado.

Hacia un ángulo del techo aparece una lucecilla intermitente. Pienso que es una estrella desprendida por el tragaluz. Pero la chispita vuelve a brillar potente. Creo en una ilusión óptica y me incorporo. Abro el pabellón y puedo ver con más nitidez la extraña luz. Es un punto fosforescente y de un color verdoso.

Me pongo de pie. Enciendo la bujía del centro y quiero ubicar la luz que no veo. Vuelvo a apretar el botón eléctrico. Se me ocurre de pronto que el origen del fenómeno es un cortocircuito y salgo en busca del administrador. Lo encuentro durmiendo y al despertarlo, ante mi insistencia, por el temor de un incendio, se apresura a venir al cuarto trayendo una escala de mano.

Al constatar la veracidad de la chispa en la oscuridad, enciende las bujías y su efecto se disuelve. El techo es alto y ni aun con la pequeña escala alcanzamos a tocarlo con las manos.

Al fin el administrador parece dar con el origen.

—No hay cuidado, señor. Es un insecto de luz que está preso en la tela de una araña.

—¿Sin poder escapar?

—Es una lucha a muerte que ha entablado la araña.

—¿Una caza?

—Como en la selva —me dice gozando con mi asombro—. A cada embestida de la araña para atraparlo, el coleóptero la atemoriza con su destello.

—¿Y quién va a vencer?

—¡La araña! Es un temible adversario. Cuando la noche se vaya y el día le haga perder al insecto la fuerza de su luz, quedará sin el único medio de defensa que tiene.

—¡Qué gran tragedia! —digo emocionado.

—Es el trópico —me responde—. Cada sitio, cada animal, cada árbol, tiene su leyenda y su virtud oculta.

Yo me recojo a mi lecho. Apago la lámpara sin quitar la vista de la escena. Ahora comprendo que la noche está viva, más viva que el día, para sorprender la naturaleza que me rodea. El país se encuentra poblado de espantos y de asombros que sólo la noche revela al poner a prueba la astucia y la fuerza de los seres que la pueblan.

Ya no está muda mi alma de viajero en el "Hotel Palma".

Todo parece el mundo del ánimo vencido en el paraíso guarayo. Voy a vivir la tragedia del azul cocuyo, imposibilitado entre los hilos de la dura tela de la araña cazadora. Mis sentidos quedan abiertos a todas las percepciones. Veo el acecho monstruoso como el sabio a través de su lente. Observo en la red gigantesca, la cabeza estafalaria de la araña insecticida y las patas tejedoras que no cesan de robustecer

el cerco inexorable; cuando avanza, los garfios acumulan con su vibración el veneno mortífero, pero el coleóptero, avisado por el temblor de los hilos aéreos, aguarda el ataque y proyecta la linterna de su cabeza. La araña asústase fijada por el resplandor. El chorrillo de luz verdosa ha cegado sobre la urdiembre de su malla negra. La araña retrocede, articula sus patas, y se encoge, se apelotona, se ovilla en la red. Ya no le dejará hasta que el pincho asesino recupere su posición pasiva.

Se ha apagado la linterna y el acecho se ha repetido. ¿De qué polvo astral está hecha su luz fosforescente? ¿Irradia de ella la deidad maléfica de los bosques? ¿Acaso es la que se vislumbra en el fondo de los lagos donde hay monstruos espantables y se deslizan canoas fantásticas? ¿O es la que despiden las pupilas de las doncellas guaraníes cuando el enamorado las acecha?

¡Luz de luciérnaga! ¡Luz de la infancia del mundo! Sobre la noche deja un prestigio inviolable del secreto de vivir en connubio salvaje. Es la hora de la gran caricia cálida y sin sombras del trópico. Es la hora en que las naturales prenden en el casco negro de sus cabellos la única joya de su púdica desnudez. Acaso yo mismo soy una víctima inconsciente del amor de Belén Navero. Ahora presiento mejor el hechizo de sus ojos. Pero protesto: yo no soy la araña atrapadora de luz. Sin embargo, dudo de mi clarividencia. Ya cometí una falta, que había olvidado, porque aquí todo se olvida; la adolescencia no dura más que un instante; el deseo estalla y el cuerpo del hombre está en plena madurez.

Belén se mece en la hamaca, bajo la enramada del patio, con la respiración sobreexcitada. Yo le doy aire con una

pantalla y le tejo una oscura redecilla de ilusiones. Su ropa pégase a su cuerpo como tela mojada. En los ojos pestañudos sus párpados están adormecidos, y una de sus piernas cuelga desnuda de la hamaca. Yo me acerco hasta alcanzar su aliento. Me veo cauteloso, como la araña, dispuesto a vivir la aventura. El deseo va entrando en mí, comunicándome su palpitación inmensa, la tierra hace la sangre nueva, con un ardor violento, sin exasperaciones, natural, potente.

Belén ha fijado en mí sus ojos grandes que revelan una vida maravillada y optimista.

Ella, sin ver mi actitud de acecho, queda impassible. No presiente el peligro ni se cubre con las manos. Y sonrío blanda, tierna como la pulpa de un coco, sin llamar, en íntimo abandono. Yo me retiro sorprendido y escudriño en sus pupilas la selva bravía por donde hay que abrir camino para encontrar el agua cándida de los remansos, y comprendo que Belén, hija del país del sol, pertenece por sus ojos claros a los seres nocturnos, como los felinos, y que no se defiende de mí sino de la luz infinita. Las largas y crespas pestañas hacen de pantalla natural.

Belén no deja de mirarme y en sus pupilas percibo una limpiada de la selva por la que bajase una esperanza. Me recojo como un niño, incapaz del mal. Estoy temeroso de echarlo todo a perder por mi impetuosidad. Es el carácter el que no se quiere concebir aliviado de los aires excesivos.

Reacciono y quiero hacer la última tentativa. Lentamente me aproximo. Siento su respiración cálida sobre mi rostro; la imperceptible tensión de sus labios; la sangre caliente de su cuerpo; y cuando creo dominar su genio mi aliento

amoroso no logra empañar las esmeraldas de sus ojos que continúan, límpidas, impasibles...

No me acerco más. El pudor me impide expresar mi pánico.

Y ahora, en el cuarto oscuro del "Hotel Palma", me pregunto: ¿no tendré que esperar, como la araña, la alborada?

Y duermo pensando en la luz ciega del día que absorberá la chispa subyugante y el misterio nocturno del cocuyo.

EL PARAISO DE BUDA

I

Contaban que tenía amores con Buda. Era entre dos luces cuando solía vérselo por el dédalo misterioso de los callejones tacneños. El crepúsculo se acurrucaba bajo el abanico de las vilcas poniendo un hálito fresco en la tarde quemada. Ella caminaba andando en puntillas con unos pies inverosímiles. Iba envuelta en un chal de Manila, como las antiguas tapadas limeñas, no percibiéndose de su cuerpo otra forma que la gracia avispada del talle. Más de una vez un cortejante, al darle un feliz alcance por el recoveco, recibió en el pecho el golpe de una granada, que al abrirse, bañó el rostro con el jugo de sus diamantes rojos. Desaparecida en la encrucijada de callejones, por el ojo negro de una ventanuca encumbrada, del tejadillo, salía una risa gutural, lenta, aguda...

Desde hacía algún tiempo la callejuela cubríase de una sombra siniestra. La gente hablaba de muchachas secuestradas por chinos. Se referían extrañas historias sobre depra-

vaciones cometidas por excesos del rito. El turgorio del asiático Juan Shin fascinaba en el callejón con el rito religioso. Era un tipo curioso el de este hijo del Celeste Imperio. Su figura decrepita, sus ojuelos enigmáticos, una cabeza de alquimista en la que el cráneo aparecía mondo, como tapa de caldero, no lo hacía, por supuesto, un hombre extraordinario del Tath-Ching-King; sin embargo, había logrado seducir a una muchacha de rara belleza nativa. Nadie sabía de qué artificios se valió para atraparla. Las vecinas ponían en boca de Juan Shin ciertas palabras seductoras:

—Oye, niña, ¿quieres comprar media de seda barata? Tengo muy bonita por poca plata, bonita, barata; pañuelito bordado con palabra de amor. Compra, niñita, de llapa te doy un saquito con polvo.

De este modo el asiático atraía a la ingenua muchacha que pasaba por su tienda. Todo se amontonaba allí en abigarrada confusión, pero por entre los cachivaches, Juan Shin se desenvolvía en desdoblamientos fantasmagóricos. La incauta acudía una y otra vez al bazar sugestionada por las inesperadas apariciones del asiático.

—Come este dulce, niña. Es muy rico; viene de la China —y le ofrecía escarchados de rosas y otras flores exóticas.

Así, uno y otro día, hasta que al fin la trampa abriase completamente, y la ingenua era invitada a pasar a la trastienda a ver una tela, una laca, un perfume...

La hora era diferente a la de las mujeres que compran cosas de tienda, porque anochecía más luego, aunque el aire se ponía más azul y más lindas están las flores; pasan ruidos de violines, cantan aguas de fuentes, y se escuchan salmodias.

La camanchaca pisa con vidrios anaranjados, donde hay

agua se salta un charco, color de sangre o de frutilla rosada, hasta caen gotitas de miel de la azúcar. Todo se pulveriza en penumbras oliscas y corren cuentos de aparecidos, salen gritos, oscilan campanas llamando a muertos, y se dicen cosas estrafalarias de un hombre que corría con la mochila al hombro llamando a pelear a otros hasta perderse en los recodos bajos.

Los años eran de la ocupación chilena por las luces de bombas que aparecían ocultas. Lloraban indias al venir la oración, otras se quedaban en una esquina esperando la partida de sombras para no ser vistas robando. Había que pasar y perderse en los callejones largos.

El indio oía muchas cosas del mundo que antes no se contaban por el susto de vivir mirando muertos. La guerra había traído a Tacna la calma del sueño despierto. La gente veía cosas extrañas como si las quintas colindantes trajeran risas beodas de capitanes enfermos. Hasta sonaban timbas musicales, heroicas visiones, repasos de retreta, y un silencio triste que bañaba la cuesta. Salía un fraile descamisado y roían amores los esqueletos. Se sabía más por el temor que por la verdad escrita. La diapasón dejaba de sonar para desaparecer.

El rito del chino se parecía al del vocero indio que corría estridente sacudiendo la inercia con el candor de la siembra. Venían algas perdidas de los muros cercanos, bostezos de demonios, y razones que nadie se explicaba de la muerte, unas ganas de morir y bendecir. La realidad estaba en la presencia del chino en la comarca ofreciendo el aviso en una lámpara misteriosa de que Chile amaba la siembra

cuando la muerte estaba en la tierra. Los funerales eran del milenio umbilical.

Soltaba una boca fuerte y rezaba sin que nadie le entendiese.

¡Cuánto cuesta llorar y la gente no sabía de dónde se unía a Dios! Pero el chino traía una copa de oro, unos rayos de sol poniente, y el aire sacaba olores y ungüentos soporíferos.

El chino Shin tenía oculto en su altar un libro de papiro, donde situaba al Perú en el país de Fu-Sang, y conciliaba la verdad de una distancia a dos mil "li" al occidente del reino de Tahan, que data del año 458 de Nuestra Era. Había un dragón igual al de Asia que se ocultaba en las cavernas de la costa para echar fuego al venir el maremoto. El dios aparecía en un pájaro bicéfalo que bajaba de la cumbre andina. La niña creía que el Imperio Inca estaba en las isothermas del océano Pacífico y que ella era una vestal movida por los ángeles cuando cae la neblina y se filtra por las viviendas. Había que untarse de resinas y aspirar el aire bajo una vilca cuando aparecen las estrellas.

El militar de la ocupación nunca hallaba lo que buscaba, porque la mujer desaparecía ocultándose en los recodos cuando el viento tronaba o seguía su majada de llamas.

El asiático Juan Shin era considerado como uno de los más extraños apóstoles que hubieran venido al país. Se decía que viajaba desde Santa Bárbara por las costas del Pacífico, en busca de un curioso ideal perdido en el país de Fu-Sang, como él llamaba a la América del Sur. Una serie de

olvidadas teorías le traían preocupado respecto al futuro de nuestras tierras. Según Juan Shin, el buda que de tiempo en tiempo venía a propagar la moral de su doctrina al mundo, no estaría lejos de reaparecer en Fu-Sang, donde ya una banda de sacerdotes budistas había estado propagando su fe persuasiva antes que los blancos trajesen la cruz de Cristo. Juan Shin afirmaba que el Buda vendría a reconquistar su reino y que se vengaría de los cristianos por habérselo usurpado. El Oriente caería sobre América y se apoderaría de sus pueblos, aplastando la soberbia del gigante del Norte, que tanto los había escarnecido y humillado.

La personalidad del asiático se hacía más rara con estas declaraciones que figuraban en los legajos del proceso que se le siguió después del crimen. La leyenda del Fu-Sang volvía a tener proyecciones de actualidad en aquel embrollo de antecedentes y clasificaciones etnográficas. Mucho hablaba de un barco misterioso que mil años atrás llegó a California arrastrado por las corrientes oceánicas trayendo a uno de los profetas de Buda. Sonreía afirmando la aparición de los juncos navegando a la deriva de las playas indias. El mismo contaba que estuvo en Lima paseando por la calles de Petateros y se encontró con un indígena de Etén y que los dos se entendieron perfectamente hablando cada uno su idioma habitual.

Tales revelaciones se consignaron en el proceso con datos que ofuscaban a los americanistas. Según unos, los mexicanos utilizaban en el léxico palabras chinas y tártaras. Hasta se asustaban de que siendo indios hablaran un dialecto de Cantón. Suspiraban por entender las cosas mejores sacando astucias de remotas influencias de cultura. Los antiguos

chinos, como los incas, usaban los "quipus" o cuerdas con nudos, cogían del trueno signos perdidos, llevaban al acueducto la siembra. Lo difícil era meter estas cosas en las religiones y lo extraño estaba en la forma como se hacía la propaganda entre los indios de terracota.

El boliviano golpeaba en una mesa cuando el chino parlaba de los ocho signos primarios o se levantaba a llamar a los hijos despojados del Celeste Imperio.

El diablo venía a la mesa y ponía de acuerdo a los borrachos consuetudinarios dejándolos irse solos para que hablaran del sacramento oculto. Sólo así el chino Juan Shin lograba evadir a la policía, porque él no sabía dónde estaba el tiempo mejor, si en los reinos del cielo o en la asociación perdida del Cambalache. El vino de arroz lo absorbía de a poco y se quedaba mirando la sangre del diablo.

Cuando los vecinos comenzaron a murmurar de las visitas de la Rosa Andía a la tienda del chino Juan, ésta se recató mucho más que antes, cuidándose de ser vista en la calzada. No podía andar sin juntarse con una india o con un viejo, que la sujetaba en la puerta de calle, o la ponía sobre la marcha del cabestro para no darle paso a otros. Así nadie la llamaba a rezar ni a pensar en los hombres que la requiebaban al verla venir luciente de amor. Sacaba la mano con una sortija y se hacía un pase de aire asustada de algo malo. Siempre la puerta de su casa estaba cerrada y nadie la empujaba, porque se abría sola y fuerte volvía a juntarse.

La niña era como son las mujeres que huyen de los hombres que matan. Suspiraba pero no sollozaba. Rogaba a los santos que nadie nombraba. Cantaba cuando no había

ganas de oír nada. Lo que más le gustaba era sonreír, por si la reconocían como fue en otros días mejores.

Nadie sabía cuándo entraba al tugurio ni el tiempo que permanecía allí. Sólo al anochecer se veía cruzar su silueta delicada. Se notaba en el rostro una huella prematura; los labios entreabiertos dibujaban una sonrisa enigmática, y los ojos, de corte oblicuo, aparecían cuidadosos, prolongados hacia las sienes, con pinceladitas de khol. Era un pensamiento fugaz cuando pasaba.

¿A qué abismo sin luz había descendido? ¿Qué extraña fascinación la transformaba de tal modo? ¿Acaso sus sueños eran del Asia antigua, monstruosa y complicada del chino charlatán?

La trampa de Juan Shin se tendió para Rosa con todo refinamiento. La noche traía amores cuando el tiempo venía suave con poca agua y mucha escarcha.

Se andaba del bazar a los acueductos y el viento abría la puerta que nadie cerraba porque estaba entre biombos. Se sonreía la boca y todo quedaba silencioso. Una mano parecía llevar una cosa a otra, y otra mano bendecir, muchas se unían, y cuando uno veía algo el diablo estaba encima sosteniendo el aire caldeado. No era una sombra, a veces una campana grande, y otra campanita chica. Sonaban con timbres ocultos y se oía una voz marcando la hora. Si no habían gemidos todo estaba triste y sólo la llama andaba en la lengua resonante.

Luego de haber aspirado con deleite una esencia ofrecida por éste en una diminuta ánfora de porcelana, como en un telón de teatro, ella vio caminar el escenario de la trastienda. En seguida, el chino la transportó en brazos hasta el

apuesto contiguo. Su cuerpo inanimado fue dejado sobre una estera, y un soplo sensual del paraíso de Buda se cernió sobre la estancia. Después descorrió las cortinas que cubrían el santuario y seguro de sí mismo, sentóse a esperar, fumando la larga pipa.

En la estancia semi en tinieblas se percibía intermitente la llamita azul del opio. Poco a poco empezó la víctima a recobrar su conciencia. Al principio, apenas distinguía en la penumbra las manchas blancas de las esteras; pero, de pronto, las mismas luces que ardían en el altar iban aclarando con la palidez quieta de sus llamas los contornos de las cosas. La niña contempló como en un sueño el retablo de madera tallada, donde una gran tela de seda mostraba la figura de Buda, en su actitud hierática: el rostro impassible, las piernas cruzadas, y las manos sobre el pecho. A medida que fijaba los ojos fueron apareciendo inscripciones en caracteres chinos y, luego, en el altar, las ofrendas de los fieles: flores frescas, tapices, candelabros de bronce, y sobre la cabeza del ídolo, como aureola, un enorme sol de oro. A ambos lados del altar montaban guardia, colocados en sostenes de madera, dos hileras de fantásticos sables y lanzas, de los que armaron los brazos de los antiguos guerreros y, en el centro del santuario, una ánfora de cincelado bronce guardaba las cenizas del volcán sagrado.

En el suelo, a los pies del altar, se alineaban curiosos vasos de arcilla decorados con dibujos mayas e incásicos, que hacían recordar ciertas infiltraciones búdicas en el arte aborigen de América.

Suspendió la niña los ojos y permaneció sensible sin decir nada. Todo aquello no le era indiferente, hasta sonrió.

No sabía dónde estaba y le parecía soñar. No veía sino el sol de oro y la luz brillante del ánfora saturada de flores. Cuando descubrió en un rincón, en actitud de acecho, a Juan Shin, dió un grito de espanto. Este se acercó arrastrándose lentamente sobre sus piernas en cuclillas y trató de calmarla con palabras melosas:

—¿Qué tienes, niña? ¿Se pasó tu mal? ¿Que el novio no te quiere? No te pongas mustia ni andes triste. El lo sabe todo. Míralo que está como rezando. El dice todo a la niña linda para que esté contenta.

Rosa Andía se había enderezado sobre la estera y miraba al asiático con sus ojos agrandados de sorpresa. Este, aprovechando su estupor, paróse rápido en busca de una velilla, que puso en sus manos para que la ofreciese encendida en el altar. Obedeció sin saber si todo aquello era real. El chino tomó un pebetero y, colocándolo en derredor, puso a arder opio y sándalo. Ahora oficiaba como en un rito suyo al traer del aire el sueño de la adormidera, la boca del deseo.

La niña llegó a él con las velillas encendidas, se prosternó por la fuerza del rito, y suspiró. Así la hermosa tacneña era un alma cristiana que el fanático trasegaba en el altar de su ídolo.

Juan era chino, pero se asustaba del indio, porque éste también mata si llora el ángel y quiso rendirse a la mirada de la niña cuando se acercó y dijo:

—Rosa, Rosa, Rosa.

Tomó dos pequeños trozos de madera pulida y sobre una perinola los hizo girar hasta quedar en meditación.

—Malo, niña, malo. El novio te engaña. Quiere a otra más linda que tú.

Otra vez dijo bajando la voz: —El hombre no quiere morir en la guerra. La muerte es del hombre. La tierra es de la siembra.

Había como una impresión de algo que no había pasado y en la llama se veía el cierzo desparramado, un deseo de morir y de amar. La boca era seca, el agua tibia. Una llama se perdía en el cielo y otra venía a cubrir la casa.

Sacó el chino un grito jubiloso y se puso a sonsacar palabras. Parecía un niño que llama con un dedito a otro. Se vio que caminaba con pasos menuditos, agitando los anchos pantalones negros.

Había vuelto a arrojar un puñado de sándalo en el pibetero y con los ojos semientornados decía otra vez a la niña: —No llore. No importa que el novio no te quiera. Shin te quiere mucho. No te aflijas del hombre; ni te vayas por él, porque Shin tiene lindas sedas. Tiene collar de perlas, tiene plata, mucha plata para la niña linda.

Rosa Andía no lloraba y su gemido no era sino amar lo pasado, dulcificar lo presente. Ponía una boca con sal y agua.

—Sáqueme, sáqueme de aquí...

Lo pedía y no lo quería, porque se sentía arder con las bolillas del sándalo.

—Bueno, bueno —respondía el chino, humilde—. Anda a tu casa. ¡Pero ya sabe! Viene no más cuando quiere. El Buda sabe todo. Shin quiere mucho a la niña linda.

Salía y nadie la acompañaba. Se iba sola por la callejuela oculta del bodegón. Entraba de sorpresa a la casa. Nadie la esperaba, porque era dueña de ella, de una sombra que la seguía en la calle. El día le daba una voz, la noche un grito

oculto. El hombre la seguía, pero no la hablaba y hasta el frescor de la brisa volvía a ella, arrebujaada en el chal de seda. Sentía algo que la molestaba en el deseo de caminar, una rosa de agua vegetal, la bajada de la calzada, y luego el aire fresco, saturado de olores, y su mano se cuajaba con los dedos aterciopelados. Miraba un brillante, un topacio, hasta un rubí.

Se detenía de súbito y rogaba llamando a una madre y no oía nada de no ser ella misma un sarcófago de fiesta.

Abajo, en la iglesia, había una letanía de la virgen, un cofrecillo y su alcancía.

Se le oía murmurar:

—¡Virgen santísima, ampárame!

La noche era siempre igual porque el viento traía agua.

II

Rosa Andía cayó una y otra vez al tugurio. No se sabía si era más humana o más sombra. Las drogas la habían transformado totalmente y ponían una humedad vaga en la mirada. Los párpados eran de un color mortecino y se sentían aplastados por insomnios misteriosos. Sus mismos ojos, contemplándolos largo tiempo, dejaban flotar en su fondo las visiones del deseo ofuscante... Había algo impreciso en la mirada, como si una llama interior le impidiese fijar en las cosas. Se diría el tipo femenino que Juan Shin tenía metido en la mente, capaz de entrar en el nirvana por la perfección no sólo de su alma, sino también de su cuerpo. Tendida, so-

bre la estera, Rosa parecía una adolescente. Todo, en aquella aparición de lánguida belleza, decía de una transformación prematura. Su cuerpo fino se insinuaba bajo las sedas de un quimono. Collares de marfil enrollábanse en su garganta. El rostro, bronceado, dorado por la lámpara, no hablaba ya. Había logrado cerrarse a toda percepción exterior.

Rosa caía a su lado con la lengua seca, deseosa de no seguir en el vértigo sucio que emanaba la boca, dormida en el pecho y suelta de músculos, creía verlo en otras tierras azules, aguadas de árboles, y perdía su alma porque era un suspiro el verbo afiebrado, en un santórum filipino con oro de estelas, hasta se iba con labios pulcros huyendo de él, delante de su corrida de besos relampagueantes. Sacaba el vientre y movía la pomada de luz abierta de muslos, irredenta y clara. Venus del aire y ángel de la sierra. No era su tez sino nieve del abracadabrante sueño humano. Horrible deseo de besar como si se pegara la lama del piélagos en la película de un muro desnudo. Hasta los pómulos se hacían cada vez más salientes y los párpados inmóviles se asomaban dejando fijo en ella el ojo vulcánico como una aguja imanada.

Un día, al llegar al bazar, fue alcanzada por un militar que la siguió muchas veces para advertir su mal. Tenía éste una cicatriz en la frente y no era un recluta de la última reserva. Había quedado en el pueblo por arrebatado de amores. Su profesión de músico lo dejó sirviendo en las bandas de la guarnición. Nunca había podido cambiar palabras con Rosa Andía. Suspiraba a su lado, rezaba cantos, y hasta le hacía saludos de general. Esta era como una pluma para volar del espantadizo soldado de la ocupación. Una vez le pro-

puso llevarla al sur. Eran palabras a la pasada para ponerla en preocupación de alejarse de los chinos cogotes. Pero siempre tenía un indio viejo que la acompañaba como respeto cuando la vieran sola o atribulada.

La última vez fue llave de gonzúa la que lo puso al día, desde que su afán no era traer trapos del bazar, sino aguas azules del viento. Venía a su casa muy entre las sombras al anochecer y se propuso espiar la hora del recodo. Se dio maña y la pescó cerca, pero se le escabulló en el dédalo de callejuelas por dos encontrones de armatostes caídos. Anduvo desorientado y temió ser muerto. Se ocultó sólo por instinto hasta quedar observando la noche lloviznada de luces. Así le pareció ver muchas visiones como si del aire salieran armas de culebras. Se cobijó en sobretecho entre unos barrotes altos para mirar lo que había en un interior de una casa, se fue a saltos y tumbos a su misma vivienda, y volvió siguiendo en las encrucijadas del laberinto el hilo de Ariadna, cuando Teseo moría con su alma sometida al hechizo. Allí encontró en su espanto el cuerpo de la indefensa mujer abierta la garganta por un puñal malevo. No había sino rayos de sangre en las losetas de la callejuela.

LAS ABREVANAS

Se iba apagando el día y los indios sacaban los rebaños para el abreo de San Juan. Era una marcha acompasada del campo hacia la plazuelilla de Palca. La naturaleza se revestía de gala con la aparición de las majadas en el riachuelo que

venían hasta el manantial a bendecir el agua del abrego. Después de beber, las ovejas escuchaban llamados para entrar a los canchones a esperar la promesa. La aparta comenzaba con el requinto y a cada una se le pintaba la cabeza de rojo, colgándoles cintas de colores y cascabeles.

El lugar estaba en un cerco grande como una cancha de fiesta recogida en la luz vecinal del lugar. En el centro brillaban las fogatas rodeadas de merenderos. Aparecían luminosos los cancos de greda para hacer hervir agua y echar el plomo derretido.

La tierra se rasgaba al pulverizarse de luces sobre la vertiente apaciguada por las sombras y salía el sudor vegetal, la aromática visión de lejanías hundidas en los sarcófagos del Inca.

El bullicio, en cambio, no turbaba el crepúsculo. Era un mercado flotante de gente amanecida, que compraba y vendía, soñando ángeles del cielo.

La noche estaba en la vía estelar y los piños se consagraban el regocijo.

El trote de los cargadores de leñas y el murmullo de las mujeres atizaban el fuego crepitante.

El cielo traía nubadas rojas que encandilaban el misterio de la hora, donde la llama se aturullaba, desamparada por el balido lejano.

Había un golpe de bombo que caía en el pecho con unción.

El capellán de Huanka me avisó que estaba perdido de no seguir el camino de las fogatas y apenas la caballada estuvo suelta, se acercó un wamani a darnos chicha de jora. Otros nos invitó a un cañazo y se bajó por la cuesta a mirar

en el cielo las siete cabrillas. ¡Oh, noche de San Juan en los milenios del indio! ¡Oh, cántico del amanecer sagrado! ¡Oh, sueños del alma! Había brisa suave y un espacio azulado de tantos olores y meriendas, que traía algo del mundo bíblico, acaso un presagio por el ánimo místico o tal vez por el sordo bullir del rebaño. Nadie conjuraba el amor a la hora todavía temprano y zumbaba lejana la tormenta hacia el lugar. Una riña de gritos, una sorpresa del canco de greda en una cera derretida o en una sortija de plomo, hasta el macabeo que habla en las sombras de las estalactitas de plata lo amaba el destino, nunca seguro del cambio de tiempo, severo del acto por la fertilidad de la tierra y la procreación del ganado.

En el caminar de las sombras el alma sostenía al enfermo con el brebaje del santo. Lo que se amaba del cielo brillaba como si fueran globos del espacio, ángeles y pequeños colli o arbolitos enterrados en las llanadas. Había una flor roja, que se prendía en los dedos, y volaba en los asperges de besos, en los enjuagues de la chicha hacia las cabezadas de los carneros, que reñían en los canchones apartados. El abrevio daba la velación del ganado, perdido en lontananza, y con la brisa se oían las preces más puras por el deseo de todos que el campo diera el pasto en abundancia.

La luz de las fogatas traía en una espera de la parición el corderillo blanco, como maná de nieve, y hasta el duro trance de la mujer dejaba el aviso del portento. El olor del pasto fecunda el terreno en las vísperas del agua hacia la altura del pajonal.

El "urpi" que salía del chamizo entraba con bulla de cencerros y timbales. El peregrinaje encaminaba al templo

la bulla meteórica, donde aparecía la aureola que cubría el altar de San Juan, ceñido el cuerpo de una piel de camello, sujeta de una correa. A sus pies estaba el corderillo pascual con el cayado protector.

El besador de oficio se persignaba y el bebedor aguaitaba la tunda del monaguillo.

Una comparsa se acercó a saludar y otra se fue tocando un huayñito triste. Siguió una presentación de frutos regionales en una bandeja. El "ukuko" de la cancha grande estuvo apaciguando el miedo de los pastores. Eran del lugar antiguo de la región y mostraban su conocimiento de recordar a los amigos. Reían con cabezas de cabros y cuerpos de llamas. En la rueda hacían pasos chicos, picaditos, pininos, y con las manos se tocaban las caderas. Traían el traje negro con ribetes y flecos de pellones. Cada uno levantaba el torcido cayado con ademán de robarse las ovejitas descarriadas.

Salían del templo a los canchones haciendo ruedas y aprisionando a las collitas. Pedían los varones que se fueran a otro lugar de la consagración hasta que el Alcalde viniera al canto del pestoso pechereque. Llegaba el ruego a la plazoleta de sauces y molles blanquecinos. En el canchón balaban las ovejas y corderos, en cabestros de cinco, y con sus cabecitas, pintadas de añil, seguían la velación con el tributo del santo.

La ceremonia de Las Tinkas comenzaba a rociar los piños colocándosele en el lomo una "unkuña", de tres hojas de coca con las palabras estipuladas: "Santa Tierra, Pachamama, pagay kusaqui" (1). El indio recogía de su vaso de

(1) Santa Tierra, Madre Tierra, he de pagarte.

chicha gotas del líquido, que arrojaba con el dedo del índice sobre el ganado invocando a sus Apus tutelares que anunciaban el cambio de la estación venidera.

Los hechiceros miraban los puntos cardinales, donde se hallaban los dioses escondidos cuidando sus ganados del ámbito, en los lejanos nevados.

Se oían los rezos en una noche fecundada por el amanecer. El astro brillaba pálido y cada indio parecía vivir sólo del cielo tutelar.

En el cerco de la plazuela las mujeres prendían soguitas y cintajos en el cuello de las ovejas y corderos recién paridos. Se oía lo que hablaban:

—San Juan chaitan chancaruni (2).

No había música, pero el grito volvía de todas partes, como si quisiese llorar.

El canto a la virgen lo hacían los llameros, durante la ceremonia de las tinkas, y decían palabras nuevas:

—Apanta purista icha yanaita taruj manrace. Sancay kirisca macumuscaiqui (3).

El llamero era un niño para bailar con su atadito de cuero en las espaldas y, al entrar al redil, pedía a los rebaños que fueran buenos de pacer. Utilizaba una quena, llevada en el pecho, y tocaba un huayño de amanecida que al unirse a los suyos servía para repetir una pantomima con las sogas que tenían cuando hilaban en los husos su grueso ovillo.

El paso de los llameros al cuidar al santo decían:

(2) San Juan, arrojé mi ovejita a Ti.

(3) Tal vez encontrar pudiera rompiendo los espacios, el corazón destrozado.

—Echanos la dulce mirada que nosotros somos tus llameros que venimos a saludarte.

Después salían al campo a bailar y llegaban a la fuente cristalina a sus asperges. Allí daban a beber a los corderillos, rociados de chicha, hasta que la manadita salía a pacer a un lugar seguro en espera de la amanecida. El bebedero renacía del fondo y la transparencia del agua incitaba al sueño de purificación por el deseo de besar lo bueno.

Desde una lejana marimba de bombos y zampoñas cantaba un violín lánguido, estentóreo, nacido de la oquedad andina.

Se sentía el resplandor del sol como brisa, como agua nueva, como río viejo que vuelve al espacio sideral. Todo era duro y pesado. Todo era blando y suave de no venir el día con balidos musicales. El viento se iba a su refugio lóbrego de la cadena andina, pero venía la luna tan dura como sangre en la semilla del campo. Llave del tiempo desaparecía su luminosidad en la sombra del Apu terrestre.

¿Qué era el momento del indio, sino una fiesta? Se podía ver la noche de merienda con el caldo del aguardiente, pero se sollozaba con el deseo de vivir, de volver a nacer cuando era frágil de mirar y fuerte de sentir. Del ángel viene el alma, dicen los que sueñan, y parecía todo alma, en el refugio pecaminoso del hombre, cubierto de males por la intriga vecina y la desesperación de mirar lo que venía en el astro.

El vaho ardiente daba fuerzas al río, pero el indio moría como su hijo, sin paz, sin dominio, se lamentaba de muchas cosas, y al fin creía en San Juan.

En la lejanía había un altar y un sacerdote mirando el

espacio. Oraba pronunciando un quechua dulce con mirada evangélica. La luz del coro estaba oculta y arriba la paloma mensajera bajaba a dar la paz de un símbolo viejo.

Los indios se acurrucaban a mirar al niño Bautista de cerca y querían decirle lo que sabían de ellos, pero no se atrevían por temor al sacerdote que los miraba con manse-dumbre.

La misa vino temprano cuando los cebadales hervían de luces y un punto luminoso aproximaba las perspectivas con una diafanidad increíble.

La campana tocaba el alba y se oían músicas ligeras, balidos interminables, en la aspereza del tiempo azotado de ventiscas. Todo volvía a ser bueno, como si nada hubiera pasado en la noche de la buenaventura, durante las fogatas de la velación del ganado. Una lucecilla bajaba de una vela y se prendía otra para subir al misterio de la oración. Luego llegaba el canto y se escuchaba la voz pausada del padre Márquez. Su voz temblaba y un arco iris se levantaba del aire para mirar el espacio, y cuando todo venía en la elevación del copón, el indio, allá en la sombra, se volvía un niño, dulce y tierno, de agua y cielo, al prosternarse en las gradas de tierra.

Nadie veía sino la grandeza del acto en el colmo de su sencillez. La muchedumbre inclinada, durante el ofertorio, había extendido con las espaldas de sus trajes típicos, una especie de kumpi por la cauda de colores brillantes al sol. Podía verse la tierra adherida a una majestuosa tela formada por una trama viva del corazón de la selva. El padre Márquez contemplaba desde el altar soberano la ofrenda limitada del producto regional.

Las cabezas de las máscaras rezaban con sus caras truhanescas. El pabito de las llamas ardía en las manos rendidas, y la alegoría se hacía para un genio campesino. Tronaba la prueba en el ánimo fatigado y bajaba la diosa desparramando el incensario de alhucema. Los bailarines dejaban al aire las cabelladas y trenzas lustrosas; las pieles doradas de leopardos y venados, los llameros con sus cervatillos ensogados y la montería en aros rojos, azules, verdes y amarillos; el emplumado tornasol del guacamayo silvestre parecía levantar el arco iris. Los ukukos sobresalían con sus peliones negros; nadaba una siembra con los abalorios y flores de la india joven y menudeaban cabecitas de niños abismadas del recinto oculto de la madre. La trama de plata brillaba en la luz del espejo y cerca de los cabezales de ovejillas blancas los hatos de corderillos resplandecían en la gama cenicienta. En la visión parecía recoger un mismo sueño profundo. Así estaban entreverados los urpis del rebaño con los pies endurecidos y callosos; el cansado resollar del labriego que sostiene el arado de palo. Con las caras graves e inexpresivas se golpeaban los pechos en la espera de la bendición sacerdotal que daría el maná.

En la altura, una bandera brillaba en el sobrenatural espacio del alma peruana.

LA TOREADA DE CONDORES

Fuego, fuego, fuego en el mes de las comarcas. Había fuego en las astas de los toros y en las rinconadas pueblerinas. ¡Oh, tierras altas del Perú! Ayer no más comenzaba a

escribir, ¿qué fue de mi amigo don Regalado Macutela, aquel hijo de Pitumarca?

Hoy parece todo un sueño comenzar el diario local de la fiesta dedicada a San Martín de Porres. El tiempo estaba como de flores y llovía con aire de rosas. Los arbustillos trocaban los frutos en perlas, caían campánulas florecidas, las cantuas lloraban y el canlli hacía volar de su ramaje las escobitas del santo que sirven para barrer.

Se apagaba el día y comenzaban más temprano a arder las lamparillas de kerosene y los candelabros de las casas. Ahora el fuego era un rescoldo del anochecer por las comparsas de las vísperas dispersadas en las callejuelas tocando sus quenás y pitos. El varante procuraba hacer las advertencias de la autoridad portando un sendo bastón de aloque. Hablaba pausado anunciando para el día siguiente la corrida de toros. El paseo de los cóndores comenzaría en la mañana, a las diez. Los novilleros aparecerían a las tres y media en el palenque de la plaza. El cuidado lo daba el cura párroco, después de la misa de seis, en presencia del santo de bulto, a los lidiadores.

Afuera se comentaba el arrojito del indio cachimbero y los rezongos del Gobernador por los novillos traídos del corral de Alvarado, porque eran mansos y de escasa cornamenta. No quería tanta chifla como el año pasado, que salieron muy pocos magullados, de no haber quedado dos toreadores sin levantarse del suelo. Para tanto gasto, el único que se sacó la película fue el Chilito, el "mataor" contratado de felpa por lo canilludo.

El señor Macutela se ponía muy quejoso de los gastos.

—¡No me dejen morirme de pena! —dijo una vez—. Só-

lo me tienen para ver una muchitanga de carnaval. No quiero ver novillos mal cargados para coger el cuerpo y no trapitos de colores. Harto me cuesta a mí la plata.

Era Alvarado el más disgustado de sus rezongos. Allí en la altura no es como en la costa criar corrales cuando el cebú aparece como un cernícalo sin astas. Siempre se mostraba el Gobernador enojado del entrenamiento y experimentaba una desilusión del ganado vacuno de no caer muertos en el campo de agramante varios indios. Cuidaba sus funciones agrícolas sin mostrarse feliz del tiempo cuando había agua en abundancia y, por otro lado, para él las vaquillonas eran lecheras, de lazo suave, como le gustaba tirarles el cordel, y por ahí dejaba que el cebú apareciera bramando de su flaco pastorejo. Muy pacífico y campechano en la finca, perdía el sentido común durante el mandato, desde que los cóndores le parecían suplicio chino y a él eso ni mandado hacer.

—Ahí sabrán los indios si están con el santo en la pared, que a mí me lo regalán con la escobita en la nariz.

Llamaba con solemnidad al cura párroco a bendecir a los indios cachimberos por si éstos querían morir y recibir la extremaunción. Antes de la corrida los envaletonaba con un sorbete color ciclamen y les mostraba el bolsón cargado de soles.

El propietario del corral, Alvarado, temía mucho de su genio atrabiliario, y se lo decía por el costo de la crianza a sabiendas de lo que es un novillejo en la altura, siempre agarrado a comer pasto pobre, y nunca a volverse peor que una birria como el de Lambayeque.

—Hágame el favor de ser más preciso —le respondía—.

Estos cachimberos no sirven de nada sino sale el killichó a sacarle los ojos al cornúpeto. Serían más los muertos sin un matador de profesión.

—¡El Chilito! —replicaba el Gobernador—. Hasta cuándo vamos a traerlo aquí hacer fiasco. No me gusta que me responda tanto, porque no sé lidiar. Es viejo para tanta desfachatez.

No lo quería por la táctica de hacerse simpático con las mujeres al pasearse por el ruedo tirando besos. Sabía que el diestro se mostraba gallo. Lo malo era el sobrenombre de llamarlo Chilito, cuando no picaba ni con el ají de calabaza. Claro. Se tenían noticias del cartel de su trabajo en Bolivia. Andaba de rumba en las capeas pueblerinas. Para éste no había mejor plaza que la de Potosí, ni la otra de Sucre, y hasta las prefería a la mentada Plaza de Acho. Si toreaba allí eran los años andariegos, y por resoplar lejos de los "burlaeros" una cogida fatal. Aquí su vida parecía más segura frente a un bicho con un cernícalo clavado en la cabeza.

La plaza de Pitumarca era famosa con su llano de tierra betunosa entre horcones de sauces. Hasta el palenque venían cuadrillas de indios a morir lidiando con cornúpetos de alas batientes. La corrida comenzaba con la entrada de los seis cóndores cazados en la altura de los nevados de Conducurtiyana. Esta vez cayeron un par de killichos, soberanos como el sol, y dos pares de huamanes, valientes como el huracán. Lucían sus plumajes rizosos y llevaban las patas adelante. Aparecían de uno en uno con un cortejo de diez personas. Se mostraban de brazo a brazo por el peso de las alas desplegadas. Traían el buche pesado por la carnaza que le dieran para saciarle el hambre. Al pasar soplaban voraces.

Otros venían con el pico amarrado de una soga y de pronto se le abría haciéndolo tragar un pocillo de aguardiente.

El killichó era siempre el cóndor soberbio, de cabeza erguida, de ojos saltones; levantaba el carúnculo en un penacho; la hembra chispeaba. El broche lo cerraba el cuello engolado, más sedoso, a veces más blanco. Unos por el tamaño, servían para calcular la edad y los más veloces, como el huaman, apenas andaban por la pesadez de la tierra. Saltaban encima del ramillaje de alas aceitunadas, aún más estirados que el killichó.

El paseo de los cóndores producía expectación entre los lamentos y gritos del pueblo. Se les llamaba por un sobrenombre fuera uno bolón de sol por las ranuras rojas y brillar con las rémiges abiertas. Al verlos de cerca asustaban con sus colgajos carnudos, el carúnculo enhiesto en la cabeza como gorro frigio. Lo duro estaba en el buche relleno que lo hacía andar con pasos lentos por más que el soguero latigaba el aire.

Todos fueron atrapados en la "toclla", dispuesta como siempre al venir la nevada. Se metían en la trampa de palo de chaclas atraídos por el balido del corderillo o la hediondez de animales muertos.

El cazador solía cogerlos de uno en uno como niños, envolviéndolos en una frazada. No se les soltaba si no estaban borrachos con el pechereque bebido. Parecían buitres y como el águila sacaban sus malas aguas por los cogotes alechugados. Se enojaban moviendo la cola en un ruedo de varas para que nadie se acercara. El pico duro mostraba la fuerza del ataque al caminar con las patas cenicientas. Siempre estaban listos de precipitarse en la fiesta carnívora.

A las dos de la tarde se contaban pericias del paseo mañanero.

Pero el tiempo era escaso con el golpear del bombo y los cantos de los pinkillos.

El sauzal del palenque reverdecía con el toril del ganado. El temor vibraba en el barandal sobreexcitado por la corrida.

En el centro del palco, el Gobernador se destacaba con los invitados. El señor Macutela llegaba a la fiesta con una capa larga, de estampa, y entraba oliendo lo que iba a pasar, más dispuesto a ver otra cosa que la otra vez. El mismo se ponía con ganas de bajar al palenque, pero la agalla se le terminaba apenas veía al diestro contratado. Este sonreía indiferente de la petulancia. No lo podía soportar luciendo su chaqueta con lentejuelillas de oro. Tampoco la manera de mover los brazos, tirar la montera, echar la capa al aire. Sufría viéndolo tan dueño de su voluntad.

Después del paseo, del Chilito y los cuadrilleros indios, a toques de atención, se anunciaba el comienzo de la corrida, donde muy poco papel tenía el matador, sino al final, cuando caían corneados muchos capeadores.

Al abrirse la barrera, el cóndor era cosido de las patas en el testuz del novillo. Al hacerle la incisión a cada lado en la piel, introducíanle los dedos y las uñas al borde de la abertura y con una aguja de arriero se cosían con fuerte ligadura.

Soltado el novillo, al sentir en la carne la clavadura de las garras, escapaba desatado al palenque, dando brincos y coces, llevando en su cabeza al cóndor, desfajado, que tam-

bién abría sus alas a gran ruido, y estiraba el cuello graznando asustado de no poder desprenderse de la bestia.

El delirio popular estalla con el musiquero de los pinkillos. Un rumor de cielo y tierra mueve los barandales en rebote furioso del cornúpeto por desasirse de la costura bárbara.

Habían cachimberos que levantaban los ponchos y corrían por entre los aletazos sacándole quite ante el planear de las alas y las agachadas del pitón encarrujado. Los capeadores perdían tiempo por mirarlo.

Nadie quería ser más que otro por la fiereza de la arremetida en la embolada, el ardid de ambos injertos. Abrían cancha al pararse el novillo y se saludaban para mostrarse valientes.

A cada embestida, el cachimbero ofuscado del remezón de alas perdía la distancia en la hinchazón de plumas volando en el aire. Se cohibía por el empeño de no saber dónde estaba mejor el golpe, si en la cortada del vuelo o al sacudir el testuz. De pronto, todo era muerte por el armazón volátil encima.

Siempre el cachimbero que se atrevía a ser envuelto por un ala escapando con vida, se acercaba al palco presidencial para recibir un puñado de soles. Algunos llegaban rengueando a amarrarse la herida y volvían a pedir "la suerte" al Gobernador.

Era difícil hallar un indio que se atreviera a moverse más rápido por la largura del cogote al sobresalir, más de lo acostumbrado, con el pico entre los cuernos. La fiereza del novillo sostenía el ímpetu hacia la majestad del vuelo, donde el brinco lo elevaba a ciega de la carga. Por eso los to-

rereros magullados salían del palenque molestos de no hacer nada con los ponchos, de no llamarse a un picador a destroncar la bestia montado en un caballo negro que al caer arrastraba a su cabezal de plumas por el suelo.

Los indios, sofrenados por los horcones del sauzal, vociferaban contra el impaciente cachimbero. El toreo se ponía difícil a no venir el diestro a poner término haciendo saltar al cóndor atrás y entrar con la estoquilla a librarlo del sacudón.

El Gobernador chillaba porque no pasaba nada en el palenque que lo hiciera rangoso con el caído, donde alargar una prenda de su ropío a los familiares del venturoso. La aparición del matador se suplicaba cuando se ponía peligroso el acto. Había una disposición de cuidar la faena. No era muy del agrado del Gobernador:

—¡Para eso son indios! ¡Pa que mueran!

Y agregaba a los invitados:

—¿Creen que estoy botando la plata por gusto? No me sale tarifa ni chumba.

Al otro toro no hubo quién le pusiera nalgas al desenfreno de la embestida, acosado por el reventón de plumas. No hay novillo que no se ponga bravo con una banderilla de fuego en los cuernos. Parece que viene el mundo del metal a romper la lámina del sol. El germen es del viento que atiza la tormenta en la oquedad del muro. La sangre arde en la revoltura de voces. La indiada deja su voluntad a la mudez de la hora aciaga porque ha visto que todo logra un fin en la corrida.

La cuadrilla tiene muchos adeptos para saltar al palenque en caso de que uno muera en la embestida y es difícil

sofrenar el empuje de los que quieren entrar al capote. Salen a mostrar una destreza proverbial y al moverse en conjunto tienen algo del metal fundido en el cuerpo, como si sacara rodajas de sus líneas escultóricas. Y cuando queda solo, frente al bicho, se entrega a un irracional capeo de saltos en que aparece alado, musculoso, a través de un calzón abierto, y el brinco lo hace como si bailara repitiendo la escena de una hora religiosa. Levanta el poncho y huye para volver a lidiar sobrepuesto del peligro.

La locura lo esfuerza a morir por los cantos que se escuchan de las quenas de volar con el huaman al cielo, de volverse pájaro por las edades del viento. Es duro el momento del capeador cuando el toro agacha la cabeza y el cóndor alarga el cuello con el pico silbante. Sus alas engrifadas toman vuelo en el espacio de tierra y su cabeceo hace bramar a la bestia.

La gritería es al sentirse el indio atrapado por un aletazo ante el sacudón del cornúpeto para embestir, durante el ágil ponchar, que lo arrastra por el suelo sin herirlo, escapándose de la cornada. El temor era del que recibía los dos golpes sobre el feroz batir de alas, saliendo de entre las patas magullado al agruparse la cuadrilla desbravado por el revuelo de plumas.

Siempre el muerto era tronado por el golpe del bombo.

La cuadrilla seguía la lidia si no había orden dada al matador que debía verificar el estado del animal.

La caída era fatal y había que lacearlo, descoser de las patas al cóndor, y soltarlo para que sólo embistiera volviendo a su natural bravura.

La fiera se tornaba mansa y el grito se perdía al sacar

al muerto casi en procesión por la cuadrilla envalentonada. Se oía como un réquiem. El sonido suave y metálico de una campana.

No había sino que pensar en la otra carnaza, porque la fiesta de uno sin otro no vale.

En el palco resonaba la cháchara, el betún de la fiesta colindante, la alegre algarabía de las mesas urdidas en ramas, dulces de la floresta, aguas de las mistelas diurnas, los cambalaches mixturados.

Pero el aire era musical esperando otra cosa que tiene que pasar.

—Al fin veremos si es gallo —dijo Macutela—. No me venga hacer monos sabios.

En el centro el bicho estaba serio moviendo el cuello y escarbaba a gusto. Ahora no había para qué agacharle el testuz y era más fácil pasarlo de muleta.

La faena era de coraje y no se atrevían los cuadrilleros por falta de práctica. Algunos andan rengueando como recuerdo del pitonazo en el muslo izquierdo. Ahora se ve mejor la cabeza. Es chorreado, escurrido, agachado de cornamenta.

El tiro está sin vuelta.

Se reía Macutela:

—Las banderillas se las dejamos al gola blanco del Condurcanca. No me den papelitos picados como los que vi en el Cuzco con mandas a la virgen. ¡A mí me gusta mi plata, pero no me la roben!

Al Chilito le pareció ser más golpeteado que el bombo y se acercó al palco del presidente.

—El matador está aquí —dijo.

No le hicieron caso de arriba, y gritó:

—Aquí estoy, señor Macutela.

Este lo miró:

—¿Eres capaz?

—¡Olé, tu mare! —respondió.

Oyó risas contenidas y palabras despatarradas:

—No está mal el pulso, guapu.

Otro dijo:

—¡Olé, toda tu familia!

Sonrió porque era carne dura. Además, sabía lo que estaba pasándole en Pitumarca en una corrida con cernícalos, donde el ganado no entra sino lleva un asta de fuego en los cachos, y se ponía a rezar sus “padrenuestrós” y a gritar seco a los cuadrilleros indios, que para algo servían si no eran gallos de pelea, cuando creían que el rapaz los ponía amorosos para morir. Era difícil agarrar al bóvido paciente, menos con un tizón arriba. “Cosas del indio”, decía asimismo, “recorcho no estoy de más ni de menos”. Muchas cosas le daban de medida en circunstancias que el novillero Alvarado le dijera que la mejor banderilla era hacer lo que otros convenían con un miura o un “limeño”, utilizando el sistema eléctrico de tirarle agua al pájaro con una jeringa.

Oía voces muy comedidas:

La faena no es mejor que otras porque el pueblo está indeciso. Hay siempre otra disposición cuando el novillo queda solo por la lluvia de ensalmos que le caen encima desde que no va a poder volar con alas y patas.

Pasó mucho tiempo para que el Chilito calmase a la gente que lo llamaba para tocarle el traje de luces y darle

suerte. También querían verlo muerto para llevarlo al altar en peso.

No faltaba quien le gritara:

—¡Bájate el calzón!

Se puso como era él allá, en las toreaduras de su tierra, costoso de ser valiente, por la tentación de muerte que todos tenían de su sangre. Tomó paso lento hacia el bicho a entero cuerpo sin cogerlo de perfil, porque notó que no miraba de frente y comprendió que estaba bizco del derecho. La herida era de un picotazo sobre el ojo. Serio, avanzó unos pasos más y, sin mostrarse desprevenido, cogió de punta uno de los cuernos.

Hubo estupor y miedo. No tuvo más que cumplir su misión. A toro parado metía la mitad del estoque y después llegando con la mano al pelo, como los buenos, una contraria que hace doblar.

La hora era mustia y fácil para retirarlo del palenque.

Quedó con las orejas cortadas sin ofrecerlas a nadie, porque la ovación no tuvo otras respuestas mejores del palco presidencial. Además, le salía pesado tener genio ante la cara de los astados.

La toreada resultaba asquerosa cuando se perdía la decencia en la turba de indios intrusos que aparecían en el palenque repeliéndose en fila como si fueran a morir. Habían tendaladas de caídos al escaparse el novillo con un huan que silbaba encima, engrifado por la arremetida.

Sólo el capeo lo volvía a la vida en medio de atornadores gritos cuando el cóndor soltaba las alas y lograba, de un coletazo, tirar al suelo a dos o tres capeadores que a veces quedaban aturdidos. La corrida daba la característica, el ai-

re apaciguado del indio movido de un resorte en la pista atronante de música. La parada sobre la cabeza del toro tomaba fuerza cuando se alargaba el cuello acostumbrado a cargar en la soledad histriónica. Había una llama fulminante en lo que pasaba al saltar de un vuelco, resoplando por la furia del aleteo al no poder desprender las patas cosidas sobre la bestia. La banderilla era más viva que una llama ardiendo en los cachos cuando ya el viento movía el cimbraje arrasador de las rémiges en la polvareda de la hora.

El temor del ave era peor que el pitonazo del bicho aunque muchos de la cuadrilla no querían morir, sino sacar le soles al bolsón del señor Gobernador. Sólo el Chilito sonreía del tiempo que vivía refregado por la chanza de los cachimberos, de no verlo salir a hacer pases de muleta al bicho encorajinado. No se enojaba, porque estaba para mirar lo que se hacía en una lidia taurina.

El Chilito era mexicano. Muchos lo creían chileno, por el sobrenombre, cuando se lo dieron por el ají picante. Su nombre de planta era llevadero. Se llamaba Manuel Mujía y por estas andanzas no había salido más allá de la frontera de Bolivia. Le gustaba el Perú por la alegría de la gente y no quería moverse de la puna caminando por las pueblas.

Muchos le decían:

—Oye, Chilito, ¿cuándo vamos a pelear?

—Monsiú —replicaba—. Estoy de llapa. Para el otro soy de Jalapa.

Esa tarde se vio sometido a pasarse fuera del palenque, porque se puso seco con la jauría de indios que pedían dejar al novillo morir sin auxilio suyo. Tuvo que representarse como diestro contratado. El toro laceado parece volar sobre

el viento. Pero si sale con los cachos ardiendo, se vuelve un bolón de plumas desparramadas y la sombra fumiga a la cuadrilla con la fiereza del cuerpo, que salta con brincos, y no sabe lo que mira hasta hacer temblar el palco del señor Macutela con sus miriñaques de la colonia y colgajos de colores.

Hay polleras de terciopelo y mantos de espumilla. Hay caireles, festones, luces con tirambas de pedrerías, risas, palabras de miel. El cuadrillero tiene un sordo camino con los zahones camperos, la montera amarillosa, y las taleguillas de bestiarios de circo. Tiran al aire un poncho rojo y hasta luce a las hembras unas manazas sarmentosas con la espesa púrpura del novillo. Ríen para conseguir una mirada.

Los nobles brutos son mañosos cuando toreaan frente al hombre, pero con un vultúrido incrustado en el testuz se vuelve un Pegaso espantable. El torero queda embebido en la locura fascinante del cóndor, que abre las rémiges para levantar el vuelo en el encontronazo con la bestia. Atónito de la embestida, es barrido por el viento forzado y desaparece en la siembra. Sale indemne como el polluelo y tiene que cuidarse del marrajo oculto para no morir en la fritura del pitonazo o del pico.

El Chilito no salía nunca si no había orden en la partida, por el caso extraño de cada huaman o killichio columbrándose en el cornúpeto. La fiesta sacaba lance con los cachimberos y de muchos indios, que envalentonados con la borrachera, salían del barandal a las capeas para hacer charlotadas taurinas. Algunos podían levantarse a mostrar la caída en el pezuñoo bestial. Aparecían como sombras a pedir ungüentos en la noche de ensalmos.

Entró el último al palenque para gazapear a la gente. Encima traía a un huaman que no levantó plumas, aún adormecido por el efecto del aguardiente tragado. El novillo, mal encornado, se plantó sin moverse, escarbando la tierra. Movía al cabeza con un peso arriba que le servía de carga odiosa; no saltaban picotazos ni menos sentía engrifarse las alas. No había acometimiento de la bestia ni las uñas cosidas en la piel lograban cambiarle el color del pelo.

La faena de los capeadores se paralizó como si el huaman pidiera su tranquilidad para pasear en torno del palenque. El novillo era pequeño ante la altura del cóndor sometido a un acto estridente y siguiendo las barandas huyó del faroleo, atropellando las palizadas, a meterse por un hueco a la fiesta del sauzal.

La escena se hizo delirante por las topeadas buscando cuerpos, al desbocar en la feria y asometer a las mujeres con polleras rojas. El huaman encima, se encrespó y el novillo agarró saltos asustado de la remolina de trapos. Pasó por los sauces llevándose el ramaje que lo dejó rasurado entre palos hasta que un golpe aturdió al cóndor y dejó numerosos contusos en los volteos y patadas.

Nadie creyó que iba a venir así la fiesta del santo cernícalo cuando se organizaba la farándula en torno y los indios movían sus ponchos batiéndolos para atrapar la carrera por las calles del contorno.

La encerrona del bicho fue dura, hasta lograr llevarlo al redil, donde yacía casi muerto el huaman de los dioses indígenas.

La corrida terminó cuando los acólitos salieron al palenque a tirar ungüentos.

En la sacristía se supo lo que era un toro mejor llevado y no mal conducido, un toro nunca visto, que corre, muere, embiste, cornea, y subido sobre el que tropieza lo patea. Como llevaba un cóndor encima, muchos morían felices y los fieles entraron a la iglesia mirar si el muerto tenía alas pegadas a los hombros.

A la capea de Pítumarca venían los que quieren volar sacramentados.

La voz rezada del cura salmodiaba al *Cuntur profert cornua* que señala las cosas imposibles de suceder cuando un buitre celoso sale a volar con los cuernos del toro.

Al final todo fue un arreglo de fiesta con el Chilito, que pronunció unas palabras ceremoniosas delante del señor Gobernador.

—Todos tenemos bendición —dijo—. Otros como su señoría más lo que somos. No me hagan salir del redil cuando hay toro suelto ni me quiten el ¡Olé! He sido paciente cuando no me han dejado faenar a tiempo. No pido sino ser lo que soy con lo trabajado a cuenta y lo que se me debe porque no anduve en merengenas ni echando rufo. A los hijos de esta tierra los he dejado hacer lo que puean aunque se maten. El Perú ya es grande con Valdelomar y conmigo.

Quiso sonreír pero se le atajó la palabra:

—Ah, me olvidaba de lo que quería decir, de Dios somos hijos, y los que han muerto nos acompañen.

Puso punto final, pero nada contestó el presidente. Sólo dijo hablando contrito:

—Pues, ¿qué más quieren? A los muertos que Dios los bendiga, y a los vivos que el diablo me lleve con mi bolsón de plata.

Miró a los circunstantes y agregó mostrando al Chilito: —¡Cuiden a ese tío, que está rezongando mucho!

Sonrió para que no lo tomara a mal.

Suspiró por los muertos, levantó los ojos al cura, y le pidió el costo de los difuntos.

—Esos gastos son míos.

El Chilito quedó solo, después del altercado, porque no sabía si estaba conforme el señor presidente de su faena o quería mermarle lo prometido. No le hicieron la venia y menos lo vitoreó el pueblo cuando hizo como de costumbre su paseo por el palenque sacando de vez en cuando la capa y tirándola al aire para cogerla con el espadín torcido. La gente lo vio pasearse, avinagrado de rostro, y disgustado de andar en capeas pueblerinas transformado de copa, alas y airones en la chata mariposada de puyeros sin tono. Se arrinconó cansado en la posada del Cernícalo y esperó por lo menos un recado para olvidar presagios. Cosas son del hombre vivir y sostenerse sin hallar puntal. A veces los vientos suben el arpa eólica y canta la marea de azucarillos, pero el señor Macutela estaba de soltarlo a la pelea. Para él, el novillaje no servía por manso y el trabajo mejor lo hacían los cóncores.

Se fue al corral de Alvarado a conversar lo pasado y de allí no salió sino hasta cuando terminaron las fiestas.

Hizo lo que todo feligrés pone en su ánimo confiado y una vez que sacaron a los muertos entró a la iglesia a rezarle al mulato San Martín.

Se hincó con devoción y al terminar su meditación, oyó que éste le dijo con dulzura:

—No te aflijas, hijo, por las vidas que has salvado. Anda,

pide una escoba y barre con el limosneo de circunstancia. Llévelo a nombre mío y dale al cura una refriega con todo lo que tiene. Sale esta noche a Huanca y déjale al Señor que allí se venera una limosna mía.

El Chilito lo hizo como el santo se lo comunicó, cargando su talega con cincuenta soles, acumulados en una alcancía, y otra vez en el altar, rezó confiado, dando gracias y, al asomarse a la puerta, no vio a nadie en el pueblo. Las casas estaban solas y las fogatas prendidas. Tomó el camino a pie. No tuvo palmas por las calles porque todos los habitantes habían ido a despedir a los cóndores en su vuelo a los Apus.

Salió con su talega muy cuidada por el milagro.

Algunos lo vieron venir con precaución. Alvarado se lo dijo: "cuídese del Gobernador, porque quiere arrastrarlo por maleta. A mí me busca para que lo mate un bicho del bajo aunque sea en el choclón de paja haciendo un "tancredo". También lo dijo claro: "yo no vengo a hacer pantomimas. Para eso tiene indios y cachimberos de sobra. Bueno, no estoy tan viejo tampoco y por algo me llaman "el Chilito".

Se conformó de su vida de torero artificial.

La fiesta seguía en la cumbre a mirar a remontarse a los rapaces con el buche lleno de alcohol.

Oía el lamento del "Huaccay taqui" como una sordera de musicanga.

Era un canto para despedir a los pajarracos cuando a él lo dejaban solo por no haberse muerto antes de tiempo. Ya ni siquiera oía las palabras pronunciadas con histeria: "huaman, huaman manaycu... huay ricrayquita altonta pjahua-

naipac" (1). Había viento y todo parecía un enjambre de mariposas. Los colores estaban por la brillosidad celeste del aire engalanado de cintas. El cóndor apenas podía caminar con bandas de pañuelos de seda. Parecía que todo el pueblo quería volar con ellos a los nevados de Cacharparina. Oía el retumbo del bombo. Sólo así a la distancia pudo contemplar desilusionado el mundo comarcano.

Al fin exclamó:

—Para toreada de cóndores no me quedo otra vez.

Los indios en torno giraban y bailaban en un reventón de plumas.

El Chilito entendía que estaba mirando el fuego de la quema. Se iba ardiendo por dentro.

(1) Huaman, huaman, dame tus alas para irme a los cielos.

INDICE

ARGENTINA

	Págs.
La Paloma del Doctor Yrigoyen	11

BOLIVIA

La Tapada	35
La Asonada	48

BRASIL

Babitonga	57
El Guerrillero de la Noche	63

CHILE

El Remezón o El Terremoto del Abejorro	79
Cielo Verde	89
El Vagabundo de la Luna	99

PARAGUAY

La Atrapadora de Luz	114
----------------------------	-----

PERU

El Paraíso de Buda o el Hechizo del Chino Shin	121
Las Abrevanas	133
Para Toreada de Cóndores, Pitumarca	140